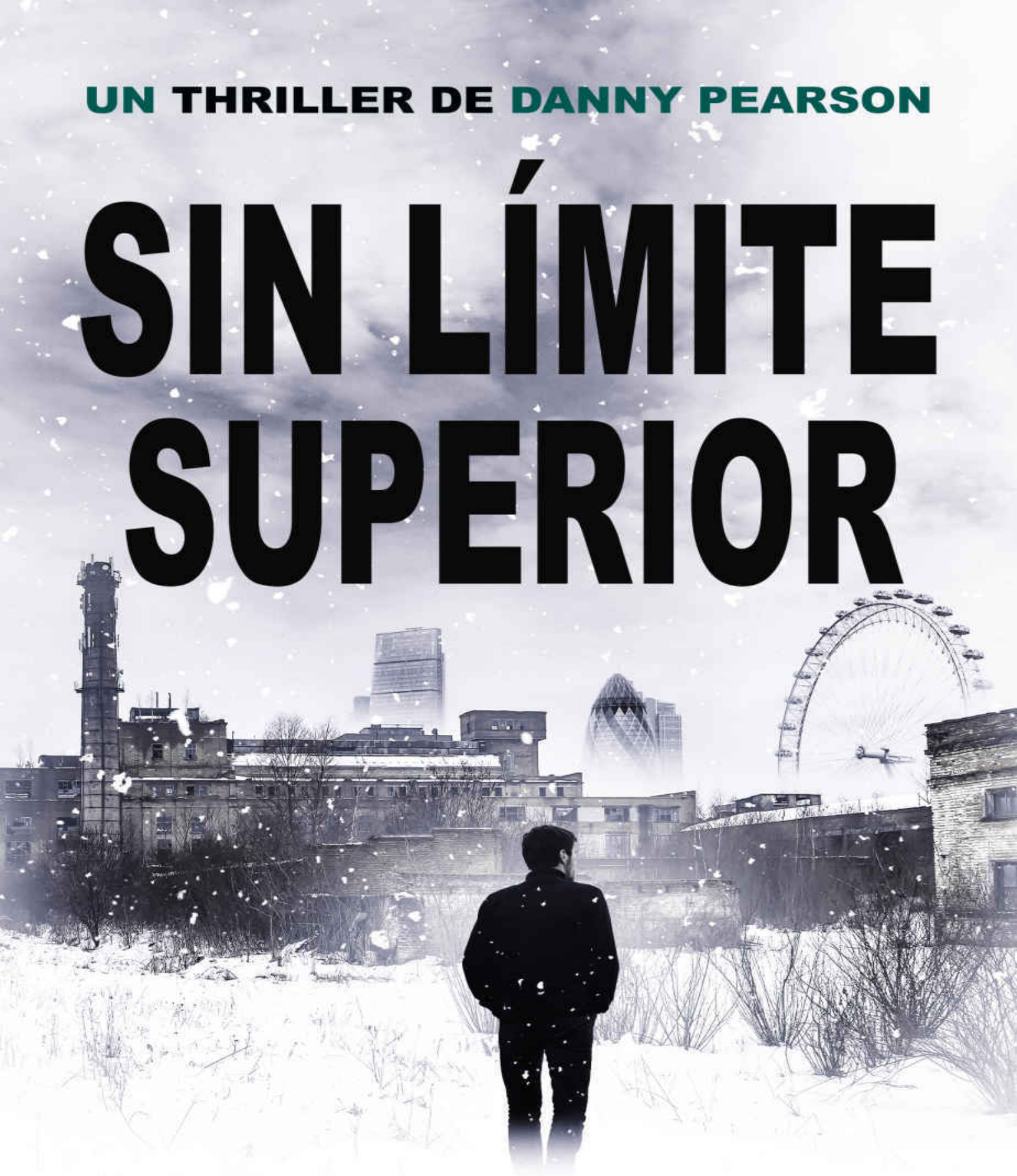
UN THRILLER DE DANNY PEARSON

SIN LÍMITE SUPERIOR



STEPHEN TAYLOR

SIN LÍMITE SUPERIOR

STEPHEN TAYLOR





Copyright © 2025 Stephen Taylor
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798273646933

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, fotocopia, mecánico, grabación o de otro modo, sin el permiso previo del titular de los derechos de autor.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Danny Pearson regresará
Otros libros de Stephen Taylor

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS
TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO

Por favor, por favor.
Elige tu próxima novela
Acerca del Autor

DANNY PEARSON REGRESARÁ

Para actualizaciones sobre lanzamientos actuales y próximos, así como promociones exclusivas, visite el sitio web del autor en:

www.stephentaylorbooks.com

OTROS LIBROS DE STEPHEN TAYLOR

LA SERIE DE THRILLERS DE DANNY PEARSON

Sangre Sobre Londres

Ejecución de La Fe

Quién Ostenta el Poder

Vivo Hasta Que Muera

Deporte de Reyes

La Sangre Corre Profunda

Orden de Matar

Sin Límite Superior

No Dejar Nada al Azar

Muerto, No Enterrado

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Enemigo en la Puerta

Cueste Lo Que Cueste

UNO

El Director de Operaciones de Seguridad Greenwood, Danny Pearson, estaba recogiendo sus cosas para marcharse temprano. Apagó su ordenador y se despidió a voces de su jefe y amigo íntimo Paul Greenwood antes de dirigirse hacia la salida. Al pasar por la recepción, Angela le hizo señas para que se detuviera.

—Señor Pearson, hay una señora esperando para verle —dijo, señalando a una atractiva joven sentada en la recepción.

—Vale, eh, de acuerdo, gracias, Angela —dijo Danny, consultando su reloj mientras se giraba para dedicarle una cálida sonrisa a la mujer—. ¿En qué puedo ayudarla, señora...?

—Señorita, de hecho. Amanda Wallace —respondió ella con la franqueza de alguien acostumbrada a salirse con la suya.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Wallace?

—Soy periodista y estoy escribiendo un reportaje sobre un traficante de armas conocido como el Lobo. Mi padre, David Wallace, era periodista y seguía las actividades del Lobo en Afganistán. Desafortunadamente, el Lobo lo mató cuando estuvo demasiado cerca de descubrir su identidad.

—Lo siento, señorita Wallace, pero realmente voy con el tiempo justo y no veo qué tiene que ver esto conmigo —dijo Danny, ligeramente perturbado por la franqueza de la mujer. Danny conocía perfectamente al Lobo y sus actividades. Le habían enviado en misiones para capturarlo durante sus días en el SAS. También reconoció el nombre de David Wallace, mientras el recuerdo de él y

su unidad intentando mantener vivo al hombre hasta que un helicóptero pudiera evacuarlos se reproducía vívidamente en su cabeza.

—Entre las pertenencias de mi padre había una cámara y un cuaderno que contenían fotos de usted y su unidad del SAS, y una fotografía del Lobo del día que mi padre murió. Mire, estoy cerca de descubrir quién es. Solo quiero hacer que pague por lo que le hizo a mi padre —dijo, hablando rápido, con una fría determinación en su voz.

La expresión de Danny se volvió dura como la piedra. Se inclinó hacia ella y le habló en voz baja pero con firmeza: —Me temo que no puedo ayudarla, señorita Wallace. No puedo hablar sobre ninguna actividad relacionada con mis días en el servicio activo. El anonimato y la seguridad de mi unidad son de suma importancia. Le aconsejo encarecidamente que destruya esas fotos y olvide que alguna vez las vio.

—No estoy aquí para causarle problemas. Solo intento conseguir justicia para mi padre —respondió ella, suavizando el tono mientras intentaba apelar a sus emociones.

—No puedo ayudarla —fue todo lo que Danny dijo en respuesta.

—Piénselo, por favor. Tome mi número. Si cambia de opinión, llámeme —dijo, acercándole una tarjeta de visita.

—No lo haré —dijo Danny, cogiendo la tarjeta y metiéndola en el bolsillo de sus vaqueros antes de salir por la puerta de la oficina.

Paul Greenwood observaba con curiosidad desde el otro lado de la oficina, volviendo a su despacho después de que Danny se marchara, seguido de cerca por la señorita Wallace.

***

En la calle de abajo, dos hombres en una furgoneta Ford Transit observaban cómo el BMW de Danny salía del aparcamiento subterráneo y se alejaba por la carretera. Minutos después, Amanda Wallace salió por las puertas del vestíbulo y paró un taxi. El conductor de la furgoneta dio media vuelta en la calzada para seguir

al taxi mientras su pasajero pulsaba el botón de llamada en su móvil.

—Llegamos tarde. Fue a ver al Soldadito antes de que pudiéramos alcanzarla —dijo el pasajero con acento de Europa del Este.

—No pasa nada, todos están en posición, tendremos que ocuparnos de todos a la vez. ¿Dónde está la mujer ahora?

—Se subió a un taxi. La estamos siguiendo.

—En cuanto esté sola, conseguid las fotos y el cuaderno, luego matadla.

Colgó. La furgoneta se mantuvo dos coches por detrás del taxi. Lo siguieron hacia el West End de Londres hasta que se detuvo en un carril para taxis y empezó a alejarse.

—Sigue detrás —dijo el pasajero al conductor.

Movieron la furgoneta al carril de taxis y continuaron siguiéndolo, pasando junto al tráfico estacionado a su derecha, ignorando el ocasional bocinazo de conductores enfadados, irritados porque les estaban colándose en la fila.

Cien metros más adelante adelantaron a un coche de policía que inmediatamente encendió la sirena y las luces, incorporándose al carril de taxis en su persecución.

—Tendremos que parar —dijo el conductor, ya que no tenían ninguna posibilidad de perderlos en la furgoneta.

—Mierda, dame tu pistola —dijo el tipo en el asiento del pasajero, metiendo su arma y la del conductor en la guantera fuera de la vista antes de golpear el salpicadero con frustración mientras el taxi se alejaba, girando y perdiéndose de vista cuando ellos se detenían.

Se detuvieron y bajaron la ventanilla mientras el agente de policía se acercaba al lado del conductor.

—¿Somos parientes de Lewis Hamilton, verdad, señor? —dijo el oficial con seco sarcasmo.

DOS

Al girar en su calle, Danny aparcó frente a su casa adosada de tres dormitorios en Walthamstow. Solo eran las cinco, pero al estar en pleno invierno, el sol se había puesto hacía tiempo. Salió y cerró el coche, estremeciéndose un poco mientras se dirigía por el camino hacia la puerta principal. Una sensación inquietante le hizo detenerse antes de llegar a la puerta y darse la vuelta. Permaneció inmóvil durante lo que pareció una eternidad, con una nube de vapor escapando de su boca en el gélido aire nocturno. Sus ojos recorrieron cada detalle de la calle, intentando descubrir qué había alertado sus sentidos. No había nada que pudiera señalar, ni personas sospechosas, ni vehículos siniestros con ventanillas tintadas, nadie desconocido asomándose por las ventanas de los vecinos. Satisfecho pero aún alerta, se volvió, introdujo la llave en la cerradura y entró en la casa. Su teléfono sonó cuando cerraba la puerta, lo que le hizo responder antes de encender la luz del pasillo.

—¿Diga?

—Código rojo, hermano, estés donde estés, sal de ahí, ¡sal ya! Estoy con Chaz, aún no he podido contactar con Smudge. Sal y reúnete con nosotros en el sitio. Te lo explicaré allí.

—Recibido —dijo Danny, colgándole a su amigo y antiguo compañero del SAS, Fergus McKinsey.

Guardando el teléfono en el bolsillo, Danny dejó la luz del pasillo apagada y se quedó completamente inmóvil, con los ojos aclimatándose al resplandor anaranjado de la farola que se filtraba

por el cristal tintado de la puerta principal. Ralentizó su respiración y se concentró en los sonidos de la casa, ignorando el tictac del sistema de calefacción central y el leve zumbido del frigorífico congelador. Danny permaneció allí en un estado casi de trance durante casi cinco minutos.

Ahí estás.

La casa era antigua con suelos de madera originales. Un crujido apenas perceptible emanaba de la cocina cuando alguien cambió su peso. Deslizando una mano en el paragüero, levantó su viejo bate de béisbol directamente hacia arriba y hacia afuera, teniendo cuidado de no tocar los lados y hacer ruido.

***

De pie en silencio en la oscura cocina, el origen del ruido luchaba por mantener sus nervios bajo control. Parpadeó para eliminar un hilo de sudor. Su cara estaba caliente y le picaba bajo el pasamontañas. Mantenía su Sig P365 con silenciador en alto, con los brazos extendidos, apuntando hacia la entrada que daba al pasillo. Finalmente, el ácido láctico se acumuló más allá de lo soportable y tuvo que moverse para aliviar su incomodidad. Segundos después, el clic del interruptor de la luz del salón resonó en el silencio, seguido por la voz de un presentador de noticias proveniente de un televisor.

Agradecido de poder moverse, se pegó a la pared junto a la entrada al pasillo. Vestido completamente de negro, solo era visible como una sombra ominosa en la oscuridad. Echó un rápido vistazo por el pasillo, deslizándose a través de él al ver la luz parpadeante y pulsante que emanaba del televisor en el salón. Moviéndose en silencio, rodando las zapatillas de talón a punta, se acercó sigilosamente a la entrada del salón. Con la adrenalina y la confianza creciendo, giró y disparó dos balas al centro de una figura en sombras sentada en el sofá. En el segundo que tardó en darse cuenta de que solo era un abrigo sobre el respaldo del asiento, Danny salió disparado del aseo de abajo detrás de él. Su rostro iluminado por el televisor mostraba una aterradora máscara de furia

y amenaza. El bate de béisbol descendió con fuerza sobre la muñeca del hombre, lanzando el arma hacia las sombras mientras le fracturaba los huesos. El shock mantuvo al hombre libre de dolor y el instinto de supervivencia lo mantuvo en movimiento mientras Danny se preparaba para otro golpe. Se agachó justo a tiempo, el bate rozándole el pelo al pasar por encima, incrustándose en la pantalla del televisor con un destello y una bocanada de humo, sumiendo la habitación en la oscuridad. Impulsando el peso de su cuerpo en un gancho de izquierda, clavó su puño sano en las costillas de Danny, empujándolo hacia un lado. Alejándose de Danny de un salto, sacó un cuchillo comando dentado de una funda en la parte trasera de su cinturón.

Danny se enderezó, sosteniendo el bate de béisbol con ambas manos, los nudillos blancos por la fuerza con que lo agarraba. Los dos hombres permanecieron rodeándose el uno al otro en el tenue resplandor anaranjado que entraba por las cortinas desde las farolas exteriores. Lanzándose hacia adelante como si fuera a atacar, Danny obligó al hombre del pasamontañas a abalanzarse sobre él con el cuchillo. Esquivándolo, Danny se agachó, balanceando el bate con todas sus fuerzas contra el lado de la rodilla del hombre, destrozando la articulación y doblando su pierna en un ángulo antinatural mientras caía al suelo gritando. Avanzando, Danny se cernió sobre él, pisándole la muñeca de la mano que sostenía el cuchillo y empujando el extremo del bate de béisbol contra la garganta del hombre hasta que soltó el arma.

—¿Quién te envió? —gruñó.

—Que te jodan —le espetó el hombre entre la asfixia y el dolor, su acento inconfundiblemente de Europa del Este.

Rápido como un rayo, Danny apartó el bate de su cuello y lo golpeó en el costado de la rodilla destrozada. Esperó a que el hombre dejara de gritar y retorcerse de dolor antes de volver a presionar el bate contra su garganta.

—¿Quién te envió? —repitió, esta vez con voz más calmada.

—No lo sé. Kovak me pagó para matarte.

—¿Quién es Kovak? —dijo Danny, moviendo bruscamente el bate preparándose para otro golpe.

—Kovak, es un traficante de drogas, trabaja para un pez gordo llamado Anton. Eso es todo lo que sé —dijo el hombre, tartamudeando por el dolor.

Danny miró a su alrededor en el resplandor anaranjado. El arma bajo el sofá captó su atención. Tirando el bate a un lado, se arrodilló sobre el pecho del hombre y se estiró para cogerla, agarrando un cojín del sofá con la otra mano. Lo puso sobre la cara del hombre, cubriéndole los ojos que se abrieron de par en par a través del pasamontañas. Presionando el silenciador contra el blando cojín, Danny apretó el gatillo dos veces. El cuerpo se sacudió y luego perdió toda tensión, dejando a Danny en el resplandor anaranjado en silencio.

TRES

Tras unos segundos, Danny se obligó a actuar. Registró el cadáver. Como era de esperar, no encontró ni documentación ni cartera. Halló dos cargadores de repuesto, un móvil desechable y una hoja de papel doblada con una foto de él y su antigua unidad del SAS. Metiéndolo todo en el bolsillo de su chaqueta, Danny subió corriendo las escaleras, dejando las luces apagadas mientras entraba al dormitorio. Se deslizó de rodillas hasta el armario empotrado, abrió la puerta corredera y lanzó sus zapatos hacia atrás. Agarró una vieja mochila militar ya preparada y la colocó a su lado. Metiendo un dedo en un agujero de la esquina de la base del armario, Danny la levantó y la apoyó contra la pared. Cogió dos fajos de billetes sellados en bolsas de congelación y los metió en la mochila junto con una selección de pasaportes y teléfonos de prepago. Quitándose la chaqueta, sacó dos pistolas Glock 17 ya colocadas en una funda de hombro doble y se las puso. Por último, metió en la mochila una caja con diez cargadores llenos.

Mientras se volvía a poner la chaqueta, el ladrido del perro de un vecino en el exterior le hizo girar la cabeza. Se acercó a gatas hasta la ventana, moviéndose en la oscuridad hasta que pudo ver el exterior. Tres figuras vestidas con chaquetas negras, vaqueros y unas zapatillas deportivas de colores diferentes que desentonaban se dirigían hacia la puerta principal portando subfusiles MP5 en manos cubiertas con guantes de látex blancos; sus rostros ocultos por pasamontañas.

¡Mierda!

Volviendo al centro de la habitación, Danny giró la cabeza desde la ventana que daba al jardín trasero hasta la que daba al frente, intentando decidir la mejor salida.

Por delante, necesito llegar al coche.

Colocándose la mochila sobre los hombros, Danny levantó la Sig P365 con silenciador y sacó una de las Glock 17 de su funda. Tomó tres grandes bocanadas de aire, tensó y relajó sus músculos. Con la adrenalina bombeando por sus venas, apretó los dientes y corrió hacia la ventana frontal, disparando un único tiro con la Sig silenciada por delante de él, destrozando la tensión en los paneles de doble acristalamiento una fracción de segundo antes de girarse y salir hacia atrás en medio de una nube de cristales brillantes, con las pistolas en alto. El tiempo pareció detenerse mientras caía, sus dedos pulsando rápidamente los gatillos mientras acribillaba el frente de la casa y al equipo de asesinos con balas antes de aterrizar de culo en el parterre, con la espalda golpeando contra la mochila.

La tierra blanda y la mochila ayudaron a amortiguar su caída, pero aun así fue un golpe dolorosamente fuerte que le dejó sin aliento. Permaneció allí un momento, con los brazos extendidos, las pistolas temblando ligeramente en sus manos. Después de unos segundos que parecieron minutos, nadie se movió y el aire regresó a sus pulmones. Se giró dolorosamente sobre un costado y se arrodilló, examinando la calle a su espalda en busca de más atacantes antes de ponerse de pie con dificultad. Al no aparecer ninguno, enfundó su Glock y se metió la Sig en el pantalón antes de tambalearse hacia los tres cuerpos frente a su casa. Danny registró sus bolsillos, sacando cargadores de repuesto antes de recoger sus rifles MP5 y dirigirse a su coche.

Las luces de los vecinos estaban encendidas y las cortinas se agitaron al oír los disparos. Desaparecieron rápidamente al ver los cuerpos y a Danny descargando un arsenal de armas en su BMW M4 antes de subirse y salir a toda velocidad calle abajo.

Después de zigzaguear por los suburbios durante unos kilómetros, Danny redujo la velocidad hasta detenerse. Una ligera nevada se posaba sobre el parabrisas mientras sacaba el teléfono

del bolsillo de sus vaqueros; la pantalla iluminaba su rostro mientras desplazaba la lista de contactos. Su dedo se detuvo sobre el número del Jefe del Servicio de Inteligencia Secreto, Edward Jenkins. Permaneció suspendido mientras la mente de Danny repasaba la lista de personas que podrían querer muertos a él y a su antigua unidad. La lista para sí mismo era larga; la lista para todo el equipo estaba vacía. Con el ceño fruncido, partió el teléfono por la mitad y lo arrojó por la ventana. Confiaba en Edward, pero no en las personas por encima de él, especialmente en el refinado hombre del gobierno conocido simplemente como Simon. El hombre ya había intentado matarle en Australia por el proyecto Command To Kill. Danny había pensado que todo eso había terminado. Quizá Simon había decidido lo contrario y quería muertos a él y a cualquiera que le conociera después de todo. No tenía sentido, pero nada de esto lo tenía. Activando los limpiaparabrisas, Danny se alejó de la acera y condujo hacia el centro de Londres y sus amigos en el punto de encuentro para-cuando-todo-se-vaya-a-la-mierda.

CUATRO

Danny rodeó la fábrica abandonada dos veces, buscando cualquier cosa fuera de lugar antes de entrar en el aparcamiento cubierto de nieve. Siguió un único par de huellas de neumáticos que llevaban hasta una furgoneta Transit azul perteneciente a Charles Lemans, su antiguo compañero del SAS. Aparcó junto a ella, dejando el motor en marcha mientras observaba la oscura y amenazadora imagen de la fábrica frente a él. Ni puntos láser sobre su pecho, ni ráfagas automáticas atravesando los finos paneles metálicos del coche; por ahora estaba a salvo. Apagando el motor, Danny se echó la mochila y los MP5 al hombro y se dirigió pesadamente hacia la oxidada entrada de la fábrica. La puerta estaba ligeramente entreabierta, con un candado abierto colgando en la argolla del marco.

Sosteniendo el SIG con silenciador frente a él, Danny se deslizó silenciosamente dentro. La vacía planta de la fábrica estaba iluminada por una hilera de lámparas colgadas de las vigas con largas cadenas. El lugar parecía una nevera. El agua que goteaba desde los agujeros del techo alto resonaba al caer en los charcos del frío suelo de hormigón. Un par de palomas asustadas por su entrada le hicieron girar. Volaron sin saber lo cerca que habían estado de ser voladas del cielo. Un ruido gutural procedente de las oficinas al otro lado de la planta centró su atención hacia delante. Danny se movió con pies ligeros a través del espacio abierto, deteniéndose junto a la puerta antes de abrirla rápidamente, apuntando con su arma a las

figuras que tenía delante. Charles Leman estaba de pie frente a él, con los pantalones alrededor de los tobillos, y Fergus McKinsey arrodillado frente a él.

—Eh, ¿necesitáis un minuto? Puedo volver más tarde —dijo Danny con una sonrisa burlona.

—Qué puedo decir, somos un equipo muy unido —dijo Chaz, levantando la mirada con una sonrisa.

Fergus se giró para mostrar la pierna vendada de Chaz y los trapos empapados de sangre en el suelo.

—Joder, ¿estás bien, Chaz?

—Sí, escuece como el demonio, pero la bala solo rozó el muslo. Un gilipollas aficionado intentó liquidarme mientras cagaba. Tuve que apuñalarle en el ojo con el extremo del cepillo del váter mientras tenía los pantalones bajados.

—Suena asqueroso —se rio Danny.

—Qué va, logré cortarlo antes de levantarme —sonrió Chaz.

—Vale, vale, demasiada información. ¿Y tú, Ferg, estás bien?

—Sí, Chaz me llamó inmediatamente. Saqué a Gaynor y a los niños, los mandé a casa de su madre antes de que Chaz nos recogiera. Aparcamos calle arriba y vigilamos un rato, solo vinimos aquí después de que una furgoneta con un equipo de asesinos llegara y asaltara mi casa.

—¿Qué hay de Smudge?

—No he podido contactar con él. Íbamos a ir allí en cuanto aparecieras.

—Bien, vamos, ¿puedes moverte? —preguntó Danny a Chaz.

—Sí, como nuevo —respondió, subiéndose los pantalones.

—Veo que has tenido algo de diversión esta noche. Qué detalle por tu parte traer algunos juguetes contigo —dijo Fergus, mirando el Sig con silenciador y las tres metralletas MP5 colgadas del hombro de Danny.

—Cuatro de los cabrones atacaron la casa en cuanto colgué el teléfono contigo.

—¿Quiénes coño son estos tíos y por qué nosotros? —dijo Fergus mientras los tres se dirigían hacia la salida.

—No sé el porqué, pero sí sé quiénes son. Trabajan para un traficante llamado Anton. Alguien le pagó para eliminarnos —dijo Danny, comprobando que no hubiera moros en la costa antes de dirigirse a los vehículos.

—¿Crees que es una venganza por matar a Lars Silverman por aquel asunto del deporte de reyes? —dijo Chaz.

—No, no lo creo. Todos están muertos, y ¿por qué ahora? No, ha pasado demasiado tiempo —dijo Danny, con expresión seria mientras caminaba hacia su coche.

—Entonces, ¿quién?

—Viendo las armas, me pregunto si los problemas que tuve en Australia no están tan terminados como pensaba. Pero no entiendo qué tiene que ver con vosotros. Asegurémonos primero de que Smudge está bien, luego nos preocuparemos de quién está detrás de esto.

—Recibido —dijo Fergus.

—¿Cómo de seguro es este sitio, Chaz?

—Es seguro. Nadie sabe de él. El lugar ha estado abandonado desde que mi tío lo compró hace diez años. Solo tengo las llaves porque estoy calculando el precio para su demolición. Dentro de un par de años, estará lleno de pisos de un millón de libras.

Danny asintió en señal de aprobación, y los tres subieron a su coche con una subametralladora MP5 al alcance de sus piernas. Danny le dio a Chaz la Sig con silenciador y a Fergus una de sus Glock 17. Arrancando el potente coche, Danny dio marcha atrás rápidamente, girando el volante y metiendo primera mientras deslizaban 180 grados sobre la nieve, serpenteando por el aparcamiento antes de enderezarse cuando los neumáticos encontraron agarre y aceleraron el coche hacia la puerta de salida.

—Entonces, ¿qué es eso de ti y la hermana de Scott Miller? —dijo Fergus, asomando la cabeza entre ellos desde el asiento trasero.

Todas las miradas se dirigieron a Danny.

—Nicki. Eh, sí, va bien. Vuelvo a Australia el mes que viene para verla. Ya veremos cómo va a partir de ahí.

—Bien, me alegro por ti, colega —dijo Chaz.

—Por favor, no me digas que se parece a Scott con peluca —dijo Ferg, riéndose desde el asiento trasero.

—¿Qué está haciendo Smudge últimamente? —dijo Danny, ignorando la burla de Fergus.

—Eso significa que sí se parece —murmuró Ferg.

—Él y Diggsy se han comprado a medias una vieja furgoneta Luton. Han estado haciendo mudanzas y vaciado de casas —dijo Chaz.

—¿Diggsy?

—Te acuerdas de Diggsy. Terence Diggs. El grandullón negro, vive en la misma urbanización que Smudge —dijo Chaz.

—Ah, sí, el que se viste como un gánster y se caga encima a la primera señal de problemas —dijo Danny con una sonrisa.

—Joder, Smudge y Diggsy dirigiendo un negocio. ¿Qué podría salir mal? —dijo Ferg desde atrás.

El tráfico vespertino de Londres era ligero, y el viaje a Wandsworth pasó rápidamente. Danny se detuvo un poco alejado de la casa de Smudge, sus faros iluminaron una destartalada furgoneta Luton azul con Smith & Diggs Mudanzas y Vaciado de Casas escrito encima de un número móvil en letras adhesivas desiguales. Apagando el motor, los tres se quedaron sentados, escrutando la oscuridad en todas direcciones en busca de señales de peligro.

—Vale, allá vamos —dijo Danny, abriendo la puerta con un clic.

CINCO

Los tres salieron del coche, mirando alrededor para asegurarse de que no había moros en la costa antes de sacar las MP5. Danny avanzó hacia la furgoneta, pegándose firmemente tras la esquina trasera mientras observaba la puerta de Smudge a través de la mira del arma. Fergus se colocó detrás de él mientras Chaz caminaba hacia atrás cubriendo la retaguardia. Caminando a paso rápido, Danny se dirigió por el sendero hacia la puerta de la casa adosada de Smudge. Extendió la mano para llamar, pero sus nudillos se quedaron congelados a escasos centímetros de la brillante superficie de la puerta cuando se dio cuenta de que estaba ligeramente entreabierta. Se le erizó el vello de la nuca. Levantó el brazo hacia atrás con la mano en alto para detener a Fergus y Chaz que venían por el camino tras él. Sus rostros se endurecieron en un instante.

Sin mediar palabra, se apartaron del sendero, aplastándose contra la pared a ambos lados de la puerta. Inclinándose, Danny acercó el oído a la abertura. Podía escuchar voces amortiguadas, bajas, exigentes. Un segundo después resonó un chillido lleno de dolor, seguido por la voz furiosa de Smudge diciéndole a alguien que se fuera a la mierda. Venía de algún lugar en el extremo opuesto de la casa. Colocando la mano en la puerta, Danny la empujó milímetro a milímetro, comprobando si las bisagras chirriaban. La abrió en silencio, lo justo para echar un vistazo al interior. El pasillo estaba oscuro, su interior solo era visible por un resquicio de luz proveniente de la cocina al fondo.

—Habla. ¿Dónde están Pearson, Leman y McKinsey? —preguntó una voz con acento de Europa del Este desde la cocina.

—Que os den, pedazo de gilipollas —gruñó Smudge en respuesta.

—Ponle la puta bolsa —volvió a decir la voz.

Empujando la puerta un poco más, Danny se deslizó dentro, haciendo señas a Fergus y Chaz para que le siguieran. Los tres avanzaron en silencio por el pasillo, con las MP5 en alto, los músculos tensos, la adrenalina aumentando en anticipación a la acción. Deteniéndose justo antes del triángulo de luz que venía de la cocina, Danny se inclinó lo suficiente para ver a través del hueco. Diggsy yacía en el suelo semiconsciente, con uno de los ojos hinchado y cerrado y sangre manando de su nariz. Smudge estaba sentado atado a una silla, apretando los dientes con rabia mientras forcejeaba contra sus ataduras. Un tipo con pasamontañas le puso una bolsa de plástico sobre la cabeza, retorciéndola firmemente alrededor de su cuello. El plástico frente a la boca abierta de Smudge alternaba entre hincharse y hundirse mientras este intentaba desesperadamente respirar. Al mismo tiempo, otros dos hombres vestidos con cazadoras negras, vaqueros y deportivas se encontraban frente a Smudge, turnándose para golpearle en el estómago. Al ver las armas de los atacantes sobre la mesa de la cocina, Danny empujó la puerta lentamente. Él, Chaz y Fergus entraron sigilosamente en la cocina hasta quedarse uno al lado del otro contra la pared del fondo.

—¿Quiénes creéis que son estos capullos? —dijo Fergus en voz alta para llamar su atención.

—No lo sé, pero creo que ese es nuestro amigo Smudge, con una bolsa de plástico en la cabeza —dijo Chaz.

—Oh no, Chaz, esa no es una bolsa cualquiera, es una bolsa de Marks & Spencer —dijo Danny, con la mirada oscura y peligrosa fija en los tres hombres que los miraban confundidos.

La bolsa se balanceó hacia su dirección cuando Smudge giró la cabeza al sonido de sus voces.

—Oh, disculpad, chicos, me retracto. ¿Quiénes son este grupo de capullos pijos? —dijo Fergus, observando a los tres hombres

mientras alternaban la mirada entre él, sus armas sobre la mesa y de nuevo hacia él.

—No lo hagáis, ni se os ocurra moveros, joder —gruñó Chaz.

—Joder, cargaos a los cabrones —llegó el grito amortiguado de Smudge, con la bolsa de plástico balanceándose de izquierda a derecha mientras hablaba.

El arrebato de Smudge hizo que los hombres entraran en pánico y fueran a por sus armas en la mesa. Danny, Fergus y Chaz los abatieron con una rápida ráfaga de disparos antes de que pudieran levantar sus armas un milímetro de la mesa; el impacto de las balas lanzó a los tres hombres hacia atrás, dejándolos amontonados junto a la puerta trasera. La habitación quedó en silencio. Nadie se movió hasta que el humo de la pólvora se disipó.

—Eso ha sido un poco tenso. ¿Tienes cervezas, Smudge? —dijo finalmente Chaz, dirigiéndose hacia la nevera.

—¿Te importaría quitarme primero esta puta bolsa de la cabeza? —respondió Smudge, girando la cabeza dentro de la bolsa de plástico hacia la voz de Chaz.

Chaz le arrancó la bolsa al pasar, mientras Fergus cogía un cuchillo del bloque sobre la encimera de la cocina y cortaba la cinta aislante que mantenía a Smudge atado a la silla.

—Gracias, Ferg. Venga, échame una mano con Diggsy.

Los dos levantaron a Diggsy y lo sentaron en una silla, salpicándole la cara con agua hasta que volvió en sí.

—¿Estás bien, Smudge? —dijo Danny mientras Chaz lanzaba una lata de cerveza a través de la cocina hacia él.

—Sí, estoy bien, pegan como niñas. Gracias por venir a por mí. ¿Alguna idea de quiénes son estos gilipollas?

—No, pero alguien se ha tomado muchas molestias intentando eliminarnos a todos, así que bebamos, mandemos a Diggsy a casa y larguémonos de aquí antes de que lleguen más —dijo Danny, poniendo la lata de cerveza en la mano de Smudge y dándole una palmada en el hombro.

—¿Has encontrado algo, Chaz? —dijo Ferg.

—Eh, no mucho, ni carteras, ni identificaciones, solo dinero en efectivo y móviles desechables.

—Mételo todo con las armas en una bolsa y larguémonos de aquí. Acamparemos en la vieja fábrica y averiguaremos qué demonios está pasando —dijo Danny, cogiendo un rollo de bolsas de basura de debajo del fregadero y lanzándoselas a Fergus.

Un par de minutos después, comprobaron que no hubiera moros en la costa y se dirigieron al coche, enviando a un aturdido y confundido Diggsy a casa antes de subirse.

—Pobre desgraciado, tendrá pesadillas sobre esto durante semanas —dijo Smudge mientras Danny se alejaba conduciendo, zigzagueando por las calles residenciales hasta estar seguro de que no los seguían, dirigiéndose de nuevo hacia la fábrica cuando quedó satisfecho.

—¿Qué crees, Jefe? —dijo Ferg, volviendo naturalmente a sus días en el SAS cuando Danny estaba al mando como sargento mayor.

—No lo sé. Os voy a dejar y luego tantearé el terreno.

—¿Seguro que no quieres que te acompañemos? —dijo Chaz.

—No, estaré bien. Recordad, chicos, nada de mensajes, nada de teléfonos, nos mantenemos fuera de la red hasta que averigüemos a qué nos enfrentamos —dijo Danny, girando hacia el aparcamiento de la fábrica, aliviado de ver que la nieve fresca había cubierto las huellas que dejaron al salir, sin huellas recientes que indicaran un peligro acechante.

SEIS

Paul Greenwood estaba sentado en su despacho de casa trabajando en los horarios del personal para un gran evento próximo de Greenwood Security. Su esposa entró y dejó una taza de café sobre el escritorio.

—Me voy a la cama —dijo ella, poniendo los brazos alrededor de su cuello mientras se inclinaba y le besaba en la mejilla.

—Vale, cariño —respondió él, todavía absorto en las hojas de cálculo.

—No te quedes trabajando hasta tarde —le dijo, dejándole a lo suyo.

—No lo haré —le contestó.

Siguió trabajando durante unos veinte minutos, haciendo una pausa cuando recordó el café que tenía en el escritorio. Se había enfriado y estaba tibio, pero aun así se lo bebió de un trago. Una corriente de aire le rozó el cuello cuando alguien entró en la habitación detrás de él.

—Pensaba que te habías ido a la cama.

—Pocas posibilidades de eso esta noche —respondió una voz familiar.

Paul giró la silla para encontrarse con Danny sentado en el pequeño sofá Chesterfield junto a la puerta, con las dos Glock 17 asomando bajo su chaqueta abierta.

—Dispárame si quieres, pero aun así no vas a conseguir un aumento —dijo Paul con una sonrisa irónica.

—Mmm, la idea se me pasó por la cabeza —dijo Danny, suavizando su expresión antes de esbozar una sonrisa.

—Deduzco por tu atuendo actual que hay un problema.

—Me alegra ver que todos esos años en la Inteligencia Británica no fueron en vano, tío. Sí, hay un problema bien gordo. Tengo cuatro europeos del este muertos en mi casa, y otros cuatro en las casas de Smudge y Chaz.

—¿Estáis todos bien? —dijo Paul, con preocupación reflejada en su rostro.

—Sí, Chaz recibió un roce, una herida superficial, pero estamos todos bien.

—¿Sabes quién los envió?

—Lo único que tengo es un traficante de drogas llamado Anton —dijo Danny, frotándose los ojos, mientras el cansancio se apoderaba de él tras desaparecer la acumulación de adrenalina de la acción anterior.

—¿Qué necesitas? —dijo Paul sin pensarlo dos veces.

—Habla con Edward, en persona, no por teléfono. No sé hasta dónde llega esto. Mira qué puede averiguar.

—De acuerdo, ¿algo más? ¿Necesitas algún sitio donde quedarte? —dijo Paul, notando lo cansado que parecía su amigo.

—No, tengo un lugar. Hay algo más. Necesito encontrar a Simon —dijo Danny, con expresión mortalmente seria.

—¿Crees que es buena idea?

—No tiene sentido que se dirija contra mi antigua unidad, o que use a un traficante de drogas para hacerlo, pero tengo que saber si esto no es algún tipo de venganza retorcida por aquel asunto de Orden de Matar en Australia.

—Vale, veré qué puedo averiguar. ¿Cómo me pongo en contacto contigo? —dijo Paul, levantándose y comprobando el pasillo para asegurarse de que su esposa no se había despertado.

—En mi oficina, en el tercer cajón de mi escritorio, encontrarás un teléfono nuevo de prepago, enciéndelo mañana a las 10 de la mañana. Te llamaré.

—De acuerdo. Por cierto, ¿quién era esa mujer de antes, la que te estaba esperando en recepción cuando salías de la oficina esta

noche? Parecías bastante disgustado por tener que hablar con ella.

—¿La mujer? —dijo Danny, la emoción de la noche la había apartado de su mente—. ¡La mujer! —repitió, buscando en los bolsillos de sus vaqueros hasta que sacó su tarjeta.

—¿Y bien?

—Es una periodista que está investigando a un objetivo que perseguíamos en Afganistán, un traficante de armas apodado el Lobo. Mató a su padre cuando este estuvo a punto de descubrir su identidad. Ha encontrado su libreta y su cámara con detalles y fotos de mi unidad del día en que murió.

—¿No crees que es demasiada casualidad? —dijo Paul, volviéndose hacia la pantalla de su ordenador tras oír una serie de correos electrónicos entrando en su bandeja de entrada—. ¿Necesitas dinero?

Se giró de nuevo al no obtener respuesta para encontrarse con una habitación vacía. Asomando la cabeza al pasillo, miró alrededor en el silencio de una casa vacía.

***

Mientras recorría las calles de Londres en dirección a la fábrica, Danny le daba vueltas a la tarjeta de Amanda Wallace entre sus manos. Se detuvo y sacó el teléfono de prepago de su bolsillo. Tardó un momento en encenderse y obtener señal antes de poder marcar el número de la tarjeta. Cuando conectó, la llamada pasó directamente al buzón de voz.

—Hola, señorita Wallace, soy Daniel Pearson. Vino a mi oficina hoy. Necesitamos hablar. Tengo motivos para creer que podría estar en peligro. No vaya a casa, regístrese en un hotel y no hable con nadie. Volveré a llamar mañana por la tarde.

Cuando terminó, apagó el teléfono, sacó la batería y la tarjeta SIM y se las guardó en el bolsillo antes de arrancar y continuar su viaje.

SIETE

—Señor Hake —respondió Arthur Montgomery con voz impasible mientras se acomodaba en el asiento trasero de su Bentley con chófer.

—Anton se ha deshecho de los cadáveres. He enviado un equipo de limpieza para eliminar cualquier prueba y solo estoy esperando al cristalero para que instale una nueva ventana en el dormitorio de la casa de Pearson. Deberíamos marcharnos de aquí en diez minutos —dijo Barry Hake, agente del MI5. No se dirigió a Arthur por su nombre. No lo sabía ni quería saberlo. La voz al otro lado del teléfono era quien hacía que el dinero llegara. Eso era lo único que le importaba. Le había reclutado un narcotraficante, Anton Kasovich, cuando su mujer le pidió el divorcio por sus descontrolados hábitos de juego y necesitaba dinero desesperadamente. Al principio, solo pasaba un poco de información aquí y allá. Después, cuando descubrieron que su avaricia superaba a su moral, lo ascendieron en la cadena para realizar trabajos más importantes para Arthur y Vincent.

—¿Y la policía? He oído que un vecino les llamó —dijo Arthur en voz baja antes de silenciar el teléfono para dirigirse a su conductor —. Al Lansdowne Club, por favor, Roger.

—Sí, señor.

—Continúe, señor Hake.

—Informé al jefe de policía de una operación activa del MI5 en la zona. Debe mantener a sus agentes fuera durante su ejecución.

Visitamos a los vecinos y les hicimos firmar una orden de silencio, asuntos de seguridad nacional con la amenaza de quince años de cárcel si la incumplen. Les metimos el miedo en el cuerpo; no hablarán.

—Bien, ahora encuentre a esos hombres y a la mujer y elimínelos. El tiempo corre, señor Hake.

—De acuerdo, pero esto ha ido mucho más allá de nuestro acuerdo. Se suponía que debíamos ocuparnos de Pearson y sus hombres, no de este baño de sangre. Si descubren a Utting y a mí en el SIS, nos caerá todo el peso de la ley. Queremos más dinero —dijo Hake, con un nerviosismo en la voz cada vez más evidente al terminar con su exigencia.

Hubo una tensa pausa mientras Arthur meditaba su respuesta. —Hablaré con el cliente. Mientras tanto, encuéntrelos y dése prisa.

Arthur colgó antes de que Hake pudiera responder. Se tomó un momento para ordenar sus pensamientos y luego marcó otro número.

—¿Está hecho?

—Desafortunadamente, no. Pearson y sus hombres han escapado.

—¿Escapado? ¿Qué quieres decir con escapado? —la voz del cliente mostraba clara irritación.

—Mataron a todos y desaparecieron. Ya dije que usar a los hombres de Anton era un error, no estaban a la altura de soldados entrenados por el SAS. He puesto a Hake y Utting a utilizar todos los recursos del SIS para localizarlos —dijo Arthur, manteniendo la voz tranquila y firme.

—Cristo, maldito Anton Kasovich, mis instrucciones eran hacer esto con discreción. Un rastro de cadáveres en la capital no es lo que yo llamaría discreto. Espera a que los medios se enteren de esto. Será una auténtica tormenta de mierda. No puedo permitirme este tipo de publicidad antes del día dieciocho.

—Y no tendrás que hacerlo. La situación está bajo control. Anton retiró los cadáveres y Hake envió un equipo de limpieza para eliminar cualquier prueba.

—Bien, esperemos que Hake y Utting los encuentren rápidamente.

—Sobre eso, quieren más dinero.

—Mmm, vale, págales. ¿Y qué hay de esa maldita periodista, la que empezó todo esto?

—La perdimos y su teléfono se ha apagado, así que no podemos rastrearla. He involucrado a Peeler. Tiene hombres vigilando su apartamento y Hake está intentando conseguir sus registros telefónicos para averiguar con quién ha estado en contacto. La encontraremos.

—Esto es un desastre. Controla esto, Arthur, cueste lo que cueste. Si yo caigo, tú también caes —dijo enfadado.

—Todo está bajo control, Vincent, tú concéntrate en el día dieciocho, yo me concentraré en deshacerme de nuestro pequeño problema —respondió Arthur antes de finalizar la llamada, su voz aún tranquila mientras su mente repasaba lógicamente todos los ángulos del problema en cuestión.

—Hemos llegado, señor —dijo Roger, saliendo del coche para moverse rápidamente hacia atrás y abrir la puerta del pasajero.

Arthur levantó la vista para ver el discreto cartel sobre una puerta negra brillante que indicaba el club privado Lansdowne. Un club donde los ricos, los poderosos y la élite se mezclaban y tomaban decisiones que moldeaban el país.

—Gracias, Roger. ¿Por qué no te vas a comer algo? Estaré un par de horas.

—Sí, señor —dijo Roger, cerrando la puerta tras él antes de volver rápidamente al lado del conductor.

Arthur subió los escalones, la brillante puerta negra abriéndose antes de que tuviera que llamar. Un hombre impecablemente vestido se colocó a un lado para indicarle que pasara.

—Gracias, Leonard. ¿El Primer Ministro ya está aquí?

—Sí, señor Montgomery, está en su mesa habitual.

—Excelente —dijo Arthur, dirigiéndose a través del salón hacia el comedor.

—¿Puedo traerle algo, señor? —dijo Leonard, siguiéndole de cerca.

—Eh, sí, tomaré un whisky con hielo, del bueno, Glen Moray de dieciocho años, por favor.

—Por supuesto, señor —dijo Leonard, desapareciendo para cumplir con el pedido.

—Buenas noches, John. Espero que no hayas estado esperando mucho tiempo —dijo Arthur, estrechando la mano del Primer Ministro antes de sentarse.

—No, no, querido amigo, acabo de llegar.

—Excelente, y ya tienes una bebida, mejor aún —dijo Arthur, asintiendo a Leonard mientras colocaba su whisky en la mesa junto con un par de menús.

—¿Vincent no se nos une esta noche, Arthur? —preguntó el PM.

—No, me temo que está ocupado, algo relacionado con su organización benéfica de ayuda humanitaria, una cena de gala creo.

—Bueno, por eso es Vincent Benedict MBE después de todo, y una de las razones por las que será anunciado como Ministro de Asuntos Exteriores en la remodelación del gabinete el dieciocho —dijo el PM, inclinándose y hablando en voz baja.

—Sí, y lo está esperando con muchas ganas, John.

—Sabes que hay un puesto para ti, si lo quieres —dijo el PM con un asentimiento y una sonrisa.

—Es muy amable por tu parte, John, pero prefiero quedarme en la retaguardia. Soy mucho más adecuado como asesor especial del gobierno. Me permite la libertad y el anonimato para servir mejor a las necesidades de mis clientes.

—Absolutamente tu elección, pero si alguna vez cambias de opinión, la oferta sigue en pie.

OCHO

—¡Vaya, mierda! Se me ha acabado la batería del móvil —dijo Amanda, volviendo a meterlo en su bolso.

—¿Quieres usar el mío?

—No, no pasa nada. Gracias, Diane, necesitaba esto. Ha sido un día bastante asqueroso, y salir de noche es justo lo que me hacía falta —dijo Amanda, chocando su copa contra la de su amiga mientras se sentaban en el reservado de un bar de vinos en Soho.

—No hay problema, Barry está fuera toda la semana así que puedes quedarte en mi casa esta noche. Venga, cuéntame, ¿qué pasó cuando fuiste a ver al hombre de acción? —preguntó Diane, ignorando a un grupo de jóvenes que sonreían y se reían mientras intentaban establecer contacto visual con ella y Amanda.

—No fue bien. En cuanto mencioné al SAS, se puso, bueno, se puso muy borde, y un poco intimidante. Prácticamente me echó —dijo Amanda, sonriendo a uno de los chicos de la barra.

—Para ya, no les des alas —dijo Diane.

—Vale, vale, solo me estoy divirtiendo un poco. Ay, Dios, viene hacia aquí —dijo Amanda antes de que ambas estallaran en carcajadas.

—Buenas noches, señoritas. ¿Puedo invitaros a una copa?

—Muchísimas gracias. Yo tomaré un vino blanco grande y lo mismo para mi amiga —dijo ella, lanzándole una mirada alentadora.

Volvieron a estallar en carcajadas cuando él desapareció en dirección a la barra.

—Eres terrible. En fin, ¿qué pasa con ese tipo pijo, el amigo de Gilbert, el asesor político?

—Ni siquiera sé su nombre. Gilbert, siendo Gilbert, simplemente lo puso al teléfono y me hizo contarle toda la historia sobre mi padre y el Lobo, las fotos y el cuaderno. Para ser sincera, me dio muy mala espina. Estaba muy empeñado en que le diera las fotos y el cuaderno a Gilbert para que él pudiera investigarlo por mí. Son lo único que me queda de mi padre y no me apetecía entregárselos a un viejo espeluznante al que ni siquiera conozco.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Bueno, ahora mismo voy a emborracharme y a divertirme con nuestros nuevos amigos —dijo Amanda mientras el hombre regresaba con las bebidas y sus amigos detrás.

NUEVE

Tras haber rodeado la manzana dos veces para asegurarse de que nadie le seguía, Danny giró por las puertas de la vieja fábrica. Había caído una ligera capa de nieve fresca desde que se había marchado, lo que le permitía ver sus entradas y salidas anteriores, pero no mostraba huellas recientes de la última media hora más o menos. Condujo hasta aparcar junto a la furgoneta de Chaz, salió y se dirigió a la entrada. Deteniéndose en la puerta, se giró hacia un montón de escombros y chapas metálicas.

—¿Son tus dientes castañeteando o tus cojones temblando, Ferg?

—Son las putas dos cosas, colega. Dile a Smudge que venga a hacer guardia antes de que me convierta en un polo —llegó la voz de Ferg, seguida de una subametralladora MP5 y su rostro sonriente asomando bajo una chapa metálica.

—Vale, tío, lo enviaré en un minuto —dijo Danny, devolviéndole la sonrisa antes de entrar.

Cruzó el suelo vacío de la fábrica y entró en las oficinas, sorprendiéndose al ser recibido por una pared de aire caliente. Smudge y Chaz habían conectado una fila de nuevos calefactores a lo largo de la pared del fondo, con sus embalajes y cajas amontonados en la esquina. El suelo estaba repleto de colchones hinchables, edredones y almohadas.

—Tesco Extra, colega, espero que no te importe, pero cogimos algo de dinero de tu bolsa para provisiones —dijo Smudge, sentado

junto a Chaz en una mesa con un microondas nuevo, un hervidor y un surtido de comidas preparadas, té, café y leche.

—No, está bien. Prepáranos un té, Smudge, y luego releva a Ferg antes de que coja congelación. Yo haré la siguiente guardia.

—Vale, jefe —dijo Smudge, encendiendo el hervidor.

—Entonces, ¿descubriste algo? —dijo Chaz.

—Paul está investigándolo. Con suerte, tendremos más respuestas mañana.

—Tendremos que acomodarnos y ponernos cómodos. ¿Curry o lasaña? —dijo Chaz, levantando dos platos precocinados.

—Mete el curry, colega, quizá me entre en calor. Gracias, Smudge —dijo Danny mientras Smudge le ponía un café delante y se marchaba para relevar a Fergus.

—Recibido —dijo Chaz, pulsando los botones del microondas.

—Hay algo más —dijo Danny, sacando la tarjeta de visita de Amanda Wallace de su bolsillo.

—Ah, sí, cuenta —respondió Chaz, con el interés despertado.

—¿Recuerdas cuando los altos mandos se pusieron como locos por un traficante de armas llamado el Lobo?

—Recuerdo media docena de misiones de alto riesgo en la provincia de Takhar intentando encontrar al escurridizo cabrón que intercambiaba armas por heroína que valía millones más que las armas en el mercado abierto.

—Ese mismo. Los talibanes tenían tanta mierda de esa que no sabían qué hacer con ella. En fin, ¿recuerdas la última misión a ese pueblucho de mierda con una cabra y una pista de aterrizaje improvisada al pie de las montañas?

—Sí, perdimos al tipo por segundos. Su avión despegaba justo cuando llegamos. Nunca más volvimos a saber de él —dijo Chaz, con una expresión de desconcierto en su rostro sobre adónde iba esto.

—Exacto, escúchame. ¿Recuerdas a ese periodista loco que era un incordio, que siempre aparecía intentando conseguir una exclusiva sobre el Lobo? Le confiscamos las cámaras y borramos las fotos varias veces cuando lo pillamos haciéndonos fotos. El Lobo lo vio en una choza cerca del aeródromo cuando se preparaba para marcharse y le descargó un AK47.

—Sí, lo montamos en un helicóptero de vuelta al campamento. Murió camino del hospital. ¿Qué tiene que ver todo esto?

—El tipo se llamaba David Wallace. Ayer su hija, Amanda Wallace, apareció en mi trabajo preguntando por su padre. Al parecer, ha estado revisando sus cosas y encontró un cuaderno que tenía mientras investigaba al Lobo. También tenía su cámara con fotos de nuestra unidad y una foto del Lobo, presumiblemente justo antes de que le disparara —dijo Danny, tomando un sorbo de su café.

—¿Y qué hiciste? —dijo Chaz, inclinándose hacia delante con interés.

—Le dije que no podía hablar de nada de lo que hicimos en el regimiento y que destruyera las fotos nuestras. Fue hace años. No le di importancia, y además, ¿a quién le importa el Lobo ahora? Todo el mundo se ha retirado del país.

—Sí, entiendo lo que dices. Pero es mucha casualidad. Ella aparece y todos empiezan a intentar matarnos.

—Lo sé. Le dejé un mensaje en su teléfono. Voy a intentar hablar con ella mañana.

—Poned el hervidor. Hace un frío que pela ahí fuera —dijo Fergus, irrumpiendo antes de abrazar un calefactor—. ¿Qué? Parecéis como si os hubiera interrumpido follando —continuó, mirando a Danny y Chaz que habían caído en silencio.

—Cállate, pedazo de idiota —dijo Danny, riendo antes de encender el hervidor.

—Está bien, vosotros dos, continuad, aquí no hay prejuicios —dijo Fergus con una amplia sonrisa en la cara.

DIEZ

Al entrar en el edificio del SIS y sede del MI6 y MI5 ubicado a orillas del río Támesis, el jefe del Servicio de Inteligencia Secreto, Edward Jenkins, pasó por seguridad mientras el personal le saludaba de camino al ascensor. Su rostro estaba serio mientras analizaba lo que su amigo Paul Greenwood le había contado en su reunión durante el desayuno. Las puertas se abrieron y salió, pasando su tarjeta para acceder a las oficinas del SIS.

—A mi despacho, por favor, James —dijo al pasar junto a un oficial superior de Inteligencia.

—Sí, señor —respondió James, levantándose de su silla y siguiendo a Edward.

Reclinándose en su silla, Barry Hake asomó la cabeza por su cubículo y observó cómo James seguía a Edward hasta su despacho.

—James, ¿qué información tenemos sobre los tiroteos de anoche en Walthamstow, Wandsworth y Harrow? —preguntó Edward, encendiendo su ordenador y accediendo a la base de datos del Servicio de Inteligencia Secreto.

—¿Señor? —dijo James, desconcertado.

—Ocho cadáveres armados con armas automáticas, vínculos con un traficante llamado Anton.

—Lo siento, señor, no hemos recibido informes de ningún tiroteo anoche.

Edward miró de James a la pantalla de su ordenador. Después de desplazarse por los informes, frunció el ceño.

—Bien, eso es todo, James —dijo, despidiéndole.

En cuanto James abandonó el despacho, Edward cogió su teléfono. —Kathleen, ¿puedes conseguirme al jefe de policía Ryan McGillan al teléfono, por favor? —dijo, volviendo a colocar el auricular y mirando por la ventana hacia el Támesis, sumido en sus pensamientos. El teléfono sonó un par de minutos después.

—Sí.

—El jefe McGillan al teléfono, señor.

—Gracias, Kathleen —dijo Edward, esperando el clic antes de continuar—. Jefe McGillan.

—Señor Jenkins, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quería saber si habíais recibido informes de tiroteos anoche, armas automáticas, ocho muertos en Walthamstow, Wandsworth y Harrow.

—Lo siento, no entiendo. Recibí una notificación de una operación activa del MI5 en esas zonas con la orden de no intervenir —dijo el jefe, confundido.

—¿Una orden? ¿Bajo qué autoridad?

—Pues, bajo la suya. Tengo delante la orden QC23 que usted envió por correo electrónico.

Edward se volvió hacia su ordenador y movió el ratón hacia su servidor de correo seguro. Al abrirlo, se recostó frunciendo el ceño cuando vio el correo dirigido al jefe en su carpeta de enviados.

—De acuerdo, gracias, Jefe —dijo, colgando el teléfono.

Permaneció sentado durante un minuto antes de levantarse y mirar por encima de su despacho a todos los agentes, intentando averiguar quién había enviado el correo electrónico desde su oficina.

***

Sentado en su cubículo, Barry Hake había recibido los registros telefónicos de Amanda Wallace de su proveedor y estaba elaborando una lista de nombres y direcciones de las llamadas entrantes y salientes. Cuando terminó, los imprimió y los guardó en su bolsillo antes de acercarse al cubículo de Peter Utting. Le dio un toque en el

hombro y ambos salieron sigilosamente de la oficina. Tomaron el ascensor hasta el aparcamiento subterráneo y salieron hacia el tráfico de Londres, con Utting conduciendo mientras Hake hacía una llamada.

—Tengo una lista de direcciones de los registros telefónicos de Amanda Wallace. Vamos a comprobarlas ahora.

ONCE

Después de una noche de sueño interrumpido y turnos para vigilar, asumieron que por ahora estaban seguros en la fábrica. Danny desayunó lasaña de microondas, acompañada de litros de café hasta que la cafeína alejó el cansancio. Desmontó y revisó todas las armas, repartiéndolas entre los cuatro. A las diez menos cinco, encendió su móvil y esperó la llamada de Paul, que como era de esperar ocurrió exactamente a las diez.

—Paul.

—Buenos días, Danny, ¿estáis todos bien?

—Sí, si quienquiera que nos persigue supiera que estábamos aquí, supongo que ya habrían venido. ¿Qué sabes? —dijo Danny, contento de oír la voz de su amigo.

—He hablado con Edward esta mañana. Acaba de responderme. Quien hizo esto tiene buenas conexiones. Los cuerpos desaparecieron y alguien del MI5 falsificó una orden de Edward para impedir que la policía investigara.

—Simon, tiene que ser Simon. ¿Has averiguado dónde está? —dijo Danny, enfureciéndose ante la idea.

—Sí, pero no vayas a por él como un toro en una cacharrería. Si te equivocas, podría ser quien te ayude —dijo Paul, intentando calmar a Danny.

—¿Dónde está, Paul?

—Está en una reunión en el edificio del Ministerio del Interior en este momento, luego tiene una prueba de traje en Davies and Son

en Savile Row a las once. Danny, no hagas ninguna tontería.

—Gracias, Paul, apagaré este teléfono ahora. Me pondré en contacto pronto.

—Vale, ten cuidado.

—Siempre lo tengo —dijo Danny, colgando antes de quitar la tarjeta SIM y la batería del teléfono y tirándolo al montón de basura en la esquina.

Sacó un nuevo teléfono de prepago de su bolsa y miró su reloj.

Llamaré a Amanda Wallace después de hablar con Simon.

—Bien, chicos, tenemos que movernos. ¿Alguien necesita un traje nuevo? —dijo Danny ante caras desconcertadas.

***

Simon salió rápidamente del edificio del Ministerio del Interior hacia su coche que esperaba aparcado en líneas amarillas dobles fuera. Su conductor ya estaba fuera y sosteniendo la puerta abierta para él.

—Gracias, Michael, llévame a Davies and Son, por favor.

—Sí, señor.

Se recostó y se relajó, hojeando algunos archivos de la multitud de carpetas en su maletín mientras el coche avanzaba suavemente durante los treinta minutos de trayecto hasta Savile Row. Su conductor se detuvo detrás de una furgoneta Transit azul aparcada en la zona de carga frente a la impecablemente presentada sastrería Davies and Son.

—Volveré en una hora, Michael —dijo Simon, saliendo por la puerta antes de que Michael tuviera la oportunidad de bajar y abrirla por él.

—Muy bien, señor —respondió Michael. No estaba preocupado por los guardias de tráfico. Su tarjeta de identificación del Consejo de Seguridad Nacional era suficiente para hacerlos huir hacia el siguiente infractor de tráfico.

—Buenas tardes, señor. ¿Me seguiría al probador? —dijo su sastre nerviosamente, con la mano temblando mientras señalaba

hacia la trastienda.

—Buenas tardes, Giles. ¿Está todo bien? —preguntó Simon, siguiéndole a través de la tienda.

En cuanto entró en el probador, Fergus apareció de detrás de un perchero lleno de trajes y escoltó a Giles a punta de pistola hacia el almacén. Simon se giró al oír el movimiento para ver a Smudge cerrando la puerta de la tienda, y a Chaz corriendo la cortina que separaba el probador de la parte delantera de la tienda. Simon miró alrededor del probador vacío. Si estaba nervioso, no lo mostraba. Al fondo de la habitación, la cortina del vestidor se deslizó lentamente revelando a Danny, con el rostro impasible y los ojos clavados directamente en los de Simon, oscuros y amenazantes, su brazo derecho rígido mientras apuntaba con la Sig silenciada a la cabeza de Simon.

—Vaya, vaya, vaya, señor Pearson. A pesar de su evidente necesidad de un buen traje, intuyo que no es por eso por lo que está aquí. Cuénteme, amigo, tengo un horario muy apretado hoy —dijo Simon, tranquilo y sereno.

—¿Estás intentando matarme a mí y a mi unidad?

Hubo una ligera pausa y el más leve destello de confusión en el rostro de Simon antes de disimularlo y responder. —Mmm, por muy atractiva que sea esa idea en este preciso momento, no, no estoy intentando mataros ni a ti ni a tu grupito de amigos.

—¿Y no es tu amigo del Pentágono, Joel Stilwell, en venganza por lo de Australia? —gruñó Danny, con la pistola aún firme como una roca, sin apartar los ojos de Simon.

—Querido muchacho, Joel Stilwell se encarga de la seguridad de los Estados Unidos. Él y yo, a decir verdad, tenemos cosas mucho más importantes que hacer que andar por ahí autorizando mezquinas ejecuciones por venganza. Aunque no lo creas, admiro bastante lo que hicisteis en Australia.

Esta vez, fue el turno de Danny de hacer una pausa. Por más vueltas que le diera, sabía que Simon estaba diciendo la verdad. Sin decir palabra, Danny rodeó a Simon antes de bajar la pistola y desaparecer tras la cortina.

—No seas un extraño, señor Pearson. Todavía podría utilizar a un hombre como tú —le llamó Simon.

—No, no podrías —llegó la gruñida respuesta de Danny, seguida por el débil sonido de la puerta de la tienda al cerrarse.

Simon sonrió mientras se quitaba tranquilamente la chaqueta del traje y la colocaba en una percha en el perchero. Sacó un fajo de billetes del bolsillo del pantalón, sujetos por un clip de dinero plateado, y soltó algunos cuando un tembloroso Giles entró en el probador.

—Por su discreción —dijo, entregándole los billetes.

—Gracias, señor —respondió Giles, antes de sacar la cinta métrica de alrededor de su cuello.

DOCE

Amanda se arrastró fuera de la cama y se puso de pie. La cabeza le dio un par de vueltas antes de palpitar en señal de protesta. Gimió cuando vio las 11:20 en su reloj. Cogiendo su bolso de la silla, lo abrió y rebuscó su teléfono, maldiciendo cuando pulsó el botón de encendido y no pasó nada. El recuerdo de la batería agotada tardó un poco en registrarse a través de la resaca.

—Diane, ¿tienes un cargador de móvil que pueda usar? —dijo, caminando descalza por el pasillo hasta la cocina del piso de su amiga.

—Eh, sí, espera —dijo Diane, abrazada a un café en la mesa de la cocina, con los ojos inyectados en sangre y el pelo de punta por todas partes.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda con una risita.

—Esto es culpa tuya, por animar a esos chicos. Toma —gimió Diane, sacando un cargador del cajón de la cocina, abarrotado de todo lo que podría ser útil algún día.

—Bebidas gratis toda la noche, sin embargo. Gracias —dijo, cogiendo el cargador y enchufándolo, frunciendo el ceño ante el símbolo rojo de batería con el rayo de carga parpadeando en la pantalla.

—Sí, ¿viste sus caras cuando nos fuimos a casa?

—Eso es culpa suya, pequeños cabroncetes salidos. Yo no les pedí que nos compraran copas. ¿Te importa si me doy una ducha? —dijo, olisqueándose la axila y poniendo cara de asco.

—Sí, adelante —dijo Diane con una carcajada.

***

Arthur Montgomery estaba sentado en la cocina de su casa de seis dormitorios en la zona acomodada de St John's Wood en Londres. Sorbía su té y leía el periódico, doblándolo cuidadosamente y colocándolo ordenadamente a un lado cuando sonó su teléfono.

—Señor Hake.

—El teléfono de Amanda Wallace acaba de encenderse.

—¿Tiene una ubicación?

—Está en un bloque de pisos en Paddington, 25 Dorchester Place.

—¿Puede ser más específico?

—No, el edificio tiene veintidós plantas. Lo mejor que puedo decirle es que es un piso que da a la fachada del edificio. Estamos revisando los registros telefónicos para ver si encontramos una coincidencia con algún residente del edificio.

—Gracias, Hake. Llámeme si encuentra una coincidencia. Haré que el señor Peeler lo investigue.

Arthur colgó y pasó por sus contactos antes de pulsar el botón de llamada.

—Señor Peeler, la joven de la que hablamos está en un bloque de pisos residencial en el número 25 de Dorchester Place, Paddington. Hake está intentando concretar el piso exacto. Le llamaré cuando tenga más información.

—Sí, señor, vamos de camino.

***

Duchada y vestida, Amanda regresó a la cocina. Diane también se había vestido y parecía más compuesta.

—Bueno, tengo que irme a trabajar. Solo cierra la puerta con el resbalón cuando salgas —dijo Diane, acercándose para darle un abrazo a su amiga.

—Vale. Gracias, Diane.

—Ah, tu móvil no ha parado de sonar. Alguien está muy interesado en ti. Llámame, ¿eh? —dijo, saliendo por la puerta.

—Sí, lo haré, adiós.

Amanda se acercó al teléfono y lo cogió. Un mensaje de voz y tres llamadas perdidas, número oculto. Pulsó el botón para escuchar el mensaje.

—Hola, señorita Wallace, soy Daniel Pearson. Usted vino a mi oficina esta mañana. Necesitamos hablar. Tengo motivos para creer que podría estar en peligro. No vaya a casa, regístrese en un hotel y no hable con nadie. La llamaré de nuevo mañana por la tarde.

La voz de Danny la dejó paralizada. Tuvo que reproducir el mensaje tres veces antes de asimilarlo. Estaba allí de pie, aturdida, cuando el teléfono volvió a sonar con el mismo mensaje de número oculto en la pantalla.

—Eh, ¿hola? —dijo en voz baja.

—Señorita Wallace, soy Daniel Pearson. ¿Ha recibido mi mensaje? —dijo Danny con urgencia en su voz.

—Sí, ¿de qué se trata? ¿Qué peligro?

—Después de hablar con usted ayer, alguien intentó matarnos a mí y a mi unidad. Creo que tiene algo que ver con la investigación de su padre. ¿Ha hablado con alguien más sobre esto?

—Intenté hablar con el Ministerio de Defensa para averiguar quién era usted, pero no quisieron decirme nada. Al final le reconocí por una antigua noticia en el periódico donde salía con su amigo Scott Miller, algo relacionado con un ciberataque a los sistemas bancarios. Ah, y hablé con un asesor del gobierno por teléfono. Era amigo de un amigo, pero no acepté su oferta de ayuda.

Danny cogió un trozo de cartón y un bolígrafo. —¿Dónde está? Iremos a buscarla.

—Estoy en casa de una amiga, piso 38, 25 Dorchester Place, Paddington —dijo, con un deje de miedo en su voz.

—De acuerdo, vamos para allá. Apague su teléfono y métalo dentro del microondas. Así no podrán rastrearlo. ¿Ha entendido? —dijo Danny con firmeza para que se concentrara.

—Eh, sí, en el microondas, entendido.

—Bien, quédese ahí. Llegaremos pronto.

TRECE

Mientras Amanda apagaba su teléfono y lo guardaba en el microondas del piso de su amiga en la quinta planta, dos Land Rover Discovery negros se detenían en el aguanieve frente a la entrada principal del bloque de pisos. Dos hombres se bajaron del vehículo delantero y se acercaron al que estaba detrás cuando su ventanilla descendió.

—Vosotros dos quedaos aquí y vigilad la entrada. Si ella sale, agarradla. No la matamos hasta que tengamos el cuaderno y las fotos, ¿entendido? Billings y yo subiremos hasta arriba e iremos bajando —dijo, dirigiéndose hacia la entrada después de que el conductor asintiera.

Pulsó el botón de un piso superior y esperó una respuesta.

—¿Diga? —contestó una voz metálica.

—Soy el inspector detective Grant Peeler, señor. ¿Le importaría abrirnos, por favor? —dijo Peeler, mostrando su placa a la cámara de la puerta.

Tras una pausa, el cerrojo zumbó abriéndose, y los dos hombres entraron. Subieron al ascensor, intentando ignorar el olor a orín mientras pulsaban el botón del último piso.

—Joder, qué cuchitril —dijo Billings, arrugando la cara.

—Venga, acabemos con esto —dijo Peeler, saliendo al piso superior.

Se dirigió al piso más cercano y aporreó la puerta—. Policía, ¿puede abrir la puerta, por favor?

Se abrió lo justo para ver asomarse un rostro preocupado.

—Inspector detective Grant Peeler, señora, ¿conoce o ha visto a esta mujer? —dijo, metiéndole la placa en la cara con una mano y una foto de Amanda Wallace con la otra.

—Eh, no, agente, yo...

Billings la interrumpió en seco, empujando para pasar—. ¿Le importa si entramos a comprobar? Muchas gracias, señora —dijo, sin darle oportunidad de responder.

Dio una rápida vuelta por el piso antes de salir.

—Muchas gracias —dijo Peeler, cerrando la puerta de golpe dejando a la mujer confundida antes de caminar hacia Billings, que ya estaba golpeando la puerta del siguiente piso.

***

—Eso es, para ahí, Chaz —dijo Danny un poco alejado del bloque de pisos.

Los tres iban sentados en la parte delantera de la furgoneta mientras Smudge se inclinaba para mirar entre ellos desde atrás, escudriñando la carretera en busca de señales de peligro.

—¿Qué opináis? —dijo Fergus.

—No me gusta el aspecto de esos Land Rover —dijo Chaz, entrecerrando los ojos para ver si había alguien dentro.

—Sí, este no es el tipo de urbanización donde los propietarios puedan permitirse coches de sesenta mil libras, a menos que sean traficantes —dijo Danny, vislumbrando al pasajero en el retrovisor del lado del copiloto.

—Qué va, son demasiado de abuelo para ser traficantes. El BMW M4 es más su rollo —dijo Smudge desde atrás.

—Gracias por esa pequeña perla de información, Smudge —le dijo Danny, lanzándole una mirada.

—¿Qué? Solo lo digo.

—Por delante no hay acceso, tiene que haber otra manera de entrar —dijo Fergus.

—Debe de haber una salida de emergencia por detrás. La normativa contra incendios lo exigiría, ¿no? —dijo Chaz, mirando a los demás.

—Supongo que sí. Pasa de largo y da la vuelta por detrás, Chaz. Vamos a echar un vistazo —dijo Danny.

Chaz siguió conduciendo. Danny tenía el brazo levantado y la cabeza apoyada contra la ventanilla del copiloto, ocultando su cara de los dos hombres en el Land Rover y aparentando estar dormido. Observó a los ocupantes por el retrovisor lateral de la furgoneta mientras pasaban, fijándose en dos tipos blancos, con la cabeza girada hacia la entrada, sin prestar atención a la furgoneta que acababa de pasar. Al rodear la parte trasera del edificio, Chaz aparcó junto a los contenedores con una línea de visión directa hacia una puerta de emergencia en la parte posterior de una pequeña caja de escaleras.

—Espera aquí y mantén el motor en marcha, Chaz. Si la cosa se pone fea, llámanos al móvil de usar y tirar, ¿vale?

—Entendido, jefe.

Los tres se bajaron, Fergus y Smudge ocultando bajo sus chaquetas tanto como podían de sus subfusiles MP5. Danny sacó la SIG con silenciador y apretó el gatillo apuntando al cristal de la puerta de emergencia. Un par de tintineos metálicos emanaron del cañón mientras las balas atravesaban el cristal. Deslizando la pistola en la funda de su hombro, Danny siguió a las balas con un puñetazo a través del cristal que se hacía añicos para empujar hacia abajo la barra de apertura y poder tirar de la puerta.

Entraron en la pequeña caja de escaleras. Danny avanzó y miró a través del cristal de una puerta cortafuegos interior situada enfrente. Le daba una vista completa del edificio hasta los ascensores, la escalera principal y la entrada frontal. Más allá, podía ver la carretera y a los dos hombres vigilando en uno de los Land Rovers. Sin apartarse del cristal, Danny hizo un gesto con la mano para que Fergus y Smudge subieran las escaleras. Retrocedió y los siguió una vez que habían llegado al rellano del primer piso. Fergus miraba a lo largo de la mira del subfusil hacia el centro del hueco de la escalera, mientras Smudge cubría las escaleras hacia abajo mientras Danny

subía. Repitieron este proceso, subiendo rápidamente los pisos hasta que llegaron al quinto. Tomando la delantera, Danny asomó la cabeza por la puerta cortafuegos hacia el rellano. Al no ver a nadie, guardó la pistola y se volvió hacia Fergus y Smudge.

—Escondedlas. Lo último que necesitamos es que alguien llame a la policía. Tendríamos a una unidad de respuesta armada pisándonos los talones en un abrir y cerrar de ojos.

Con las armas ocultas bajo sus abrigos, los tres caminaron con toda la naturalidad posible hasta el piso 38.

—Señorita Wallace, soy Daniel Pearson —dijo Danny, llamando suavemente a la puerta.

Unos segundos después, oyó el ruido de la cadena al ser retirada de la puerta antes de que se abriera lo suficiente para ver la cara asustada de Amanda.

Danny le ofreció la sonrisa más tranquilizadora que pudo. Ella abrió más la puerta, llevándose la mano a la boca cuando vislumbró la Sig en un lado y la Glock en el otro a través de su chaqueta abierta.

—Está bien, no he venido a hacerle daño, ¿de acuerdo? —dijo Danny, entrando en el piso, seguido por Smudge y Fergus.

CATORCE

Un Volvo giró hacia Dorchester Place. Hake aparcó detrás del Land Rover y salió con Utting. Hake golpeó en la ventanilla del Land Rover, que se deslizó hacia abajo inmediatamente.

—¿Dónde está Peeler?

—Está arriba con Billings. Están registrando el edificio de arriba abajo.

—Llámale. Ella está en el piso de una amiga, quinta planta, número 38.

El otro tipo en el Land Rover transmitió la información por radio.

La voz de Peeler regresó un segundo después. —Sube tú. Estamos bajando hacia la quinta planta ahora.

Los dos hombres salieron del Land Rover, quitándose las chaquetas para revelar chalecos tácticos con la palabra Policía escrita por delante y por detrás. Sacaron sus Glock 17 reglamentarias mientras Hake y Utting les seguían hacia la entrada, empuñando sus propias pistolas al avanzar.

—Policía, sujete esa puerta —gritó el oficial que iba delante a una mujer que salía empujando un cochecito.

—Vosotros dos coged el ascensor —les dijo a Hake y Utting, mientras entraba en el vestíbulo con su compañero.

Los dos hombres se separaron al pasar por las puertas del ascensor, uno dirigiéndose hacia la escalera principal mientras el otro abría la puerta de emergencia hacia las escaleras traseras.

—Menudos jodidos Rambos, esos dos —bromeó Utting, pulsando el botón del ascensor, cambiando su expresión cuando las puertas se abrieron y el olor a orina rancia golpeó sus fosas nasales.

***

—Danny, es hora de irnos, jefe —dijo Smudge, sacando el MP5 de debajo de su abrigo mientras miraba por la ventana del salón a cuatro hombres armados dirigiéndose a la entrada del bloque de pisos.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo Amanda, sintiendo a la vez ira, confusión y frustración.

—¿Tienes el cuaderno y las fotos? —dijo Danny, con voz autoritaria mientras la miraba con una mirada firme.

—Sí, aquí están —dijo ella, levantando su bolso.

—Bien, tenemos que irnos ahora. Hay hombres subiendo para matarte por algo que hay ahí dentro —dijo Danny, agarrándola del brazo y siguiendo a Fergus que tomaba la delantera.

El camino estaba despejado cuando salieron del piso y se dirigieron hacia la escalera trasera. El sonido del timbre del ascensor, seguido por las puertas abriéndose junto a ellos, hizo que Smudge reaccionara. Se giró para enfrentarse a un sorprendido Hake y Utting. Actuando por instinto, Smudge golpeó fuertemente la nariz de Utting con la culata del MP5 mientras ambos hombres se apresuraban nerviosos a sacar sus pistolas de debajo de sus abrigos. Dando la vuelta a la metralleta, Smudge la apuntó hacia Hake justo cuando este liberaba su arma, dejándolo paralizado en el sitio. Utting estaba de pie junto a él, sujetándose la nariz para contener la hemorragia mientras intentaba ver a través de sus ojos llorosos. Nadie se movió mientras el ascensor sonaba y las puertas se cerraban, desvaneciéndose el sonido de las maldiciones de Hake a medida que el ascensor descendía. Delante de ellos, Fergus asomó la cabeza sobre la barandilla de la escalera principal, solo para ver las letras de Policía en el chaleco del tipo del Land Rover y el cañón de su pistola mirándole desde abajo. Retirando la cabeza, Fergus se

puso a cubierto justo a tiempo para evitar los disparos desde abajo. Las balas pasaron silbando, arrancando trozos del techo de hormigón sobre su cabeza antes de rebotar contra la pared detrás de él.

'—¡Vamos! —gritó Fergus, disparando una breve ráfaga por encima de la barandilla mientras Danny arrastraba a Amanda por la puerta cortafuegos hacia las escaleras traseras, con Smudge siguiéndolos de cerca. Se oían pasos corriendo escaleras abajo en algún lugar por encima de ellos, lo que hizo que Danny se arriesgara a mirar. Sus ojos se cruzaron con los de Peeler, tres pisos más arriba. Danny se echó hacia atrás cuando Billings apuntó su arma, dejándolo apuntando al vacío. Bajando tan rápido como podían, el grupo llegó a la mitad entre el segundo y tercer piso cuando Danny levantó la mano, deteniendo al grupo en seco. En el silencio repentino, podía oír pasos en las escaleras directamente debajo de ellos. Guardando su pistola, Danny agarró la barandilla con ambas manos y saltó al vacío en el centro de la escalera. Juntó los pies enfundados en botas mientras se balanceaba hacia las escaleras directamente debajo de ellos, plantando ambos pies de lleno en el pecho del policía que subía desde abajo. El golpe estrelló al hombre contra la pared, expulsándole el aire mientras dejaba caer su arma y se desplomaba en el suelo. Sacudiéndose tras un doloroso aterrizaje en los duros escalones, Danny se incorporó mientras los demás bajaban corriendo las escaleras para reunirse con él. Smudge le dio una patada en los huevos al oficial al pasar, solo por si acaso.

'—Mantenlos a raya —ordenó Danny, deteniéndose justo antes de la planta baja. Smudge echó un vistazo hacia arriba por el centro del hueco de la escalera, soltando varias ráfagas de fuego semiautomático. Peeler y Billings se agacharon contra las paredes exteriores dos pisos más arriba, tratando de evitar las balas que rebotaban. Al mismo tiempo, Fergus saltó frente a la puerta cortafuegos del vestíbulo y disparó más rondas contra Hake y Utting, obligándolos a retroceder hacia el ascensor del que acababan de salir.

'—Vámonos —dijo Danny, corriendo por la puerta cortafuegos hacia la furgoneta.

Al oír todo el alboroto, Chaz había girado la furgoneta y abierto la puerta lateral, listo para una salida rápida. Sosteniendo la mano de Amanda, Danny saltó a la parte trasera, arrastrándola sobre él. Un segundo después, Fergus se lanzó dentro y se apartó para dejar espacio a Smudge, que se zambulló mientras la furgoneta comenzaba a moverse. Chaz aceleró la furgoneta al máximo, expulsando una nube de humo negro diésel por el tubo de escape mientras chirriaba al rodear el bloque de pisos, cerrando la puerta lateral al pasar junto a los Land Rovers. Hake y Utting salieron corriendo del bloque de pisos, seguidos por Peeler, Billings y los dos oficiales, viendo cómo la furgoneta de Chaz desaparecía tras una esquina al final de la calle.

'—¡Joder, cabrones! —gritó Peeler, dando una patada a la rueda del coche.

'—Peeler, tendrás que encargarte de esto. Utting y yo no podemos involucrarnos. Habrá demasiadas preguntas sobre por qué hay agentes del MI5 en la escena. Tenemos que salir de aquí —dijo Hake, guardando su arma y dirigiéndose al coche con Utting siguiéndole, apretando un pañuelo contra su nariz rota.

'—Mierda, vale, idos, idos —dijo Peeler, haciendo una pausa antes de usar la radio policial—. Control, habla el Inspector Detective Grant Peeler, tenemos un 10-57, armas disparadas en 25 Dorchester Place, Paddington. Los sospechosos han huido en un Audi A6 rojo, matrícula parcial AP15, vistos por última vez dirigiéndose hacia el oeste por Connaught Street, cambio —dijo Peeler, observando cómo Hake se alejaba conduciendo.

'—Aquí control, unidades enviadas. ¿Hay algún herido?, cambio.

'—Sin heridos.

'—Entendido, Control fuera.

Peeler miró a Billings y a los dos policías. —Tenemos que ponernos de acuerdo en la historia, ¿vale? Recibimos un soplo sobre alguien traficando en la urbanización y nos metimos en medio de una venta de drogas en las escaleras traseras. Iban fuertemente armados y se produjeron disparos antes de que escaparan en un Audi A6 rojo. Descripción vaga, ¿de acuerdo?, cuatro tíos, con

sudaderas con capucha, gafas de sol, dos negros, dos blancos. ¿Entendido?

Todos asintieron en señal de acuerdo.

QUINCE

El Bentley de Arthur Montgomery se detuvo en un apartadero junto a una larga valla metálica que rodeaba la terminal de carga de Heathrow. Su conductor paró al lado de un Mercedes AMG GT coupé. Su propietario estaba de pie frente al coche con un grueso abrigo de invierno, mirando a través de la valla cómo un avión de carga rodaba hacia la pista.

—Buenas tardes, Vincent. ¿Es ese uno de los nuestros? —dijo Arthur, situándose a su lado.

—Sí, cincuenta toneladas de ayuda humanitaria con destino a Siria y quinientos fusiles automáticos L1A1 sin número de serie y munición, oficialmente en la lista de material dado de baja por el Ministerio de Defensa, cortesía de nuestro contacto militar —respondió Vincent Benedict sin apartar la mirada del avión.

—¿Y la carga de vuelta? —preguntó Arthur como si tal cosa.

—Los yihadistas salafistas están intensificando los combates y están desesperados por conseguir armas. Nos darán setenta kilos de heroína de alta pureza a cambio de los fusiles.

—¿Cómo la vamos a introducir?

—Oculta en sacos de comino y semillas de anís. Los perros detectores odian esas especias.

—¿Y si la descubren? —preguntó Arthur, mirando a Vincent.

—El pedido de envío remite a una empresa fantasma en las Bahamas. Sin vínculos contigo ni conmigo, amigo mío —dijo Vincent con una sonrisa.

—Has llegado muy lejos desde los tiempos del Lobo, Vincent.

—Imagínate hasta dónde podremos llegar cuando me anuncien como nuevo Ministro de Exteriores el día dieciocho. Lo que me lleva a nuestro problema actual con la señorita Wallace y la unidad de ex-SAS con la que ha estado hablando.

—Espero buenas noticias en cualquier momento. El señor Hake la ha localizado en un piso en Paddington. Deberían estar recogiéndola mientras hablamos.

—¿Y la unidad de ex-SAS?

—Primero conseguiremos a la mujer y el cuaderno y las fotos de su padre, después nos desharemos de la unidad. Oh, espera, es Hake ahora mismo —dijo Arthur, mirando la identificación de llamada en su teléfono—. Señor Hake.

—No hemos conseguido a la mujer. Pearson y los demás aparecieron de la nada. Iban fuertemente armados, no tuvimos ninguna posibilidad. Se llevaron a la mujer con ellos.

—Ya veo. Esto es muy insatisfactorio, señor Hake. Encuéntrelos —dijo Arthur, observando cómo el rostro de Vincent se ensombrecía mientras colgaba.

—¿Qué demonios ha pasado ahora?

—Pearson y sus hombres han atrapado a la mujer y se han marchado —dijo Arthur, dejando entrever finalmente un atisbo de nerviosismo en su habitualmente impasible rostro.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Vincent, más como una exigencia que como una pregunta.

—Haremos lo que deberíamos haber hecho desde el principio. Utilizaremos Fuerzas Especiales para matar a las Fuerzas Especiales y pagaremos a Luka y sus mercenarios.

—De acuerdo. ¿Cuándo pueden estar los serbios en el país?

—Ya están aquí —dijo Arthur con cierta petulancia.

—Bien, terminemos con esto de una vez. Te veré más tarde en el club —dijo Vincent, estrechando la mano de Arthur antes de que ambos hombres se separaran y volvieran al calor de sus coches.

—A casa, por favor, Roger —dijo Arthur, observando cómo Vincent se alejaba a toda velocidad en su Mercedes.

—Muy bien, señor.

Esperó hasta que estuvieron en marcha antes de seleccionar un número en su teléfono.

—Sí —llegó la escueta respuesta con acento serbio.

—Me gustaría que procediera con el asunto que discutimos.

—El dinero —respondió secamente.

—El depósito estará en su cuenta esta tarde, el resto se pagará al finalizar, como acordamos.

La línea se cortó tan pronto como Arthur dejó de hablar.

DIECISÉIS

—Diggsy, Diggsy, venga, tío, abre la puerta —dijo Smudge, llamando a la puerta de la casa de Diggsy.

—Lárgate, Smudge. No quiero saber nada de ti —se oyó un grito desde dentro.

—Venga, tío, no sabía que esos tipos nos iban a atacar. Abre la puerta. Necesito tu ayuda.

—Abre la puta puerta antes de que la tire abajo y te pegue un tiro yo mismo —gritó Chaz, impacientándose detrás de Smudge.

Las cerraduras traquetearon, y la puerta se abrió lentamente. La cara de Diggsy asomó, con el ojo amoratado e hinchado, y el lateral de su cara de un color morado oscuro.

—¡Qué tal, Diggsy! Menuda pinta, colega —bromeó Chaz con una gran sonrisa mientras se abría paso a empujones.

—¿Tienes cervezas, tío? —dijo Fergus, siguiendo a Chaz.

—Chicos, no os passéis. Lo siento, tío —dijo Smudge, entrando.

Sacudiendo la cabeza, Diggsy fue a cerrar la puerta. Una mano la agarró y la empujó de nuevo mientras Danny la mantenía abierta para Amanda.

—Buenas, Diggsy, deberías ponerte un filete en ese ojo, colega —dijo, siguiendo a los demás.

—Menuda panda de capullos. Vale, ¿qué queréis?

—¿Qué? ¿Así nos agradeces que te salváramos la vida? —dijo Fergus con cara de ofendido.

—Si no os conociera, no necesitaría que me salvaran, ¿verdad? —dijo Diggsy.

—Vale, vale, lo siento, tío. Mira, la furgoneta de Chaz está demasiado caliente ahora mismo. La he dejado en el garaje. Necesito que me prestes el imán —dijo Smudge, dándole palmaditas en la espalda mientras le dedicaba una gran sonrisa.

—No, no, no. No vais a conducir mi coche. No —dijo Diggsy, mirándolos con su único ojo abierto mientras negaba con la cabeza.

—Venga, tío, solo es por un día o dos. Lo cuidaré. Lo trataré como si fuera mío.

—Sí, eso es lo que me temo. No.

—Vale, justo es justo. Supongo que tendremos que quedarnos aquí y esperar que los maníacos armados no nos encuentren —dijo Fergus, dando un trago a una de las cervezas de Diggsy.

Diggsy miró alrededor de la habitación el montón de pistolas y subfusiles MP5 que asomaban por debajo de sus chaquetas.

—Ah, mierda —dijo, sacando las llaves del bolsillo y deslizándolas por la mesa de la cocina.

—Gracias, tío —dijo Smudge, recogiéndolas y dirigiéndose hacia la puerta principal.

—Buen chico —dijo Chaz, dándole una palmada en el hombro al salir, seguido por Fergus, con el resto de las cervezas de la nevera de Diggsy bajo el brazo.

—No nos has visto —dijo Danny, arrojando un fajo de billetes sobre la mesa antes de guiar a Amanda hacia fuera.

—Ojalá no os hubiera visto, joder —murmuró Diggsy para sí mismo mientras la puerta principal se cerraba de golpe tras ellos.

Fuera, siguieron a Smudge hacia el aparcamiento comunitario.

—¿Por qué lo llama el imán, Smudge? —dijo Chaz.

—Imán para tías, colega —dijo Smudge, presionando el botón de desbloqueo de la llave.

Hubo un pitido, y los intermitentes parpadearon en un viejo Renault 5 Turbo de color naranja brillante. Se quedaron detrás de Smudge, observando la suspensión rebajada, las llamas pintadas en los laterales y el enorme alerón fijado en la parte trasera del techo.

—¿Estás de coña, Smudge? —dijo Danny.

—¿Qué? Dijiste que necesitábamos un coche. Aquí tenemos un coche.

—A la mierda. Ha sido un día duro. Subamos y vámonos —dijo Chaz, siguiendo a Smudge hasta el coche.

Empujando el asiento del conductor hacia delante, Danny, Chaz y Fergus se apretujaron en el diminuto asiento trasero del coupé de dos puertas. Amanda se sentó en el asiento del copiloto antes de que Smudge entrara y girase las llaves en el contacto. En cuanto arrancó el motor, el equipo de música se encendió a todo volumen con Tupac, el bajo atronador proveniente del enorme altavoz del maletero.

—Perdón —dijo Smudge, apagándolo rápidamente, intentando ignorar los tres pares de ojos entrecerrados que lo miraban por el retrovisor.

—Si pudiera moverme lo suficiente para sacar esta pistola, te pegaría un tiro yo mismo —refunfuñó Chaz.

Ignorándolo, Smudge sacó el coche del aparcamiento y tomó la carretera hacia la fábrica, el rugido del tubo de escape interrumpido por la válvula de descarga que soltaba un siseo sobre el chirrido del turbo cada vez que cambiaba de marcha.

—Bueno, esto no llama la atención para nada. ¿Cómo lo llevas? —dijo Danny a Amanda por encima del ruido.

Ella se giró en el asiento y asintió levemente. —Estoy bien —respondió, con el impacto de los sucesos en el bloque de pisos aún visible en sus ojos.

DIECISIETE

Edward avanzó entre los escritorios y cubículos con una pila de carpetas bajo el brazo. Se detuvo junto a los escritorios vacíos de Hake y Utting.

—Lorraine, ¿sabe usted dónde están Hake y Utting? —le preguntó a la mujer del cubículo de enfrente.

—El señor Hake ha llamado para decir que ha llevado a Utting al hospital. Al parecer, se cayó por unas escaleras y se rompió la nariz.

—Vaya, suena doloroso. Gracias, Lorraine —dijo Edward, continuando su camino hacia su despacho.

Entró y colocó los archivos sobre su mesa. La visión de Simon sentado con las piernas cruzadas en la silla del rincón le hizo dar un respingo cuando se giró para cerrar la puerta.

—Edward —dijo Simon, quitándose una pelusa del pantalón antes de fijarle una mirada imperturbable.

—Simon, ¿puedo ofrecerle algo, café, té? —dijo Edward cortésmente, con el dedo suspendido sobre el botón para llamar a su secretaria.

—Té, por favor, Earl Grey, si tiene —dijo Simon, con su voz tan agradable como siempre.

—Sí, señor Jenkins.

—¿Podría traernos dos tés, por favor? Earl Grey —dijo Edward por el intercomunicador—. Bien, Simon, ¿a qué debo el placer?

—Un conocido nuestro me interrumpió de manera muy grosera durante mi prueba de traje hoy.

—Oh, ¿y quién podría haber sido? —dijo Edward, sentándose tras su escritorio.

—Vamos, querido muchacho, no juguemos. Tu reunión de desayuno con Paul Greenwood y la llamada al Jefe Ryan McGillan indica que sabes perfectamente de quién estamos hablando —dijo Simon, quedándose la habitación en silencio mientras la secretaria de Edward traía una bandeja con una pequeña tetera de Earl Grey, una jarrita de leche y un platillo de azúcar junto a dos tazas con platillos de porcelana fina. Una vez que ella se marchó, Simon se levantó de la silla y se acercó al escritorio—. ¿Sirvo yo? ¿Leche? ¿Azúcar? —continuó sirviendo el té.

—Leche y una de azúcar. Daniel acudió a Paul después de que personas desconocidas pagaran a un traficante llamado Anton para que los matara. Esto ocurrió después de que una joven llamada Amanda Wallace fuera a ver a Daniel para pedirle que localizara a un traficante de armas conocido como el Lobo. Aparentemente, el Lobo disparó a su padre en Afganistán y luego desapareció. La unidad de Danny llegó poco después y lo trasladaron en helicóptero al hospital. Murió durante el trayecto. Avanzamos unos años y su hija encuentra un cuaderno y fotos del Lobo y de la unidad SAS de Danny. Lo más preocupante es que alguien limpió las escenas del crimen, los cadáveres desaparecieron, eliminaron todas las pruebas. Incluso enviaron un correo electrónico desde mi oficina al Jefe de Policía Ryan McGillan diciéndole que el MI5 estaba llevando a cabo una operación activa y que se mantuviera alejado de la zona. Organizado, poderoso y con contactos, ¿te suena familiar? —dijo Edward, haciendo una pausa para sorber su té.

—Entiendo tu preocupación, y comprendo por qué el señor Pearson pensó que yo podría estar involucrado. No lo estoy. Esto te deja con un problema más serio. Tienes un topo en el departamento, y eso es algo que hay que abordar. En cuanto a los otros asuntos, el nombre completo de tu traficante es Anton Kasovich, nacido en Albania, una pieza desagradable y uno de los mayores actores del Reino Unido, con una red de distribuidores desde Lands End hasta John O'Groats. En cuanto al Lobo, hace tiempo que no oía mencionar ese nombre. Se suponía ampliamente

que o bien había sido abatido en el desierto por los talibanes, o se retiró en su mejor momento y ahora vive a todo trapo en Brasil o algún lugar similar.

—¿Nunca lo identificaron?

—No, nuestro Lobo era un tipo muy escurridizo. Ahora bien, hay un detalle bastante importante que te estás perdiendo. Nuestro señor Lobo no cambiaba armas por dinero, cambiaba armas por drogas. Heroína afgana, para ser precisos, y en gran cantidad. Los talibanes estaban desesperados por conseguir armas y tenían montañas de heroína. El Lobo aprovechó esa situación al máximo y se llevaba diez veces el valor en drogas por cada entrega de armas. ¿Qué tiene que ver esto con nuestro problema actual? Bueno, parece bastante coincidente que alguien pague al principal traficante del país para matar precisamente a las personas que tienen la información para identificar a un prolífico y aún no identificado traficante de drogas, o debería decir proveedor de drogas —dijo Simon, terminando su té y devolviendo la taza a la bandeja.

—¿Crees que el Lobo sigue activo?

—Esa es una teoría, y si es así, tiene sentido que haga lo que sea necesario para mantener su identidad en secreto.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Depende de ti, mi querido amigo, pero si fuera yo, ayudaría al señor Pearson con cualquier información que pudiera encontrar. Deja que él se encargue por ahora, a ver qué descubre. De esa manera, si todo sale mal, tienes plena negación de responsabilidad, y si sale bien, el SIS puede llevarse todo el mérito. Una situación en la que todos ganan, podría decirse.

Edward se quedó asimilando la información mientras Simon se levantaba para marcharse.

—Adiós, Edward. Estaré pendiente de este asunto. Me interesa bastante ver cómo se desarrolla —dijo Simon con una sonrisa petulante antes de salir rápidamente de su despacho.

DIECIOCHO

Después de un viaje que le sacudió hasta los huesos, Smudge dio varias vueltas alrededor de la fábrica, comprobando si les seguían o si había señales reveladoras de que la fábrica hubiera sido comprometida. Por suerte, no encontró ninguna, así que entró con el coche y aparcó junto al vehículo de Danny. Danny, Fergus y Chaz se desenrollaron del asiento trasero del coche, se estiraron y se dirigieron a la fábrica. Entraron en la zona de oficinas y se quitaron los abrigos y las armas, disfrutando del calor de los calefactores que habían dejado encendidos durante todo el día.

—¿Quieres beber algo? ¿Tienes hambre? —dijo Danny a Amanda.

—Sí, un café, por favor. ¿Qué comida tenéis? —respondió ella, pálida como una sábana y todavía sufriendo los efectos de la resaca.

—Veamos, estofado de Lancashire, curry, arroz frito especial —dijo Danny, sonriendo mientras rebuscaba entre las comidas precocinadas que quedaban.

—El estofado está bueno —intervino Chaz.

—Vale, tomaré ese, por favor.

—Ocúpate de eso, Chaz. Yo prepararé algo de beber —dijo Danny, lanzándoselo.

—Como quieras, una comida gourmet en camino —dijo Chaz, cerrando la puerta del microondas y pulsando los botones hasta que escuchó un reconfortante zumbido.

—¿Puedo echar un vistazo a las cosas de tu padre? —dijo Danny, señalando la bolsa de Amanda.

—Sí, por supuesto.

Ella abrió la bolsa y sacó un viejo cuaderno gastado y un sobre. Extrajo un montón de fotos y las colocó sobre la mesa de la oficina.

—¿No son digitales?

—No, mi padre solo usaba película —dijo Amanda con una triste sonrisa.

Al abrir el cuaderno por donde marcaba la cinta, Danny se sorprendió al descubrir que era la última entrada de David Wallace; las páginas salpicadas de sangre indicaban que lo había escrito justo antes de que Danny y su unidad lo encontraran.

—¿Tienes idea de lo que significa? —dijo Danny.

—No, esta parte, «AYUDA vino otra vez hoy» se menciona varias veces a lo largo del libro, siempre escrita en mayúsculas.

Danny leyó el resto de la página.

«Es él otra vez. Los lugareños le llaman el Lobo. Esta vez estoy más cerca. Debería poder sacar una foto de su cara«.

Danny dejó de leer y cogió las fotos, extendiéndolas sobre la mesa para verlas mejor. Mostraban un viejo avión de carga C-27 Spartan aterrizando, un camión con soldados talibanes afganos armados recibiéndolo. Continuando con las fotos, Danny vio a un hombre blanco con una gorra de béisbol que cubría la mayor parte de su cabello rubio arenoso y gafas de sol que ocultaban sus ojos mientras sonreía sosteniendo un rifle de una caja en la puerta de carga del avión. Era una sonrisa exagerada de un millón de dólares, del tipo que se ve en la televisión cuando los políticos andan buscando votos. Estaba a bastante distancia y era difícil distinguir los detalles del rostro del hombre. Danny encontró una foto ampliada. David Wallace había captado al Lobo mirando directamente hacia él. La siguiente foto mostraba al Lobo y a los soldados talibanes apuntando sus armas en dirección a David. Amanda se dio la vuelta para comer su estofado, ocultando las lágrimas que llenaban sus ojos. Danny volvió a centrar su atención en el cuaderno.

«¿Dónde están las Fuerzas Especiales? Les dije que estuvieran aquí«.

La escritura debajo era garabateada y apenas legible, obviamente escrita después de que le hubieran disparado.

—Tengo una vista clara de su cara. Es él, Fin.

La escritura se desvanecía hacia abajo en la página junto con una mancha de sangre. Danny miró las dos imágenes restantes. El avión se había marchado y cuatro militares permanecían de pie en la pista de aterrizaje de tierra. La última mostraba a Danny y su unidad corriendo en dirección a David.

—Lo encontramos en una choza cerca del aeródromo. Chaz consiguió mantenerlo con vida el tiempo suficiente para que el helicóptero nos evacuara de allí —dijo Danny, recogiendo la foto de él, Fergus, Chaz y Smudge.

—Gracias por intentarlo —dijo Amanda, recomponiéndose.

—Esta es buena. No se pueden ver sus ojos y el sombrero le cubre el pelo, pero aún podrías reconocerlo si lo vieras.

—¿Y qué hay de HELP y «es él, Fin«?

—No lo sé, quizás francés para terminar o el final. ¿Es una F? Es difícil distinguirlo con la mancha de sangre. Podría ser V, Vin, algo así, o incluso una P.

—¿Y el HELP en mayúsculas?

—HELP International Humanitarian Aid Group —dijo Smudge con naturalidad mientras regresaba del baño.

—¿Qué, Smudge?

—HELP International Humanitarian Aid Group, ¿os acordáis de ellos? Estaban llevando ayuda a los pueblos todo el tiempo que estuvimos allí.

—Bien hecho, Smudge. Y yo pensando que no prestabas atención mientras estábamos allí —dijo Danny con una sonrisa.

—Talentos ocultos, colega, siempre me subestiman.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo Amanda, recuperando el entusiasmo ante la señal de progreso.

—Tenemos que averiguar quién es ese escoria de Anton y hacerle una visita. Alguien le pagó mucho dinero para matarnos y quiero saber quién.

—¿Cómo averiguamos quién es Anton? —dijo Amanda.

—Anton Kasovich, dicen que es responsable del setenta por ciento de todas las drogas en el Reino Unido. Pero es listo, nunca se ensucia las manos, vive en un sitio enorme en Wimbledon —dijo

Smudge, pasando tranquilamente junto a ellos antes de sentarse con una taza.

Danny, Chaz, Fergus y Amanda se dieron la vuelta y se quedaron mirándole.

—¿Qué? Bueno, eso es lo que dijo el vecino de al lado del tío de Diggsy, y ha estado en la cárcel por tráfico de drogas más veces de las que ha estado fuera.

—¿Y no pensaste en compartir esta pequeña perla de información con nosotros antes? —dijo Danny, mirándole con incredulidad.

—Acabo de recordarlo. De todos modos, si vais a tomarme el pelo, ya no me molestaré en ayudaros más.

—¿No sabrás también dónde en Wimbledon vive?

—Sí, un caserón al final de Wool Road, da al Royal Wimbledon Golf Course. Diggsy y yo retiramos unos muebles viejos de dormitorio de la casa de al lado. Un par de mastodontes salieron de la puerta y nos dijeron que apartáramos la furgoneta de su propiedad. Creo que pensaban que éramos maderos de incógnito.

Todas las miradas se clavaron en Smudge de nuevo hasta que Danny finalmente miró su reloj, casi las seis.

—Acábate la bebida, Smudge. Tú y yo vamos a ir a echar un vistazo a esa casa. Chaz, Fergus, comprobad la situación de armas y munición. Amanda, estarás segura aquí con Fergus y Chaz. Solo tardaré una hora más o menos.

—Sí, jefe —dijo Chaz, desmontando un MP5, contento de estar haciendo algo en lugar de nada.

DIECINUEVE

Después de no encontrar nada útil en la casa de Danny, Luka y sus hombres se habían marchado.

—Aquí no hay nada. Vámonos —dijo Luka, saliendo del salón de Smudge, que estaba completamente patas arriba.

Sus tres hombres lo siguieron desde la cocina y el piso de arriba; hombres grandes, hombres en forma, no en forma de gimnasio, sino en forma de militares de élite; pelo corto, sus ojos escrutando el entorno mientras se movían con la confianza de quienes podían enfrentarse a cualquier cosa. Se dirigieron hacia un Mercedes Clase G 4x4, cuya robusta forma cuadrada parecía más adecuada para terrenos difíciles que para las calles invernales del centro de Londres. Luka se detuvo justo antes de subir. Se giró lentamente y observó la destartalada furgoneta Luton azul con el rótulo Smith & Diggs Removals and House Clearance escrito sobre un número de móvil en letras desiguales y pegajosas. Se acercó a la puerta del copiloto, miró arriba y abajo de la desierta calle antes de sacar una pistola y romper la ventanilla con la culata. Se hizo añicos en un millón de pedazos, permitiendo a Luka meter la mano y tirar del tirador de la puerta. Sin inmutarse por la luz interior que se encendió, Luka rebuscó entre los papeles del salpicadero antes de abrir la guantera. Bajo los envoltorios de caramelos y un gorro de lana, encontró el documento de registro del vehículo con el nombre de Terence Diggs y una dirección. Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Luka mientras guardaba el documento en

su bolsillo, cerraba la puerta y volvía al Mercedes. Se subió al asiento del copiloto y le entregó el documento al conductor.

—Vamos aquí —dijo.

—Vale —respondió el conductor, arrancando.

Recorrieron la corta distancia hasta el otro lado del conjunto residencial antes de detenerse frente a la casa de Diggsy.

***

—Sí, sí, ya voy. Más te vale ser tú trayéndome mi coche, Smudge —dijo Diggsy, abriendo la puerta de golpe sin pensar.

Cuatro hombres le devolvieron la mirada, inexpresivos, con rostros duros y aterradores, y ojos fríos y alertas.

—Señor Diggs, estoy buscando a un amigo suyo, Darren Smith —dijo Luka, sonriendo para mostrar un diente delantero de oro.

—No conozco a ningún Smith, colega, así que no puedo ayudarte —dijo Diggsy, cerrando la puerta de un golpe.

La mano de Luka golpeó la madera, forzando la puerta a abrirse de nuevo con facilidad. Entró en el pasillo con sus tres hombres siguiéndole de cerca mientras un aterrorizado Diggsy retrocedía hacia la cocina.

—Creo que empezamos de nuevo, ¿sí? —dijo Luka en un inglés entrecortado, su mano deslizándose dentro de su chaqueta para sacar un cuchillo de caza ornamentado de quince centímetros. Su acero de Damasco hecho a mano brillaba bajo la dura luz fluorescente—. ¿Sabes?, este era el cuchillo de mi padre. Es muy especial para mí. Ha visto mucha sangre, quizá vea la tuya. Ahora, ¿dónde están el señor Smith y sus amigos?

VEINTE

—Inspector Peeler, ¿qué te trae por el turbio mundo del tráfico?

—Necesito un favor, Martin. Necesito que busques un vehículo por mí —dijo Peeler, pasándole un papel con la matrícula y la descripción del coche de Diggsy.

—¿Prioridad? —preguntó Martin, tecleando la matrícula en el sistema de Reconocimiento Automático de Matrículas de Londres, ANPR para abreviar.

—Llámalo un favor personal —respondió Peeler, metiendo un fajo de billetes de veinte libras en el organizador del escritorio de Martin.

Martin cogió rápidamente el dinero, deslizándolo en su bolsillo, mientras miraba nerviosamente alrededor de la sala para asegurarse de que nadie le había visto.

—Buen chico, llámame en cuanto tengas algo —dijo Peeler, dándole una palmada en la espalda antes de salir tranquilamente del departamento de tráfico.

***

—¿Ya casi llegamos, Smudge? —preguntó Danny por encima del ruido del tubo de escape.

—Sí, debería ser justo, eh, sí ahí está, la siguiente a la izquierda —dijo Smudge, señalando el desvío.

Danny giró hacia Wool Road y siguió por la carretera flanqueada de árboles pasando por delante de todas las casas grandes en dirección a la de Anton Kasovich, mientras la carretera se volvía más helada a medida que se acercaban al final del camino sin salida. La nieve de antes se había convertido en aguanieve a lo largo del día y ahora se estaba transformando en hielo mientras la temperatura vespertina bajaba por debajo de cero.

—Es esa con el muro y las puertas eléctricas —dijo Smudge cuando se acercaban.

Danny se detuvo un poco antes. Mirando la imponente fachada de la propiedad, observó la casa de al lado. No había luces encendidas, pero había una cámara y focos instalados en el frontal del garaje, apuntando hacia la puerta principal y la entrada.

—Vale, Smudge, esto es lo que quiero que hagas.

***

—¿Sí?

—Hola, soy Martin. Acabo de localizar tu vehículo. Acaba de salir de la A3 para tomar la A238, dirigiéndose a Wimbledon por Copse Hill Road. No sé exactamente adónde fue desde allí, pero no ha aparecido en las cámaras saliendo de la zona, así que debe estar en alguna de las urbanizaciones a ambos lados de Copse Hill Road, entre la A238 y Ridgeway.

—Gracias, Martin, sigue atento por si lo ves. Llámame inmediatamente si sale de la zona, ¿vale? —dijo Peeler, hablando en voz baja mientras salía de la comisaría.

—Vale, lo haré.

Mirando hacia el coche, captó la atención de Stewart Billings y señaló hacia la salida del patio de la policía mientras marcaba otro número.

—Habla.

—El coche está en alguna urbanización cerca de Copse Hill Road, Wimbledon. Vamos hacia allí ahora —dijo Peeler mientras Billings detenía el coche a su lado.

—Si lo encuentras, me llamas y te mantienes alejado de nuestro camino —respondió Luka secamente, antes de colgar.

—Es un puto encanto, este tío. Dirección Wimbledon, Stew —dijo Peeler, cerrando la puerta del coche.

***

Moviéndose a través de los arbustos, Danny se mantuvo cerca del muro para evitar que el sensor activara los focos en la casa del vecino de Anton. Se detuvo cuando quedó fuera de vista en la oscuridad del lateral de la casa y esperó su señal. Un par de minutos después, escuchó el estruendo cuando Smudge arrancó el coche de Diggsy y lo condujo hasta dejarlo fuera de las puertas automáticas de la casa de Anton.

Uno, dos, tres.

Danny saltó, agarró la parte superior del muro y quedó colgado.

Siete, ocho, nueve.

Al llegar a diez, Smudge aceleró el coche, con el tubo de escape crepitando y petardeando mientras el turbo aullaba y la válvula de descarga emitía fuertes silbidos. Danny se impulsó lo suficiente para ver por encima del muro. La casa era enorme, con una gran entrada circular en la parte delantera y un patio iluminado con piscina en la parte trasera, seguido de un largo jardín paisajístico que daba al hoyo trece del Royal Wimbledon Golf Course.

Mirando hacia el frente, Danny observó cómo tres hombres corpulentos salían de la casa y se dirigían hacia la puerta y el alboroto que estaba montando Smudge. Cuando la puerta comenzó a deslizarse suavemente para abrirse, Danny se impulsó hacia arriba antes de dejarse caer en un parterre al otro lado. Se quedó quieto, agachado en la oscuridad. Nadie vino corriendo, y los tres tipos seguían preocupados por Smudge.

—¡Eh, quita esa mierda de aquí! —gritó uno de los tipos con acento de Europa del Este.

—Vale, tío, tranquilízate, el embrague está fallando, no puedo meter la marcha —contestó Smudge a gritos por la ventanilla

mientras revolucionaba el motor a tope mientras empujaba suavemente la palanca de cambios hacia adelante, sin pisar el embrague, para producir un horrible chirrido metálico.

Corriendo hacia la esquina trasera, Danny se asomó hacia la parte posterior de la casa. Al no ver a nadie, avanzó con cautela hasta que pudo mirar a través de la larga fila de puertas plegables que se abrirían en verano para aprovechar al máximo la cocina-salón, el patio y la zona de la piscina. Una rubia de piernas largas vestida con lycra deportiva hacía ejercicio siguiendo a Joe Wicks en un enorme televisor montado en la pared, mientras uno de los hombres de Anton, de pie en la cocina, se desvivía mirándole el trasero cuando ella se inclinaba. El hombre dio un respingo y apartó la mirada como si hubiera recibido una descarga eléctrica cuando otro tipo entró en la cocina gritando a un gigante musculoso que venía detrás.

Supongo que tú eres Anton.

Era difícil oír lo que decían, pero por los fragmentos que captó a través del grueso doble acristalamiento, Anton estaba seriamente cabreado por el ruido que Smudge estaba haciendo en la entrada. El tipo grande y el admirador de traseros sacaron ambos pistolas MP-446 de fabricación rusa y se dirigieron hacia la puerta principal.

Hora de largarse.

Danny giró de nuevo hacia el lateral de la casa y corrió en la oscuridad hasta el parterre junto al muro. Después de saltar por encima, regresó al camino, cincuenta metros más arriba de la casa de Anton.

—No te lo repetiré otra vez. Aleja esta mierda de la casa.

—Sí, lo estoy intentando —gritó Smudge con un ojo en el retrovisor y el otro en los dos personajes que salían de la casa con pistolas.

Agradecido por ver la sombra de Danny aparecer en la acera un poco por detrás de él, Smudge metió primera y dio un giro con el coche sobre el helado asfalto. —Está bien, pedazo de feos, ya lo tengo —gritó Smudge por la ventanilla abierta mientras salía derrapando.

Los tres hombres de aspecto duro miraron furiosos a Smudge, volviendo hacia la casa mientras él se alejaba a toda velocidad.

—¿Quién era ese? —gruñó el tipo grande.

—Nadie, solo un idiota con problemas en el coche —dijo uno de los otros, dirigiéndose de nuevo hacia la casa mientras las puertas eléctricas se cerraban suavemente tras él.

VEINTIUNO

—Sube la calefacción, Smudge —dijo Danny, frotándose las manos por el frío mientras entraba en el coche un poco más arriba de la casa de Anton.

—Vale, ¿qué tal te ha ido?

—No parece muy complicado, cinco tíos, armas ligeras. Si entramos después de que todos se hayan ido a la cama, debería ser pan comido.

—¿Cuál es la mejor forma de entrar? —preguntó Smudge, girando hacia Copse Hill Road.

—Cruzar el campo de golf detrás de la casa, saltar el muro y acercarnos desde la parte trasera, dividirnos en dos equipos y atar a los matones con bridas antes de tener una charla con este tal Anton.

—Suena bien...

La explosión de la ventana trasera en una lluvia de cristales interrumpió a Smudge. Tres balas pasaron entre él y Danny a velocidad supersónica, perforando pequeños y perfectos agujeros redondos en el parabrisas delantero laminado al salir del vehículo. Reaccionando por instinto más que por pensamiento, Smudge redujo una marcha en el Renault 5 Turbo y pisó a fondo el acelerador, lanzando el pequeño coche hacia delante, serpenteando por el asfalto resbaladizo mientras los neumáticos luchaban por adherirse. Girándose en su asiento, Danny alcanzó la parte trasera y agarró una metralleta MP5. Miró por la ventana trasera sin cristal a Luka, que aceleraba el potente Mercedes Clase G 4x4 tras ellos. Uno de los

hombres de Luka tenía la cabeza y los hombros fuera de la ventanilla del copiloto, esforzándose por mantener estable su AK47 mientras apuntaba al Renault. En el otro lado del Mercedes, otro hombre se asomaba por la ventanilla trasera, con los brazos bloqueados mientras les apuntaba con una pistola.

—Sácanos de aquí, Smudge —dijo Danny, deslizándose hacia abajo en el asiento mientras las balas atravesaban la fina carrocería, incrustándose en la madera del pesado subwoofer que ocupaba todo el maletero.

—Recibido —gritó Smudge por encima del ruido, haciendo girar el pequeño coche con el freno de mano para salir de la carretera principal hacia una tranquila urbanización de Wimbledon.

Luka optó por un enfoque más directo, subiendo el todoterreno por el bordillo y estrellándolo contra una pequeña valla de estacas en una explosión de madera pintada de blanco mientras atravesaba el jardín delantero de alguien, recortando la esquina en su persecución.

—¿Quiénes coño son estos tíos? —gritó Smudge sobre el rugido del motor.

—No son los hombres de Anton, o nos habrían atacado en la casa.

—Pues están cabreados por algo, y de qué manera.

Intentando mantener el rifle estable entre los asientos, Danny soltó una breve ráfaga de disparos, obligando a uno de los hombres a meterse dentro mientras las balas saltaban chispas al impactar contra la carrocería del Mercedes, destrozando el retrovisor lateral del conductor cuando Luka viró para salir de la línea de fuego.

—¡Smudge! —gritó Danny, viendo cómo el hombre volvía a sacar su arma por la ventanilla.

—Vale, vale, ya me muevo —gritó Smudge, deslizando el Renault por una curva cerrada, esquivando una ráfaga de disparos que continuó su trayectoria hasta atravesar la ventana del salón de la casa de la esquina, destrozando el televisor de pantalla plana de la pared opuesta mientras un grupo de chavales veía un violento tiroteo en la película John Wick 3. Se quedaron boquiabiertos, con

las latas de cerveza en la mano mientras miraban la pantalla humeante.

—¡Agarraos! —gritó Smudge, acelerando por una calle flanqueada por casas adosadas. Los coches de los propietarios estaban aparcados parachoques contra parachoques a ambos lados mientras ellos circulaban temerariamente por el estrecho espacio del medio.

Mirando hacia atrás, Danny observó cómo el ancho Mercedes aceleraba tras ellos, destrozando los retrovisores de los coches aparcados a ambos lados mientras acortaba distancias. Lo único bueno era que el estrecho espacio obligaba a los pistoleros a permanecer dentro del coche. Al mirar hacia delante, todo pasaba como un borrón mientras se acercaban a los ciento treinta kilómetros por hora.

—¡Cuidado! —gritó Danny cuando alguien abrió la puerta de su coche para salir.

Smudge golpeó la puerta a toda velocidad, arrancándola de sus bisagras mientras el faro del Renault explotaba y la esquina delantera del coche se arrugaba. Smudge instintivamente pisó los frenos para reducir la velocidad y mantener el control del coche, el Mercedes los embistió por detrás, empujándolos directamente hacia una casa al otro lado de un cruce en T justo delante de ellos.

—Tendrás que acelerarlo, o nos empotrará contra la casa —gritó Danny.

—¡Agárrate! —gritó Smudge, bajando una marcha y pisando a fondo el acelerador.

El turbo se activó y el Renault se alejó del Mercedes lo suficiente para que Smudge pudiera tirar del freno de mano y jugar con el acelerador, haciendo que el coche derrapara alrededor del cruce en T, rebotando la parte trasera contra un coche aparcado antes de enderezarse y alejarse a toda velocidad. El Mercedes de Luka estaba demasiado cerca y era demasiado pesado para tomar la curva. Sus frenos se bloquearon mientras se deslizaba directamente a través del cruce, atravesando un muro bajo de jardín antes de incrustarse en la ventana saledizo de la casa adosada de detrás. Luka y sus

hombres desaparecieron de vista en una nube de airbags que explotaban.

—¡Joder! —gritó Luka, sacando su cuchillo de caza mientras el airbag se desinflaba. Lo cortó del volante y metió la marcha atrás, acelerando con fuerza para sacar el coche de los escombros y volver a la carretera. Los propietarios de la casa llegaron corriendo desde la cocina, solo para quedarse mirando a través del agujero en su salón a Luka y sus hombres mientras se alejaban a toda velocidad calle abajo.

Varias calles más adelante, Smudge continuaba girando a izquierda y derecha por la urbanización mientras Danny vigilaba detrás para asegurarse de que los habían perdido.

—¿Cómo demonios nos han encontrado? —dijo Smudge, reduciendo la velocidad al límite permitido.

—Deben haber rastreado el coche. ¿Recuerdas a los hombres en el bloque de pisos con chalecos de Policía?

—Sí, pero ¿cómo sabían lo que estábamos conduciendo? —dijo Smudge, dándose cuenta de la respuesta en el momento que lo dijo —. ¡Mierda, Diggsy! Joder, tenemos que ir a ver cómo está —dijo Smudge, conduciendo el coche tan rápido como podía.

—Vale, Smudge, tranquilo, tío. Iremos a ver a Diggsy, pero primero tenemos que deshacernos de este coche.

VEINTIDÓS

Después de abandonar el coche de Diggsy en Battersea, Danny y Smudge cogieron el metro hasta Greenwich y se dirigieron al ático de Scott Miller, el mejor amigo de Danny, con vistas al Támesis.

—Buenas noches, Daniel y, eh, Darren, ¿no? —dijo Scott en la puerta después de dejarles entrar al edificio.

—¿Qué pasa, Scotty? Vengo a pedirte un pequeño favor —dijo Danny, sacando una metralleta de debajo de su chaqueta y dejándola sobre el asiento a su lado, mientras las dos Glock 17 de sus fundas sobaqueras quedaban a la vista cuando la chaqueta se abrió al sentarse.

—¿Es que nunca tienes un día normal? ¿Té, café? ¿Algo más fuerte quizás? —dijo Scott sin pestañear.

—Tomaré una cerveza si tienes —dijo Smudge.

—Nada para mí, colega —dijo Danny, dedicándole una sonrisa cansada a su amigo.

—Vale, una cerveza marchando —dijo Scott, dirigiéndose a la nevera.

—Bueno, sobre ese favor —dijo Scott, entregándole una cerveza a Smudge y cogiendo otra para él.

—Necesito que me prestes un coche.

—¿Cuál, viejo amigo? —dijo Scott, sin inmutarse por la pregunta.

—No sé. ¿Cuántos tienes ahora? —dijo Danny sorprendido.

—Um, veamos, está el Porsche 718 Cayman GT4 RS, el Audi RS5, un BMW XB7 y un Tesla bastante mono. También está el Jaguar tipo E clásico, pero ese no te lo voy a prestar. Si buscas espacio, probablemente el XB7 sea tu mejor opción. Es el modelo Alpine, 4,4 litros biturbo, 612 caballos, un pequeño diablillo bastante animado.

—¿Seguro que puedes prescindir de él, colega? No quisiera que tuvieras que ir andando a la compra —dijo Danny con una risita.

—Ja, ja, muy gracioso. Veo que estás metido en algún lío. Claro que puedes cogerlo. Aunque te agradecería mucho que me lo devolvieras de una pieza.

—Gracias, Scott, eres el mejor, tío —dijo Danny, levantándose para marcharse.

—Mmm, bueno, sé que tú harías lo mismo por mí. Ten cuidado, querido amigo —dijo Scott, entregándole las llaves.

—Como siempre, Scotty. Ah, probablemente sea mejor que no le menciones esto a tu hermana.

—Seré una tumba, viejo.

Ambos ignoraron el ascensor y bajaron por las escaleras hasta el aparcamiento subterráneo.

—Joder, ¿pero cuánto dinero tiene Scott? —dijo Smudge, negando con la cabeza ante la colección de coches deportivos de lujo aparcados en su plaza.

—Bastante, Smudge, hay que reconocerlo. Se ha ganado cada céntimo.

—¿Su hermana también es rica? ¿Por eso sales con ella? —dijo Smudge con una sonrisa pícara.

—No, tío, está sin blanca, especialmente después de que volara el negocio de su jefe y prendiera fuego a su casa con la cabeza de un tipo dentro —dijo Danny, subiéndose al gran BMW.

—¿Eh, qué? —dijo Smudge mientras asimilaba las palabras.

—No vayas por ahí. Vamos a ver cómo está Diggsy.

Con eso, Danny arrancó el coche, sonriendo al escuchar el ronroneo gutural del tubo de escape mientras salía del aparcamiento subterráneo en dirección a Wandsworth.

Avanzaron lentamente por la calle, observando los coches en la carretera y la fachada oscura y silenciosa de la casa de Diggsy. Nada

fuera de lo normal, ningún Mercedes abollado lleno de hombres armados. Continuando calle abajo, Danny giró a la izquierda, avanzando despacio por la urbanización, girando a la izquierda una y otra vez hasta que volvieron a pasar por la calle de Diggsy. Todo seguía tranquilo, así que aparcó en el espacio más cercano y apagó el motor y las luces. Se quedaron sentados en la oscuridad durante cinco minutos, ambos comprobando los alrededores sin decir palabra.

—Allá vamos —dijo Danny, sacando sus dos Glocks y entregándole una a Smudge.

Salieron del coche, Danny dirigiéndose a la puerta principal mientras Smudge caminaba hacia atrás tras él, sus ojos moviéndose hacia las casas del otro lado de la calle. Cuando llegó a la puerta principal, Danny pegó la oreja a la superficie, no había ruido ni luz a través del estrecho panel de cristal esmerilado. Retrocediendo, Danny se preparó para derribar la cerradura de una patada.

—Eh, eh, espera, tío —dijo Smudge, poniéndose delante de él para levantar el felpudo y recoger una reluciente llave.

—¿En serio? —dijo Danny, negando con la cabeza.

Smudge metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró. Danny echó un último vistazo alrededor y le siguió, cerrando la puerta tras él.

La casa estaba en silencio. En cuestión de segundos, Danny y Smudge supieron que Diggsy estaba muerto. El olor terroso y oxidado de la sangre, mucha sangre, flotaba en el aire. Extraño para algunos, pero evocador de recuerdos para Danny y Smudge, avanzaron lentamente por el pasillo y empujaron la puerta de la cocina. Danny buscó el interruptor y encendió la dura luz fluorescente. Diggsy estaba sentado, atado con bridas a una silla en medio de un gran charco de su propia sangre. Tenía la camisa quitada y el vientre completamente abierto, dejando que sus intestinos se desenrollaran formando un montón entre sus piernas. Sus ojos recorrieron el cuerpo hasta ver que a Diggsy le habían cortado el cuello de oreja a oreja.

—Malditos cabrones, joder. ¿Qué coño le ha hecho ese pobre desgraciado a nadie? —dijo Smudge, con la ira reflejada en su rostro

mientras se daba la vuelta.

Danny miró el cuerpo, las bridas y el suelo ensangrentado.

—Se acabó. Voy a cargármelo a ese cabrón de Anton y a toda su puta banda. Le voy a volar los cojones y verle desangrarse —dijo Smudge entre dientes.

—No creo que haya sido la gente de Anton —dijo Danny, girándose para marcharse.

—¿Qué, no lo crees?

—No, los hombres de Anton eran aficionados: cinta aislante, puños y zapatillas deportivas —dijo Danny, con la mano deteniéndose junto al interruptor de la luz.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Esto son bridas, manos y pies atados, y tortura por hombres que saben cómo hacerlo. Y por último, llevaban botas, militares, como hombres de costumbres —dijo Danny, señalando las cuatro series de huellas de botas ensangrentadas en el suelo de baldosas.

—Mierda, no me gusta cómo suena eso.

—A mí tampoco, Smudge. Vámonos —dijo Danny, apagando la luz y sumiendo el cuerpo de Diggsy en la oscuridad.

VEINTITRÉS

—¿Puedo ofrecerles algo más, caballeros? —dijo Leonard, mientras recogía la mesa de Vincent Benedict y Arthur Montgomery en el Club Lansdowne.

—Un coñac me vendría de maravilla, por favor, Leonard —dijo Arthur.

—Whisky con hielo —dijo Vincent, dedicándole su mejor sonrisa de político.

—Muy bien, señores —dijo Leonard, llevándose los platos vacíos rápidamente.

—Así que han vuelto a escapar —dijo Vincent, dejando caer la sonrisa para mostrar su enfado en cuanto Leonard se marchó.

—Me temo que sí —respondió Arthur, imperturbable como siempre.

—¿Dónde dijiste que estaban cuando los hombres de Luka los vieron?

—Eh, en Wimbledon, saliendo de las casas que dan al campo de golf.

El rostro de Vincent se transformó en una mueca de disgusto mientras se inclinaba sobre la mesa.

—La casa de Anton Kasovich da al campo de golf —dijo en un gruñido bajo.

—Ah, eso añade una nueva dimensión a nuestro problema —dijo Arthur, mostrando preocupación por primera vez.

—Una nueva jodida dimensión. Si la gente de Pearson ha descubierto que fueron los hombres de Anton quienes les atacaron, irán a por él, ¿y sabes qué, Arthur? Si llegan hasta Anton, él les conducirá directamente a nosotros —dijo Vincent, tratando de hablar lo más bajo posible a través de su creciente ira.

—¿Entonces qué sugieres que hagamos? —replicó Arthur sin reaccionar ante el arrebato de Vincent.

—Liquidamos a Anton. Que lo haga Luka. Ahora. Esta noche.

—Costará una fortuna. La distribución se romperá y cada maldito traficante desde aquí hasta Edimburgo intentará llevarse un trozo del negocio.

—No si cambiamos al Asiático. Él puede hacerse cargo de la distribución y tiene los hombres para mantener nuestro territorio. De todas formas, ¿qué alternativa tenemos? Si Pearson llega hasta Anton y mi nombre se relaciona con las fotos y las notas de Wallace, estamos acabados.

Arthur y Vincent se echaron hacia atrás cuando apareció Leonard con las bebidas. Se quedaron mirándose fijamente hasta que Leonard se marchó.

—Vale, de acuerdo —dijo Arthur, dando un gran trago a su coñac antes de hacer la llamada.

***

Moviéndose por la casa de Chaz, Luka se dirigió al despacho. Rebuscó en los cajones y facturas, buscando cualquier pista sobre su paradero. Estaba hojeando una agenda de trabajo cuando sonó su teléfono.

—Sí.

—Soy yo. Tengo un trabajo urgente para ti.

—Ya tengo trabajo urgente —dijo Luka con frialdad.

—Sí, lo sé, pero este es más importante. Una vez que lo hayas terminado, puedes continuar con el contrato actual.

—¿Cuál es trabajo? —dijo Luka con su fuerte acento serbio, fijándose en el planificador de pared y el tablón de corcho de Chaz

mientras hablaba.

—Necesito que vayas a una casa en Wimbledon y mates a alguien. Solo mátalos a él y a quien esté en la casa y márchate.

—Dinero —dijo Luka, más como una exigencia que como una pregunta.

—Tu tarifa habitual estará en tu cuenta en menos de una hora.

—Quiero treinta mil extra por la urgencia —dijo Luka, acercándose al planificador.

—De acuerdo, te enviaré la dirección y una foto del objetivo —dijo Arthur, tras una breve pausa.

Luka colgó y guardó el teléfono en el bolsillo. Extendió la mano y descolgó una foto de una fábrica abandonada y un pedido para un estudio de demolición de un tal Derick Leman a Charles Leman.

—Nos vamos —dijo a los demás, doblando la foto y el papeleo y guardándolos en su bolsillo.

Su teléfono vibró mientras salían de la casa y subían al Mercedes abollado. Luka miró la foto de Anton y luego la dirección antes de arrancar el coche y dirigirse a Wimbledon.

VEINTICUATRO

—Eh, ¿dónde habéis estado vosotros dos? Empezaba a preocuparme —dijo Chaz al ver a Danny y Smudge volver a la oficina.

—Hemos tenido problemas con el coche —dijo Danny, claramente de mal humor.

—Sí, ¿qué tipo de problemas? —preguntó Fergus, levantando la vista desde su improvisada cama.

—Del tipo un Mercedes enorme lleno de cabrones armados y locos —dijo Smudge, con aspecto igualmente cabreado.

—Mierda, ¿más hombres de Anton?

—No creo, eran tíos de aspecto duro. Me juego algo a que son ex-militares, mercenarios —dijo Danny, dejando el MP5 sobre la mesa.

—Han matado a Diggsy —añadió Smudge, desplomándose en una silla.

—Joder, lo siento, Smudge —dijo Fergus.

—¿Estás bien? —preguntó Danny, viendo la cara asustada de Amanda mirándole.

Ella le devolvió una sonrisa poco convincente.

—Venga, chicos, organicémonos. Vamos a atacar el lugar de Anton Kasovich antes del amanecer y los pillaremos dormidos. Averiguaremos quién le dio la orden de matarnos y, con suerte, también quién es ese personaje llamado Lobo —dijo Danny,

comprobando cuántas balas quedaban en el rifle después del tiroteo con el Mercedes.

—Entendido —dijo Chaz.

—Sí, jefe —añadió Fergus.

Smudge levantó el pulgar desde su asiento.

—Vale, son casi las diez. Comed algo y echad una cabezada de un par de horas. Les atacaremos a las 3 de la madrugada.

El grupo asintió en señal de acuerdo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Amanda tímidamente.

—Tú te quedas aquí donde estarás segura —dijo Danny con más contundencia de la que pretendía.

—No, no, no quiero quedarme aquí sola. ¿Y si ninguno de vosotros vuelve? ¿Qué hago entonces?

—Vale, vale, lo siento, tranquila. Puedes venir con nosotros y esperar en el coche con Smudge —dijo Danny para tranquilizarla, mientras esperaba que Smudge se quejara por tener que quedarse en el coche.

—Gracias —dijo ella, relajándose un poco.

Smudge estuvo a punto de quejarse, pero se contuvo. Sabía que Danny tenía razón al mantenerlo alejado de lo de Anton. Estaba demasiado emocionado por la muerte de Diggsy, y estar emocional durante un trabajo hacía que la gente muriera.

Hicieron lo que Danny les dijo, reponiendo comida y bebidas calientes antes de dormir un par de horas. A las 2 de la madrugada, Danny se desplazó por la habitación y los despertó a todos con una sacudida. Al levantarse, vieron tazas de café caliente sobre la mesa para cada uno de ellos.

—Gracias, mamá —dijo Fergus, frotándose los ojos para quitarse el sueño.

Media hora después, los cinco se subieron al BMW XB7 de Scott y se dirigieron por las calles desiertas hacia Wimbledon. Tomaron el desvío anterior al que conducía a la casa de Anton y lo siguieron hasta el final, aparcando junto a un seto que separaba la calle sin salida del Royal Wimbledon Golf Club.

—Vale, Smudge, quédate con la señorita Wallace. Volveremos en menos de treinta minutos. Si parece que nos va a llevar más tiempo

hacer hablar a Anton, lo atraparemos y lo llevaremos a la fábrica para interrogarlo —dijo Danny, saliendo del coche.

—Entendido, jefe.

Encontrando la parte más delgada del seto, Danny, Chaz y Fergus se abrieron paso, ignorando las ramitas y espinas de zarzas que enganchaban sus ropas. Emergieron en la zona agreste junto a la calle del hoyo 13.

—Por aquí —dijo Danny, apenas visible contra el seto mientras lo seguía hacia la casa de Anton—. Es aquí.

Atravesando una línea de coníferas, Danny salió junto al muro en la parte inferior del jardín de Anton.

—Las damas primero —dijo Fergus, apoyando la espalda contra el muro y entrelazando sus manos para dar impulso.

Danny puso el pie en las manos de Fergus, agarró la parte superior del muro y saltó para sentarse a horcajadas sobre él. Chaz apareció después, sentándose frente a Danny mientras ambos extendían un brazo hacia abajo y subían a Fergus. Se quedaron sentados en la oscuridad mirando hacia la casa a través del jardín, con las luces de la planta baja aún encendidas tras la gran extensión de puertas plegables.

—¿Qué opinas? —dijo Chaz.

—No lo sé. No veo a nadie moverse. Quizás las dejan encendidas toda la noche —dijo Danny, intentando sacudirse la creciente sensación de inquietud.

—Bueno, no vamos a averiguarlo sentados aquí —dijo Fergus, saltando al jardín.

Danny y Chaz saltaron a su lado, levantando los MP5 de la correa sobre sus hombros. Siguiendo el muro, se apresuraron por el jardín, cruzando hacia la parte trasera de la casa cuando llegaron a la altura de la piscina. Pegados contra los ladrillos, los tres se acercaron sigilosamente a las puertas plegables. Asomando rápidamente la cabeza, Danny echó un vistazo a la cocina.

—Despejado —susurró.

Dejando que el MP5 cayera sobre la correa del hombro, sacó una pequeña bolsa de cuero de su bolsillo y extrajo dos ganzúas. Cruzando y arrodillándose junto a la puerta, Danny acercó la mano

hacia la cerradura, deteniéndose cuando se dio cuenta de que la puerta ya estaba entreabierta. Guardó las ganzúas y levantó el MP5, abriendo la puerta lentamente para entrar con Chaz y Fergus moviéndose muy cerca detrás de él.

VEINTICINCO

—Algo no va bien aquí —susurró Fergus mientras se desplegaban y entraban en la habitación. Se detuvo en seco junto a la isla de la cocina. Kovak, el hombre de confianza de Anton, yacía detrás de ella en un charco de sangre, con el torso acribillado por disparos de fuego automático. Levantando la mano, Fergus detuvo a Danny y Chaz en seco. Señaló sus ojos, luego levantó un dedo y se lo pasó por la garganta para indicar que había visto un muerto. Danny giró la cabeza hacia Chaz para ver cómo este le indicaba que la novia de Anton y el hombre que había estado mirándole el trasero estaban muertos detrás de la mesa del comedor. Mirando al suelo, Danny distinguió huellas de botas en las baldosas de mármol blanco, botas militares, todas de la misma marca.

Los cabrones están limpiando la casa.

Los tres se movieron hacia el pasillo y comenzaron un registro, cayendo en un patrón tácito de cobertura y entrada como si nunca hubieran dejado el SAS. Encontraron más cuerpos a medida que avanzaban, hasta encontrar finalmente a Anton boca abajo en un charco de sangre en el dormitorio principal.

—Joder, danos un puto respiro —dijo Danny, dando la vuelta a Anton, buscando el pulso con la remota posibilidad de que aún estuviera vivo—. Todavía está caliente.

—Sí, y se puede oler la pólvora, debemos haberlos perdido por minutos —dijo Fergus.

Danny estaba a punto de levantarse cuando algo debajo de la cama llamó su atención. Metió la mano y sacó un teléfono y una tarjeta de visita del Lansdowne Club.

—Debía tener esto en la mano cuando le dispararon —dijo Danny, girando la tarjeta entre sus dedos para revelar las 11:00 y un número de móvil escritos en el reverso.

—¿Alguna idea de lo que significa? —dijo Chaz.

—No, colega —dijo Danny, arrodillándose de nuevo para poner el pulgar de Anton en el teléfono y desbloquearlo.

Entró en el menú y desactivó los bloqueos de huella y PIN del teléfono, luego miró el registro de llamadas.

—Llamó a ese número hace quince minutos.

—Probablemente cuando se dio cuenta de que le habían traicionado —dijo Chaz.

—Puede que tengas razón —dijo Danny, pulsando rellamada.

Sonó durante un tiempo desesperantemente largo antes de que se conectara y la pantalla empezara a contar los segundos de la llamada respondida. Nadie dijo una palabra, pero podía oír a alguien respirando al otro lado del teléfono, un poco rápido, un poco nervioso.

—Voy a por ti —gruñó Danny con voz baja y amenazante.

El teléfono hizo clic y la línea se cortó.

***

En su casa señorial de seis dormitorios en la acomodada zona de St John's Wood en Londres, Arthur dejó el teléfono sobre el escritorio de su despacho y se quedó mirándolo. Su comportamiento tranquilo, siempre bajo control, estaba completamente alterado por la amenaza en la voz de Danny. La llamada de Anton quince minutos antes, maldiciendo y amenazando por teléfono justo antes de que Luka y sus hombres acabaran con él, no le había hecho levantar una ceja, pero la escalofriante y real amenaza de un hombre como Pearson no era algo que debiera tomarse a la ligera. Se recompuso después de un minuto más o menos y volvió a coger el teléfono.

—Pearson está en casa de Anton.

—No tiene importancia. Estamos preparados para él.

—Bien. Este teléfono está comprometido. Te enviaré un nuevo número por mensaje en un minuto. Llámame cuando esté hecho.

El teléfono se quedó mudo sin respuesta, como de costumbre. Arthur sacó la batería y la tarjeta SIM antes de partirlo y tirar los restos a la papelera. Abrió el cajón del escritorio y cogió otro teléfono de prepago, lo encendió y le envió el número a Luka en un mensaje. Una vez hecho, Arthur se recostó en su sillón de cuero, alejando de su mente cualquier pensamiento de irse a la cama a dormir.

***

—Eso le pondrá nervioso —dijo Chaz.

—Sí, me ha puesto los pelos de punta. Eres un tipo que da miedo, ¿lo sabías? —dijo Fergus con una sonrisa.

—Callaos, idiotas —dijo Danny, devolviéndoles la sonrisa—. Venga, salgamos de aquí. Ya decidiremos qué hacer cuando volvamos a la fábrica.

Salieron por donde habían entrado, pisando con cuidado, sin tocar nada. Chaz limpió rápidamente la puerta trasera para asegurarse de que no dejaban huellas. Unos minutos después, se arrastraron de vuelta a través del seto, haciendo que Amanda diera un respingo cuando aparecieron junto al coche.

—Qué rápido. ¿Cómo ha ido? —dijo Smudge, dando la vuelta al coche antes de salir silenciosamente del callejón sin salida.

—Mal, están todos muertos —dijo Danny, sin emoción.

—¿Qué, los habéis matado a todos?

—No, tío, nuestros amigos de las botas llegaron primero e hicieron limpieza.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Smudge.

—No lo sé, Smudge. Necesito tiempo para pensar. Simplemente llévanos de vuelta a la fábrica, colega —dijo Danny, cerrando los ojos mientras una ola de agotamiento le invadía.

Media hora después, se despertó sobresaltado. Smudge estaba girando por la entrada que conducía a la fábrica.

—¿Diste una vuelta a la manzana para comprobar la zona? —dijo, incorporándose completamente despierto.

—Qué va, son las cuatro y media de la madrugada. Mira, todo está tranquilo.

Los sentidos de Danny estaban en alerta máxima. Sus ojos recorrieron rápidamente la fábrica. Algo no iba bien, pero no lograba identificar qué era. Danny miró las huellas en la nieve. Parecían las mismas. Espera, no. Un juego de marcas de neumáticos se desviaba de las que habían dejado antes, desapareciendo por detrás de la fábrica. Sus ojos volvieron rápidamente al edificio. Tenía muchos cristales rotos, pero ahora había dos más.

—Sácanos de aquí ahora mismo, Smudge. ¡Vamos, vamos, vamos! —gritó.

Smudge reaccionó con rapidez, haciendo girar el coche para salir por la puerta. Cuando la parte trasera del vehículo completaba el giro, ráfagas de fuego automático rompieron el silencio de la madrugada. Las ventanas de la fábrica se iluminaron con destellos de los disparos, y la luna trasera del coche implosionó. La carrocería se estremeció mientras las balas la atravesaban en una lluvia de impactos metálicos.

—¡Argh, joder, me han dado! —gritó Fergus con shock y dolor.

Smudge pisó a fondo el acelerador, liberando los 612 caballos de potencia del motor biturbo de 4,4 litros a la tracción a las cuatro ruedas. El coche serpenteó antes de encontrar agarre y los propulsó fuera de la puerta como un cohete recién lanzado.

—Aguanta, Ferg. Smudge, llévanos a urgencias del hospital St Thomas. ¡YA! —gritó Danny.

VEINTISÉIS

—Amanda, deslízate sobre mí para que pueda examinar a Fergus. Amanda —dijo Chaz, encendiendo la luz sobre ellos y hablando con firmeza para romper su estado de shock.

Finalmente asintió y se deslizó sobre él, permitiendo que Chaz abriera la cremallera de la chaqueta de Fergus y examinara la herida.

—¿Chaz? —ordenó Danny desde el asiento delantero.

—La bala ha atravesado el costado. Creo que está por debajo de las costillas. Joder, está perdiendo mucha sangre —dijo Chaz, haciendo presión sobre la herida.

—¿Smudge?

—Siete minutos, jefe.

—Que sean cinco.

—Entendido —respondió Smudge, conduciendo el coche a una velocidad demencial por las calles suburbanas de Londres.

—Ferg, ¿sigues con nosotros, colega? —dijo Chaz.

—¿Dónde demonios iba a estar si no? —gruñó Fergus, jadeando de dolor.

—Buen chico. Cuando lleguemos, yo lo llevaré dentro. Vosotros largaos rápido antes de que aparezca la policía —dijo Chaz, mirando a Danny en el asiento delantero.

Quería discutir, pero sabía que tenía que hacerse así. Si dejaban a Fergus fuera, podría desangrarse antes de que llegaran a atenderlo.

—Vale, cuando la policía te detenga para interrogarte, gana tiempo, no digas nada, no sabes nada, ¿entendido? Confía en mí, te sacaré de allí —dijo Danny, girándose en su asiento para ver a Chaz, con Fergus a su lado temblando mientras su cuerpo entraba en estado de shock.

—¡Smudge! —gritó Danny.

—Ya hemos llegado —exclamó Smudge, tomando bruscamente la curva hacia la zona de ambulancias.

Danny saltó del coche y corrió hacia la puerta de Fergus, la abrió y pasó su brazo alrededor de él. Fergus gimió de dolor mientras Danny lo levantaba y sacaba del resbaladizo asiento empapado de sangre, con un agujero de bala visible en el suave cuero detrás de él. Chaz dejó sus armas en el coche y salió para hacerse cargo de Fergus.

—Me encargo yo, idos, rápido. En cuanto entre ahí con una herida de bala, la unidad de respuesta armada de la Met estará en camino.

—De acuerdo, Chaz. Aguanta, Ferg —dijo Danny, dejándolos para volver al coche—. Sácanos de aquí, Smudge.

Pisando el acelerador, Smudge lanzó el coche fuera del hospital y se alejó. Un par de kilómetros más adelante, redujeron la velocidad y comenzaron a zigzaguear por las calles secundarias, evitando las cámaras de tráfico y las patrullas policiales.

—Por favor, dime que no dejaste las fotos y el cuaderno en la fábrica cuando fuimos a casa de Anton —dijo Danny, girándose en su asiento para mirar a Amanda.

—Oh Dios, lo siento, lo siento mucho —respondió ella, levantando la mano y haciendo un gesto de dolor al ver la sangre de Fergus goteando de ella.

—¡Mierda! —gritó Danny, antes de recuperar rápidamente la compostura—. Está bien, no es culpa tuya, no te preocupes, aún vamos a pillar a ese cabrón.

—¿Adónde nos dirigimos, jefe? —dijo Smudge.

—A Richmond, tengo que ver a Edward Jenkins. Necesito que saque a Chaz de la custodia policial y que se asegure de que Ferg esté seguro en el hospital.

—A Richmond entonces.

***

—¿Puede alguien ayudarme? —gritó Chaz, entrando en el servicio de urgencias.

Los médicos y el personal acudieron corriendo con una camilla al ver a Chaz sosteniendo a Fergus, quien perdía el conocimiento en sus brazos, con el torso empapado en sangre.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el médico mientras colocaban a Fergus en la camilla.

—Herida de bala, 9 milímetros. Punto de entrada en el lado inferior izquierdo, orificio de salida en el abdomen frontal. Ocurrió hace quince minutos, apliqué presión, pero ha perdido mucha sangre. Es tipo O negativo —dijo Chaz con calma.

—¿Es usted médico?

—No, sanitario militar, exmilitar —respondió Chaz, ya consciente de que la recepcionista hablaba rápidamente por teléfono, con sus ojos moviéndose nerviosamente entre él y la puerta de entrada.

—De acuerdo, nos ocuparemos de él. Necesito que se quede en la sala de espera —dijo el médico, llevándose a Fergus en la camilla entre dos miembros del personal de seguridad del hospital.

Chaz se volvió hacia la salida para ver a otros dos guardias de seguridad bloqueando su camino. Para cuando había contemplado la posibilidad de deshacerse de ellos y marcharse, los coches de policía ya entraban a toda velocidad en la zona exterior, con agentes de respuesta armada saliendo por delante y por detrás. Chaz se arrodilló tranquilamente y se tumbó boca abajo antes de colocar sus manos en la nuca.

—¡Policía armada, quédese en el suelo, no se mueva! —gritaron varias voces antes de que dos se arrodillaran sobre su espalda para esposarlo y otro lo registrara en busca de armas.

Chaz no dijo nada. Simplemente se relajó y dejó que lo metieran en la parte trasera de un coche de policía y se lo llevaran rápidamente.

VEINTISIETE

—Siguiente a la izquierda, Smudge —dijo Danny, con las manos cerca de la rejilla de la calefacción mientras intentaba protegerse del frío gélido que se colaba por la ventana trasera destrozada por los disparos.

—¿Estamos ya cerca? —preguntó Amanda, inclinándose hacia delante entre los dos asientos delanteros para escapar de la ráfaga helada.

—Sí, vive en la siguiente calle.

Smudge giró a la izquierda y pisó el freno de golpe. A treinta metros por delante, dos coches de policía bloqueaban la carretera. Agentes armados con equipamiento táctico les apuntaban con subfusiles MP5 por encima de los capós.

Metiendo la marcha atrás, Smudge gritó: —¡Apártate! —a Amanda mientras giraba la cabeza para mirar a través de la ventana trasera sin cristal.

El potente coche retrocedió bruscamente, avanzando solo unos metros antes de que otros dos coches patrulla derraparan hasta detenerse detrás de ellos, bloqueando la salida de la calle. Más policías armados salieron apresuradamente de los vehículos, tomando posiciones detrás, con las armas preparadas y apuntando hacia ellos.

Smudge pisó el freno de nuevo, dejándolos atrapados a medio camino entre los coches de policía.

—Apaga el motor, Smudge. No tenemos a dónde ir. Amanda, vamos a salir ahora. Abre la puerta y sal despacio con las manos en alto. Habrá muchos gritos, es solo parte de su entrenamiento, ¿vale? Haz lo que te digan y todo irá bien —dijo Danny, mirando su rostro iluminado por las luces azules intermitentes para dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó ella.

—Nos detendrán y luego nos separarán. No te preocupes, ¿vale? Mírame, yo lo arreglaré. ¿Listo, Smudge?

—Todo lo listo que puedo estar —respondió Smudge, tirando de la manilla y abriendo la puerta lentamente antes de mostrar las manos con las palmas hacia arriba.

—¡Mantén las manos donde podamos verlas y ponte de rodillas! —gritaron varias voces a la vez, mientras potentes linternas les cegaban cuando los agentes se acercaron con sus armas apuntando a las caras de Danny, Smudge y Amanda.

—¡Pon las manos en el suelo y túmbate boca abajo, AHORA!

Los tres obedecieron. Los policías se arrodillaron sobre sus espaldas y les colocaron los brazos detrás para esposarlos. Mientras otros agentes sacaban las pistolas de las fundas de Danny y Smudge, una furgoneta negra se detuvo junto a ellos. Sus puertas traseras se abrieron mostrando cuatro jaulas cuadradas, cada una con un asiento. La policía los puso de pie y los condujo al interior, sentándolos y fijando sus esposas a un riel detrás de ellos. Cuando los tres estuvieron asegurados en sus respectivas jaulas, los agentes les colocaron una capucha de tela sobre la cabeza y cerraron la puerta de la furgoneta.

—¿A qué viene lo de la capucha? —preguntó Smudge mientras sentían cómo la furgoneta se ponía en marcha.

—No lo sé, pero si fueran los mismos cabrones corruptos del bloque de pisos, nos habrían disparado al salir del coche. Habría sido más fácil decir que les apuntamos con las armas, caso cerrado, sin preguntas incómodas.

—Supongo que sí. ¿Estás bien, cariño? —dijo Smudge, al oír llorar a Amanda.

—No, ojalá nunca hubiera encontrado esas malditas fotos y el estúpido cuaderno —sollozó.

—No te preocupes, te prometo que esto no ha acabado todavía —dijo Danny, con voz decidida.

—Sí, ten fe. Si Danny dice que lo arreglará, lo arreglará.

Amanda dejó de llorar, y la furgoneta quedó en silencio. El único sonido era el zumbido del motor diésel y el rumor de los neumáticos. Aunque era difícil calcular el tiempo con la capucha puesta, Danny calculó que llevaban unos cuarenta minutos de trayecto antes de que la furgoneta se detuviera. Oyó algunas voces amortiguadas, luego la furgoneta avanzó un poco más y se detuvo de nuevo. El motor se apagó y las puertas traseras se abrieron. Unas manos les desengancharon y les guiaron torpemente por los escalones antes de conducirlos al interior de un edificio. Las pisadas detrás de Danny se dispersaron y resonaron en diferentes direcciones. Los dos hombres a ambos lados de Danny le guiaron hacia una habitación antes de empujarlo bruscamente a un asiento. Le quitaron una esposa y le colocaron las muñecas por delante antes de volver a esposarle. A juzgar por el eco de sus botas y la superficie dura y granulada con un objeto metálico frío entre sus muñecas, le habían esposado a una anilla metálica atornillada a una pesada mesa de madera en una habitación vacía y desnuda, probablemente una sala de interrogatorios.

Sin nada más que pudiera hacer, Danny se relajó. A los interrogadores les gustaba eliminar los sentidos, como la vista y el tacto, para jugar con tu mente. Te dejaban solo durante mucho tiempo, para que batallaras con tus propios pensamientos. Un buen porcentaje de la población se derrumbaba en el segundo en que comenzaba el interrogatorio. No funcionaría con Danny. Le habían entrenado para resistir esta mierda. Todo el mundo acaba cediendo eventualmente, pero con personas como Danny, eso implicaría tortura dolorosa y mucha. Después de un largo tiempo, la puerta de la habitación se abrió y entraron varias personas, dos con botas. Suelas de goma. Policía, tal vez ejército. Uno con zapatos duros. Suelas de cuero. Zapatos de vestir.

El hombre al mando está aquí.

Hubo un deliberado arrastre de metal sobre hormigón cuando alguien sacó una silla antes de sentarse. Un segundo después, le quitaron la capucha de la cabeza de un tirón. Parpadeó varias veces mientras sus ojos se adaptaban a la intrusión de la dura luz de los fluorescentes. A medida que se aclimataban, el rostro de Simon apareció enfocado, sentado relajado en la silla de enfrente, con las manos cruzadas sobre el regazo de sus caros pantalones de traje.

—Vaya, vaya, vaya, señor Pearson, qué par de días tan ajetreados ha tenido —dijo con su tranquilo tono educado en Oxford, con un deje de suficiencia por tener la ventaja colándose en su voz.

—Déjate de gilipolleces, Simon. Sácame de aquí —dijo Danny, tensando su cuerpo mientras su rostro se endurecía, con los ojos fijos implacablemente en los de Simon.

—Vaya, vaya, qué susceptible estás. Veamos, ¿sacarte de aquí para hacer exactamente qué? —dijo Simon, todavía calmado, hasta el punto de sonar ligeramente desinteresado.

—Necesito asegurarme de que Chaz y Fergus están a salvo, y necesito encontrar quién está intentando matarme.

—Muy loable, querido muchacho, y tenía la intención de dejarte resolver tu pequeño problema por tu cuenta. Eso es, hasta que empezaste a convertir la capital en una zona de guerra —dijo Simon, alisando casualmente una arruga de sus pantalones de traje.

—¿Qué quieres? —dijo Danny, cansado de los juegos de Simon.

—La pregunta es, ¿qué quiere usted, señor Pearson?

Danny no se movió durante un largo tiempo, su mente dando vueltas a varios escenarios, ninguno de los cuales funcionaría sin la ayuda de Simon. Mantuvo la intensa mirada hasta que finalmente vio el más leve indicio de miedo en los ojos de Simon. Inmediatamente lo ocultó, pero Danny lo vio de todas formas.

—Quiero asegurarme de que Chaz y Fergus están a salvo, que liberen a Darren y Amanda, y quiero encontrar al Lobo y matarlo.

—Mmm, toda una lista para un hombre que se enfrenta a diez años por delitos de armas y otros quince por el asesinato de Anton Kasovich y sus hombres.

—Ya estaban muertos cuando llegamos.

—Bueno, buena suerte convenciendo a un jurado de eso —dijo Simon con una sonrisa engreída.

—Deja de jugar a estos putos juegos, Simon. ¿Qué quieres? —dijo Danny, con la paciencia agotándose.

—Muy bien. Te ayudo, pero harás las cosas a mi manera, señor Pearson. También significa que me deberás un favor. ¿Estamos de acuerdo?

Pasaron unos segundos más de tensión hasta que Danny finalmente cedió y asintió en señal de acuerdo.

—Excelente, ¿te importaría? —dijo Simon con una sonrisa, señalando las esposas de Danny.

Un hombre se acercó desde atrás y desabrochó las esposas de Danny, antes de que él y otro tipo salieran de la habitación. De paisano, botas de estilo militar negras asomando bajo sus vaqueros, hombres duros, militares o exmilitares, una Glock en una pistolera bajo cada brazo.

—Pase por aquí, querido muchacho —dijo Simon, señalando hacia la puerta.

VEINTIOCHO

Arthur estaba sentado en la parte trasera de su Bentley en un rincón apartado de un aparcamiento de varias plantas. El motor estaba en marcha, manteniendo el interior a una confortable temperatura de veinticuatro grados contra el aire gélido de la madrugada. Mientras esperaba, su teléfono vibró con un mensaje del Inspector Detective Grant Peeler.

—Agentes de respuesta armada han acudido al Hospital St Thomas esta noche. Un varón blanco con una herida de bala que coincide con la descripción de Fergus McKinsey fue ingresado, traído por un varón blanco que responde a la descripción de Charles Leman. McKinsey está en cuidados intensivos y Leman está bajo custodia en New Scotland Yard. ¿Qué quiere que haga?

Arthur meditó la pregunta durante un momento antes de responder.

—Sería una lástima que el Sr. Leman sufriera un accidente mientras está bajo custodia. No se preocupe por el Sr. McKinsey. Enviaré a alguien a visitarle para ver cómo se encuentra.

Pulsó enviar justo cuando unos faros que se acercaban proyectaron sombras sobre los pilares de hormigón. Un Audi Q7 recién robado subió por la rampa de acceso hasta su planta y condujo lentamente en su dirección. Se detuvo junto a él, estacionando de frente en el espacio contiguo al Bentley de Arthur, que estaba aparcado con el morro hacia fuera. La ventanilla del

conductor bajó mientras Arthur bajaba la de su asiento trasero. El rostro curtido en la batalla de Luka le devolvió la mirada.

—¿Lo tienes? —dijo Arthur.

Luka chasqueó los dedos a un hombre en el asiento trasero, quien le pasó el bolso de Amanda procedente de la fábrica. Luka se lo entregó, esperando en silencio mientras Arthur examinaba las fotos y el cuaderno que había dentro.

—Muy bien. Habéis conseguido atrapar a uno de ellos, Fergus McKinsey. Está en la unidad de cuidados intensivos del Hospital St Thomas. Pensé que tal vez querrías hacerle una visita —dijo Arthur, su aliento visible en el aire frío mientras miraba a Luka.

Luka respondió con un único asentimiento, sus ojos aún fijos en los de Arthur, desapareciendo solo cuando la ventanilla tintada se deslizó suavemente frente a él; inmediatamente el coche dio marcha atrás y se alejó.

—Ha sido una noche larga. A casa, por favor, Roger —dijo Arthur, subiendo su ventanilla para protegerse del frío.

—Muy bien, señor.

El coche se puso en marcha casi sin hacer ruido. Mientras descendía por la rampa hacia la salida, Arthur realizó una última llamada para esa noche.

—Tenemos las fotos y el cuaderno del Sr. Wallace, Vincent.

—Bien, destrúyelos. ¿Qué hay de Anton y los demás? —respondió Vincent rápidamente.

—Luka se ha encargado de Anton y tenemos a dos de los hombres de Pearson donde podemos ocuparnos de ellos.

—Entonces encárgate de ellos y encuentra a los demás. Incluso sin el cuaderno y las fotos, aún podrían causarnos problemas. Si alguno de ellos me reconoce cuando sea Ministro de Asuntos Exteriores, podrían surgir preguntas incómodas. Ninguno de los dos puede permitirse que la prensa o cualquier otra persona indague demasiado en nuestros asuntos —dijo Vincent, empezando a mostrar en su voz la presión de los últimos días.

—Tranquilízate, Vincent, yo me ocuparé de todo —dijo Arthur, sereno como siempre.

—Llámame cuando tengas noticias, a cualquier hora, día o noche.

—Sí, Vincent —contestó Arthur, colgando y dejando escapar un suspiro cansado.

El arrebato paranoico de Vincent podría parecer extremo, pero tenía razón en una cosa: ninguno de los dos podía permitirse que alguien hurgara en sus negocios.

VEINTINUEVE

—Puede que reconozcas el lugar. Ha tenido algunos cambios desde la última vez que estuviste aquí. Las celdas de interrogatorio, por ejemplo, y... —Simon abrió una puerta y le indicó a Danny que entrara a un centro de mando de alta tecnología. Había hombres trabajando en escritorios con múltiples pantallas. Al fondo, un videowall de seis pantallas mostraba diversas grabaciones, una del BMW XB7 de Scott derrapando hasta detenerse frente al Hospital St Thomas, y Danny saliendo para ayudar a Fergus antes de que Chaz lo llevara al servicio de urgencias. Las otras mostraban múltiples tomas de cámaras de tráfico de Wimbledon con el Renault 5 Turbo de Diggsy siendo perseguido por el Mercedes Clase G 4x4 de Luka.

Aunque estaba equipado con tecnología moderna y avanzada, Danny reconoció el lugar como la casa en Muswell Hill que él, Paul Greenwood y Edward Jenkins habían utilizado para rastrear a un terrorista llamado Marcus Tenby.

—¿Dónde están Smudge y Amanda? —dijo Danny, lanzándole a Simon una mirada amenazadora.

—En la cocina tomando algo, querido muchacho, tenemos una fantástica máquina que hace latés, capuchinos y espressos. Incluso tenemos un pequeño artilugio que dibuja un corazón cuando lo espolvoreas con cacao. ¿Te apetece uno? —dijo Simon con tono seco.

—¿Qué hay de Chaz y Fergus? —dijo Danny, ignorando la oferta de Simon.

—Están a salvo —respondió la voz familiar de Edward Jenkins desde detrás de él.

—¿Dónde están?

—Fergus está en cuidados intensivos en St Thomas. Se encuentra estable. Charles está en una celda de detención en New Scotland Yard —dijo Edward, señalando hacia una pequeña mesa de conferencias para que se sentaran.

—Sacad a Chaz o se acabó el trato —dijo Danny, lanzándole una mirada a Simon.

—Eres realmente un tipo enfadado. Siéntese, señor Pearson. Hay más piezas en este tablero de ajedrez de las que usted conoce.

Todos se sentaron. Simon se dirigió al operativo en el escritorio más cercano a él.

—Whiskins, ¿te importaría traerme un latte? ¿Edward? ¿Señor Pearson?

—Lo mismo, con un azúcar —respondió Edward.

—Café con leche, un azúcar —cedió Danny. Tenía la sensación de que iba a necesitar la cafeína.

—Sí, jefe —dijo Whiskins, dirigiéndose hacia la puerta.

—Bien, te pondré al día —dijo Edward, abriendo una carpeta y deslizando la orden QC23 que Hake envió al Jefe de Policía Ryan McGillan desde su oficina—. La razón por la que estamos aquí en la casa segura es porque tenemos una filtración en el MI5. Alguien envió una orden oficial para mantenerse alejados de la zona la noche que os atacaron a ti y a los demás. Fue enviada al Jefe de Policía Ryan McGillan desde mi oficina.

Todos hicieron una pausa cuando Whiskins trajo las bebidas.

—¿Dónde están el cuaderno de David Wallace y las fotos del Lobo? —continuó Edward.

—Desaparecidos. Estaban en una antigua fábrica que utilizábamos como base. Nos tendieron una emboscada cuando volvíamos de lo de Anton Kasovich. Fue entonces cuando dispararon a Fergus.

—Qué lástima —dijo Simon.

—Eso no es todo. También hay policías corruptos involucrados. Nos topamos con ellos cuando recogimos a Amanda en un piso de

Paddington. Un bloque de pisos. Eh, Dorchester Place. Número 25 de Dorchester Place. Dos tipos con chalecos tácticos de policía y cuatro más de traje, todos armados. Smudge le rompió la nariz a uno de ellos cuando salían del ascensor.

—Perdona, ¿has dicho que Smudge le rompió la nariz? —dijo Edward, levantando la vista de su carpeta.

—Sí, salieron del ascensor y fueron a por sus armas, y Smudge le dio a uno en la nariz con la culata de su rifle.

Edward se levantó rápidamente de su asiento y se acercó a uno de los agentes cercanos. —Harrison, consulta el registro de vehículos del edificio del SIS de los últimos tres días. Averigua qué vehículo firmaron Peter Utting o Barry Hake.

—Me ocupo, jefe.

—Cuando los encuentres, ponte en contacto con los chicos de ComTrack y averigua todos sus movimientos.

—Sí, jefe.

—¿Edward? —dijo Simon.

—Barry Hake llevó a Peter Utting al hospital hace un rato con la nariz rota, con la historia de que se había caído por las escaleras. El mes pasado instalamos rastreadores GPS en todos los coches del parque móvil por motivos de seguro. Las únicas personas que lo saben somos yo, los mecánicos del parque móvil y los chicos de administración.

—Bien, vamos a por ellos. Dadme media hora en una de vuestras celdas de interrogatorio. Haré que hablen —dijo Danny, con el rostro ensombreciéndose, mientras la frustración, el cansancio y la rabia por el disparo a Fergus nublaban su juicio.

—Vamos, vamos, señor Pearson, nos ocuparemos del señor Hake y del señor Utting a su debido tiempo. ¿Por qué no nos cuenta sobre el cuaderno y las fotos del señor Wallace y luego descansa un poco? Hay unas camas plegables arriba. Necesita descansar —dijo Simon.

—¿Qué pasa con Fergus y Chaz?

—Tengo hombres vigilando a Fergus en el hospital. Podrás verlo mañana, y el señor Leman estará completamente a salvo en la celda de Scotland Yard hasta la mañana —respondió Simon.

Danny no dijo nada durante un rato, su cerebro agotado intentaba analizar el mejor curso de acción, pero fracasaba.

—Vale —dijo finalmente, cediendo ante el hecho de que si no se tumbaba, probablemente se caería.

Le contó a Simon y a Edward sobre la foto del viejo avión de carga C-27 Spartan aterrizando. El camión con soldados talibanes afganos armados que llegaban para recibirlo, y la foto del Lobo y los talibanes descubriendo a David Wallace en su escondite justo antes de dispararle. Recordando el cuaderno, Danny les habló sobre la mención del Grupo de Ayuda Humanitaria Internacional HELP y las últimas palabras de Wallace, fin o Vin manchadas con sangre. Cuando terminó, Edward lo llevó con Smudge y Amanda a la cocina antes de mostrarles varias habitaciones en el piso de arriba equipadas con catres militares y ropa de cama limpia. Danny se desnudó, apagó la luz y se metió en su catre. Estaba dormido antes de que la bombilla se enfriara.

TREINTA

La nieve del día anterior se había solidificado con las temperaturas bajo cero de la madrugada. El coche patinaba y crujía hasta que encontró agarre en la recién esparcida gravilla del aparcamiento de New Scotland Yard. El inspector Peeler y el detective Billings salieron y acercaron sus tarjetas al lector junto a la puerta para entrar en el edificio. Todavía era temprano, cerca del final del turno de noche, pero antes de que llegara el grueso del personal para el ajetreado día que les esperaba. Se movieron con naturalidad por el laberinto de pasillos hasta llegar frente a la sala de comunicaciones. Peeler miró a través del cristal de la puerta cerrada mientras enviaba un mensaje. Unos segundos después, un hombre rechoncho, de mediana edad y calvo le miró desde uno de los muchos escritorios con ordenadores. Se quitó los auriculares mientras se levantaba y se dirigía hacia ellos, con los ojos moviéndose nerviosamente por la sala.

—Joder, parece un colegial al que acaban de pillar con la mano en el tarro de las galletas —dijo Peeler mientras el tipo salía de la sala.

—¿L-lo has t-traído? —dijo el hombrecillo, todavía mirando a su alrededor.

—Deja de comportarte como si acabaras de atracar un banco —le espetó Peeler, dándole una colleja.

—Lo siento, Grant, ¿lo has traído?

Peeler metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre lleno de dinero. —¿Sabes lo que tienes que hacer, Neville? —dijo, observando cómo los ojos codiciosos de Neville se clavaban en el sobre.

—S-sí, desactivar las cámaras del calabozo.

—Bien, y Neville...

—¿Sí?

—Como la cagues, ese problema con la colegiala menor de edad volverá para atormentarte —dijo Peeler, mirando a Neville a los ojos mientras sujetaba con fuerza el otro extremo del sobre cuando este intentó cogerlo.

—N-no la cagaré, Grant, confía en mí, lo haré.

—Bien, venga, lárgate —dijo Peeler, soltando el sobre.

Neville se lo metió rápidamente en el bolsillo y volvió a entrar en el centro de mando. Peeler y Billings le observaron dirigirse al otro lado de la sala y entrar en la sala de comunicaciones, donde se alojaban los equipos de CCTV del edificio.

—Dios, mírale. Es un puto inútil —dijo Billings, apartándose del cristal.

—Sí, pero a menos que tengas acceso a la sala de comunicaciones, es lo único que tenemos. Vamos —dijo Peeler, dirigiéndose hacia el calabozo.

Se detuvieron antes de llegar a la puerta y esperaron un par de minutos hasta que la luz roja de la cámara situada sobre la puerta se apagó.

—Ya está. Dame un minuto para distraer al sargento de guardia —dijo Billings, avanzando y entrando en el calabozo.

Se acercó al sargento de custodia detrás del mostrador con una sonrisa.

—Detective Billings, ¿qué te trae por aquí tan temprano?

—Hola Donald. Ha habido un desastre con el papeleo de Elizabeth Morello. El jefe está que echa humo. Necesito la hoja de detención y los registros de custodia.

—¿No está en el sistema?

—No, creo que algún imbécil ha pulsado el botón de borrar por error. Necesito copias del original.

—Vale, vamos, te imprimiré algunas —dijo Donald, dejando pasar a Billings detrás del mostrador hacia la oficina que había tras el área de custodia.

Mientras les veía desaparecer de su vista, Peeler se coló y se escabulló detrás del mostrador. Miró el ordenador de Donald y vio a un hombre desconocido en la celda tres, detenido en el Hospital St Thomas por presuntos delitos relacionados con armas de fuego. Peeler salió y se dirigió hacia las celdas. Sacó una jeringa hipodérmica de su bolsillo mientras caminaba por el pasillo gris hacia la puerta de la celda, cargada con suficiente heroína como para provocar una sobredosis a un elefante. Bajando silenciosamente la mirilla de inspección, Peeler miró dentro de la celda. Podía ver la forma de Chaz durmiendo en el duro estante de plástico que servía de asiento o cama. Una manta reglamentaria de la policía le cubría mientras dormía. Sin apartar la mirada del objetivo, Peeler abrió la cerradura y tiró de la puerta. Chaz no se movió cuando Peeler entró rápidamente. Caminando de puntillas, Peeler se quedó mirando la forma bajo la manta. Se inclinó y clavó la aguja hipodérmica en el trasero de Chaz, empujando el émbolo hasta el fondo y retrocediendo. No ocurrió nada, ni murmullos, ni sacudidas, ni sonido alguno. Peeler agarró la manta y la retiró para descubrir un maniquí de entrenamiento. Ira, confusión y miedo golpearon a Peeler a la vez. Retrocedió, girándose para marcharse lo más rápido posible. Un hombre elegantemente trajeado se interpuso en su camino.

—Creo que ya está muerto —dijo Simon con una alegre sonrisa.

—Oí un ruido y vine a comprobar al prisionero. ¿Quién demonios es usted? —dijo Peeler, intentando instantáneamente salir del apuro con un farol.

—Por supuesto que sí, querido. Si me disculpa —dijo Simon, apartándose de la entrada para revelar a cuatro hombres de aspecto duro vestidos de civil detrás de él.

Aturdido, con la mente acelerada, Peeler siguió a Simon fuera de la celda para ver cómo Billings y Neville eran conducidos esposados por el otro extremo del pasillo por más hombres de civil.

—¿Quién demonios es usted y de qué se me acusa? —protestó Peeler.

—Estos caballeros son del Servicio de Inteligencia Secreto, ¿y usted es...? —se volvió Simon para preguntarle, con voz aún animada.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Quién es usted y de qué se me acusa?

—No, no lo he hecho, ¿verdad? —respondió Simon con una sonrisa—. Caballeros —dijo, volviéndose hacia los agentes que se acercaron a ambos lados de Peeler, colocando sus manos detrás de la espalda para esposarle.

Se llevaron a Peeler, dejando a Simon en el pasillo. Se giró hacia la celda opuesta a la número tres y abrió la puerta. La cabeza de Chaz se asomó desde donde estaba sentado.

—Señor Leman, ¿le gustaría acompañarnos? —dijo Simon.

TREINTA Y UNO

Danny despertó sobresaltado, con imágenes intermitentes de cómo había ayudado a Fergus a salir del coche, con el costado empapado en sangre, reproduciéndose en su cabeza con una claridad cinematográfica. Se incorporó y respiró hondo varias veces para ahuyentar las imágenes. Parpadeando para enfocar la vista por la habitación, se sorprendió al ver su vieja bolsa militar de la fábrica junto a la ropa ensangrentada del día anterior en el suelo. Se levantó y abrió la bolsa, sacando ropa limpia aunque arrugada, y se sorprendió aún más al ver que sus dos fajos de billetes seguían dentro. Después de vestirse, recogió la ropa manchada de sangre del suelo y la metió en una bolsa de plástico. Una tarjeta color crema cayó al suelo mientras lo hacía. Al agacharse para recogerla, se dio cuenta de que era la tarjeta del Club Lansdowne con las 11:00 y el número de teléfono escritos en el reverso. La giró entre sus dedos antes de guardarla en el bolsillo trasero y bajar las escaleras, contento de ver a Smudge y Amanda sentados alrededor de la mesa de la cocina, disfrutando de cruasanes y pasteles de una bolsa de una panadería local.

—Buenos días, jefe —dijo Smudge, girando la bolsa hacia Danny.

—Gracias, colega. ¿Estás bien, Amanda?

—Mejor después de dormir un poco. ¿Sabes cómo está tu amigo Fergus?

—Ese es nuestro siguiente destino después de un café y algunos más de estos —dijo Danny, agarrando un pastel danés y dirigiéndose

a la cafetera.

Reabastecidos, los tres fueron a la sala de control. Estaba vacía excepto por Harrison y otro operativo ocupado tecleando en un ordenador.

—Buenos días a todos. ¿Habéis dormido bien? —dijo Harrison, levantándose para saludarlos.

—Bien, gracias. ¿Simon no está esta mañana?

—No, solo estamos el novato y yo. Simon y el resto del equipo salieron temprano esta mañana. Volverán pronto. Tengo algo para vosotros por aquí —dijo Harrison, sonriendo hacia Whiskins, que tecleaba en un terminal de ordenador en la esquina de la habitación.

Harrison se levantó y les hizo un gesto para que se acercaran a la mesa de conferencias. Cogió dos carteras de cuero y tarjetas de acceso, entregándoselas a Danny y Smudge. Cuando Danny abrió la suya, una identificación del MI5 a nombre del Agente Pearson le devolvió la mirada.

—Tarjetas para entrar y salir de aquí e identificaciones temporales del MI5 para usar hasta que se resuelva la situación actual —dijo Harrison, notando el ceño fruncido en la cara de Danny —. También tengo estos para vosotros. Este es el tuyo, señor Pearson, y este es el tuyo, señor Smith —continuó Harrison, entregando un teléfono móvil a cada uno.

—Danny, llámame Danny —dijo Danny a Harrison.

—Sí, y a mí Smudge. Todo el mundo lo hace.

—Smudge y yo vamos a ver a Fergus —dijo Danny, sin preguntar, sino informando.

—Eh, vale, bien. Hay un Range Rover fuera. Podéis coger ese. Hay dos oficiales armados de SCO19 vigilando en el hospital, Davis y Barns. Les informaré de que vais hacia allí —dijo Harrison, cogiendo el libro de registro para firmar la salida del coche mientras Danny y Smudge ponían los ojos en blanco a sus espaldas.

—¿Y yo qué hago? —dijo Amanda, pareciendo un poco perdida.

—Ah, me gustaría que repasaras todo lo que puedas recordar sobre el cuaderno de tu padre y las fotos. He llamado a un dibujante de retratos robot para hacer un perfil del Lobo según lo que recuerdas.

—Vale.

—Quédate aquí con Harrison. Smudge y yo comprobaremos cómo está Fergus y luego volveremos —dijo Danny, sonriendo a Amanda antes de firmar por el coche.

Cogió las llaves de Harrison y se marchó con Smudge. Cuando salieron por la puerta, Harrison miró el libro de registro antes de cerrarlo y volver a colocarlo en la estantería. «Mmm, muy gracioso», murmuró ante las firmas de Mickey Mouse de Danny y el Pato Lucas de Smudge. «Bien, señorita Wallace, ¿tomamos un café antes de empezar?»

TREINTA Y DOS

—¿Qué es eso? —preguntó Smudge, echando un vistazo desde el asiento del conductor hacia Danny, que estaba mirando de nuevo la tarjeta de visita del Lansdowne Club.

—Es una tarjeta de visita con un número de teléfono y escrito 11Am en el reverso. La encontré junto al cuerpo de Anton Kasovich.

—¿Por qué no se la diste a los trajes?

—No lo sé. Pensé que podríamos investigarla nosotros mismos después de ver a Fergus —dijo Danny, abriendo la identificación del MI5 con una sonrisa.

—Recibido —respondió Smudge mientras pasaban junto al Big Ben para cruzar el puente de Westminster con St Thomas visible al otro lado del río.

Giraron hacia el hospital y bajaron por la rampa hasta el aparcamiento subterráneo, dando vueltas por las filas, incapaces de encontrar una plaza libre.

—A la mierda —dijo finalmente Smudge, estacionando el coche en la zona reservada para vehículos de emergencia junto a la entrada. Ambos se bajaron, cerraron el coche y se dirigieron hacia las puertas automáticas. Un vigilante de seguridad con aspecto nervioso se dirigió hacia ellos.

—Ahí viene, el mini Hitler. ¿Puedo? —dijo Smudge, mirando a Danny.

—Adelante, tío.

—¡Eh, no pueden dejar el coche ahí! —gritó el oficial de seguridad con brusquedad.

—Disculpe, señor, soy el Agente Smith y este es el Agente Pearson. ¿Y usted es? —dijo Smudge, con expresión seria mientras le ponía la identificación del MI5 en la cara.

—Oh, eh, bueno, Terry, Terry Dicks, señor —dijo Terry, deteniéndose en seco al ver la identificación.

—Bien, Dick, estamos aquí por asuntos oficiales. Tenemos una alerta cobra nivel cinco.

—Es Dicks, ¿una cobra qué?

—Cobra nivel cinco, Dick. El tiempo es crucial. Ahora necesito que cuides nuestro coche hasta que llegue el resto de nuestro equipo. Cuando lleguen, envíalos arriba con nosotros, ¿vale? —continuó Smudge, con expresión impasible mientras miraba su reloj y hacía un gesto con la cabeza a Danny, indicando que era hora de irse.

—Eh, vale. Sí, por supuesto.

—Buen hombre, cuento contigo, Dick —gritó Smudge por encima del hombro mientras entraban en el hospital.

—Es Dicks —refunfuñó Terry.

—Me la voy a quedar cuando todo esto acabe, joder —se rio Smudge mientras se acercaban a la mujer de recepción.

—Buenos días, estamos buscando a Fergus McKinsey. Lo trajeron anoche con una herida de bala —dijo Danny con una sonrisa mientras mostraba su identificación del MI5.

—Sí, por supuesto, eh... —respondió ella, mirando su identificación

—Agente Pearson.

—Veamos, sí, lo han trasladado de la unidad de cuidados intensivos a una habitación en la planta Albert. Está en el Ala Norte, en la décima planta.

Danny le dio las gracias y ambos siguieron las indicaciones hacia el Ala Norte. Smudge pulsó el botón del ascensor mientras Danny se dirigía a las escaleras.

—¿En serio? Venga, tío, es la décima planta —dijo Smudge.

—Vale, vale —cedió Danny, entrando a regañadientes en el ascensor.

—¿Todavía tienes aversión a los ascensores? —preguntó Smudge mientras Danny permanecía rígido durante la subida.

—No, solo tengo aversión a quedar atrapado en una caja mortal sin salida —respondió entre dientes.

—Bueno, nadie nos va a disparar aquí dentro, ¿no?

—La última vez que alguien me dijo eso, fui el único que salió con vida —dijo Danny sombríamente mientras salía a la décima planta.

Atravesaron las pesadas puertas cortafuegos hasta la planta Albert. Uno de los agentes armados de SCO19 estaba sentado junto a recepción.

—¿Quién es usted, Davis o Barns? —dijo Danny, mostrándole su identificación.

—Barns. Nos dijeron que venían ustedes de camino. Está en la última habitación a la izquierda, por allí. Davis está fuera.

—Gracias.

Caminaron por el pasillo donde enfermeras y médicos iban atareados con sus obligaciones, mostraron sus identificaciones a Davis antes de entrar en la habitación. Fergus yacía inmóvil en la cama. Giró la cabeza lentamente hacia ellos, sin mostrar reacción alguna en su rostro inexpresivo.

—¿Estás bien, Ferg? —preguntó Danny, acercándose a la cama.

—No lo voy a conseguir, tío, dile a Gaynor y a los niños... —se detuvo para toser débilmente—. Diles, diles que me vuelven loco y que nunca me cayeron bien, de todos modos.

—Ferg, eres un completo idiota —dijo Smudge, negando con la cabeza.

—Comentario justo. ¿Estáis bien, chicos? —dijo, esbozando una gran sonrisa.

—Sí, estamos bien. ¿Cuál es el veredicto entonces? —preguntó Danny, señalando el torso vendado de Fergus.

—La bala no alcanzó ningún órgano vital. Me duele horrores cuando me muevo, pero debería estar como nuevo en unas semanas.

—Bien. Por un momento pensé que te íbamos a perder, tío.

—Qué va, soy indestructible, yo. Dicho esto, estoy muerto de sed. ¿No podrías llenar esa jarra de agua? Hay una fuente en el pasillo.

—Sí, sin problema —dijo Danny, cogiendo la jarra de plástico y dirigiéndose al pasillo.

TREINTA Y TRES

Después de comprobar a través del estrecho panel de cristal que no había nadie, Luka empujó la puerta que daba a las escaleras frente a los ascensores, con su mano derecha Goran siguiéndole de cerca. Se dirigieron hacia la planta Albert, abrieron la puerta y avanzaron con naturalidad hacia el mostrador de recepción, con las manos metidas en los bolsillos de sus chaquetas, sin prestar atención a Barns mientras este les observaba de arriba abajo. Cuando estuvieron a pocos metros, Luka se movió como un rayo. Su mano salió disparada del bolsillo de la chaqueta, agarrando el cañón del subfusil MP5 de Barns, empujándolo hacia delante para apretarlo contra su pecho mientras sacaba el ornamentado cuchillo de caza de su padre con la otra mano. Lo hundió profundamente en el cuello de Barns antes de rasgarlo hacia un lado; su hoja extremadamente afilada le seccionó la tráquea. Al mismo tiempo, Goran sacó una Beretta con silenciador de su chaqueta. La enfermera de recepción lo miró, demasiado impactada para moverse, mientras él le sonreía antes de ponerle una bala en la frente. Mirando alrededor, Luka arrastró a Barns, que emitía gorgoteos en su último aliento, hacia un cubículo con cortinas, seguido de cerca por Goran, que arrastraba a la enfermera muerta cogiéndola por debajo de los brazos. Los colocaron en la cama y cerraron la cortina tras ellos. Luka deslizó el cuchillo de vuelta a su funda y sacó su Beretta con silenciador de una pistolera de hombro. Con su arma perfectamente apuntada

hacia el pasillo y la de Goran hacia la entrada de la planta, ambos permanecieron inmóviles.

—¿Barns? —sonó una voz desde algún lugar del pasillo, cerca de la habitación de Fergus.

***

Danny salió de la habitación de Fergus. Observó a Davis moviéndose por el pasillo hacia recepción mientras llenaba la jarra de agua. Algo en su lenguaje corporal denotaba tensión, como si se estuviera moviendo con cautela para investigar algo.

***

Davis echó un vistazo al área de recepción y la encontró vacía. Se dirigió a las puertas de entrada y las empujó lo suficiente para mirar al pasillo exterior de la planta. No había rastro de Barns.

—Barns, ¿me recibes? —dijo por la radio, girándose al escuchar el clic de la radio de Barns recibiendo su llamada desde detrás de una cortina de cubículo.

Centró el subfusil MP5 hacia la cortina y avanzó cautelosamente, mientras la visión de sangre goteando sobre el suelo de vinilo por debajo del material azul hizo que su corazón latiera con fuerza al alcanzar la cortina. Un golpe y un estruendo detrás de él le hicieron dar un respingo y girarse, con el dedo temblando sobre el gatillo, relajándose un poco al ver a un celador empujando una cama de hospital a través de las puertas de la planta. El celador le miró con aburrido desinterés antes de empujar la cama hacia una habitación lateral. Un sudor frío recorrió la cara de Davis mientras se giraba, agarraba la cortina y la apartaba a un lado. Retrocedió ante la visión de Barns y la enfermera muerta, con los ojos bien abiertos, atrapados en el terror de sus últimos segundos.

Davis giró en pánico para cubrir la recepción con su arma. Estaba vacía y tan silenciosa que se podría oír caer un alfiler. Cuando sus ojos se posaron en el charco de sangre del suelo, se quedó

paralizado al ver unas botas bajo la cortina a su izquierda, su mente aferrándose a la fútil esperanza de que saldría bien aunque sabía que estaba perdido. Antes de que pudiera mover su arma en esa dirección, la cortina se sacudió cuando las balas del arma silenciada de Luka perforaron pequeños mechones de tela en su camino para acribillarel torso de Davis. Mientras su cuerpo caía al suelo, Luka y Goran salieron del cubículo con cortinas de la izquierda y cerraron las cortinas para ocultar la carnicería. Pasaron por delante del mostrador de recepción y asomaron la cabeza al pasillo que conducía a la habitación de Fergus. Estaba vacío. Luka avanzó mientras Goran caminaba detrás, cubriendo la retaguardia. Se colocaron a ambos lados de la puerta. Goran extendió el brazo para abrirla mientras Luka entraba con un giro, apuntando con firmeza a la cortina que rodeaba la cama de Fergus. Apretó el gatillo, soltando una serie de pitidos metálicos, colocando dos disparos donde debería estar el centro del cuerpo y dos hacia la cabeza. Al entrar en la habitación, Goran apartó la cortina de un tirón, solo para ver un colchón y una almohada vacíos y perforados.

—Acaba de estar aquí —dijo Luka, colocando su mano sobre la cama aún caliente.

Ambos corrieron de vuelta al pasillo justo a tiempo para ver la espalda de Danny desapareciendo por las puertas de la planta hacia el ascensor y las escaleras. Luka disparó un par de veces, impactando en la pesada puerta cortafuegos mientras se cerraba. Con las armas en alto y preparadas, corrieron tras él, mirándose el uno al otro cuando la alarma de incendios sonó antes de que alcanzaran la salida. Abrieron cautelosamente las puertas para ver un pasillo vacío más allá, con la luz del ascensor abierto frente a ellos brillando sobre el suelo de vinilo.

—Está en el ascensor —gritó Luka, corriendo ambos hombres hacia delante, balanceando sus armas dentro del espacio vacío del ascensor.

En el segundo de confusión que siguió, Danny salió disparado por la puerta de las escaleras frente al ascensor. Balanceando con todas sus fuerzas una muleta que había encontrado en un armario, impactó en el lateral de la cabeza de Luka, derribándolo al suelo,

aturdido. Manteniendo el impulso, Danny agarró el arma de Goran y le embistió con el hombro mientras se giraba alejándose del ascensor vacío, enviando a Goran y a sí mismo volando dentro, estrellándose contra la pared trasera de acero inoxidable con un estruendo, mientras la puerta del ascensor se cerraba tras ellos. Mientras el arma repiqueteaba en el suelo, Goran golpeó con fuerza a Danny en el costado, separándolos a ambos lados del ascensor.

Los dos hombres inmediatamente adoptaron una postura de combate, con miradas afiladas y enfocadas el uno en el otro, lanzándose ambos a una forma de lucha de artes marciales mixtas enseñada a las Fuerzas Especiales de todo el mundo. Ignorando el dolor, Danny golpeaba, pateaba y usaba rodillas y codos mientras Goran hacía lo mismo. Ambos hombres rebotaban contra los laterales de acero inoxidable del ascensor cuando los golpes certeros encontraban su objetivo, haciendo que el ascensor temblara y chirriara mientras descendía hacia la planta baja. Rebotando contra la pared, Danny apoyó su pie en la superficie brillante y se propulsó hacia delante, dando un cabezazo a Goran justo en el puente de la nariz. Cuando el cartílago cedió y los ojos de Goran se vidriaron y lagrimearon, Danny aprovechó al máximo. Lanzó una fulminante combinación de golpes al cuerpo, terminando con una patada con todo el peso de su cuerpo en los testículos, enviando a Goran al suelo justo cuando llegaban a la planta baja. Las puertas del ascensor se abrieron con un pitido ante un mar de policías armados apuntando sus armas a la cara de Danny.

—Tranquilos, chicos, MI5 —dijo Danny, levantando las manos mientras intentaba recuperar el aliento—. Hay otro arriba en la décima planta.

***

Arriba, en la planta Albert, Smudge abrió la puerta del armario frente a la habitación de Fergus y ayudó a su amigo a cruzar el pasillo y volver a la cama.

—Argh, joder, cómo duele.

—Deja de quejarte, nenaza. Te dolería mucho más si no te hubiéramos movido.

—Sí, gracias, colega Smudge, te debo una —dijo Fergus, respirando pesadamente.

—Ya lo creo que sí. Solo espera a que te mejores. Voy a exprimir esto hasta sacarle todo el jugo —respondió Smudge con una gran sonrisa.

—Oh, Dios mío, he cambiado de opinión. Hazlos volver. Que me peguen un tiro ahora.

Smudge dejó a Fergus para asomarse al pasillo. La policía armada inundaba la planta. A pesar de haber cerrado el edificio, no había rastro de Luka.

TREINTA Y CUATRO

Edward entró en la planta de su departamento en el edificio del SIS. Por fuera, se mostraba tranquilo y dio los buenos días como de costumbre mientras caminaba. Se detuvo para saludar a Lorraine antes de volverse hacia Hake y Utting, sentados enfrente.

—¿Qué tal la nariz, Peter? Me he enterado de que te diste un buen golpe —dijo con una sonrisa.

—Sí, fue culpa mía, no miraba por dónde iba. Duele como mil demonios, pero consiguieron recolocármela —respondió Utting, mirando a Edward con dos ojos morados y la nariz vendada.

—Deberías tener más cuidado. ¿Habéis investigado ya lo del grupo radical de Greenwich?

—Sí, jefe, resultó no ser nada. El informe está en el sistema —dijo Hake.

—Vale, gracias.

Edward continuó hasta su despacho y cerró la puerta. En pocos minutos, había recuperado los horarios e informes de Hake y Utting de los últimos días. Arrastrándolos a una pantalla a su izquierda, abrió el informe del rastreador de vehículos ComTrack de Harrison. Los dos no coincidían. El GPS ubicaba el vehículo en casa de Danny y luego en la de Smudge la noche del ataque. Más abajo en la lista mostraba que estuvieron en el número 25 de Dorchester Place, en Paddington, y por último cerca de la casa de Anton Kasovich en Wimbledon la noche que persiguieron a Danny y a Smudge. Edward se recostó en su silla, con una arruga de preocupación en la frente.

Miró a través del muro de cristal hacia el otro lado de la oficina donde Hake y Utting estaban sentados. Tras un minuto o dos, cogió su teléfono y marcó el número de Thomas Trent.

—Diga.

—Tom, tengo un trabajo para ti.

—Sí, jefe, ¿qué necesita? —respondió Tom sin dudar.

—Necesito vigilancia sobre un par de objetivos. Todo el paquete: cámaras, escuchas telefónicas, etcétera. Fuera de registro.

—¿Fuera de registro? ¿Quiénes son los objetivos?

—Dos de los míos. Necesito mantenerlo en silencio hasta saber hasta dónde llega esto.

—De acuerdo, solo utilizaré a mi propia gente.

—Gracias, Tom. Te enviaré sus expedientes personales ahora. Informa solo a mí, ¿de acuerdo? —dijo Edward, recalcando el punto.

—Sí, jefe.

Después de extraer los archivos y enviárselos a Tom, Edward llamó a Harrison a la casa de Muswell Hill.

—¿Sí?

—Barry Hake y Peter Utting son nuestros hombres. He decidido no detenerlos. Los pondré bajo vigilancia para ver si nos llevan hasta la fuente.

—Ya me lo imaginaba cuando vi las ubicaciones en el informe de ComTrack. Vale, se lo diré a Simon.

—¿Está ahí?

—No, está en el Hospital St Thomas. Un equipo de dos hombres intentó acabar con Fergus McKinsey. Y lo habrían conseguido si el señor Pearson no hubiera estado allí.

—¿Resultó alguien herido?

—Mataron a dos hombres del SCO19 y a una enfermera. Uno escapó, el señor Pearson sacó al otro, lo dejó completamente inconsciente. Lo traeremos aquí para interrogarlo tan pronto como el jefe ponga coto a los medios y solucione todo el papeleo.

—Vale, pasaré más tarde. Mientras tanto, ¿puedes hacer un análisis financiero completo de Hake y Utting? Quien sea que los haya contratado, debe haberles pagado por ello. Sigamos el dinero y veamos adónde nos lleva.

—Bien, me pondré con ello.

—Gracias, Harrison —dijo Edward, colgando.

Se recostó y miró al otro lado de la oficina donde Hake y Utting compartían una broma y se reían con alguien que salía de la oficina.

Reíos mientras podáis, pedazos de mierda. Voy a por vosotros.

TREINTA Y CINCO

Danny tenía que reconocérselo a Simon. En menos de dos horas desde su llegada, había controlado toda la situación. Sin una arruga en su traje ni un pelo fuera de lugar, el hombre del gobierno había metido a Fergus en una ambulancia rumbo a un hospital privado y seguro donde estaría a salvo, y los cuerpos de los agentes del SCO19 y la enfermera habían sido retirados, junto con cualquier rastro de lo ocurrido. Tras unas cuantas llamadas más, la prensa ya tenía el nombre y las fotos de algún extremista radical, con la historia de un ataque con machete como coartada. Antes de darse cuenta, la policía y la prensa se habían dispersado, y todos estaban abajo junto a los coches en el aparcamiento subterráneo.

—Tú y Trevor llevaos al prisionero a la casa y metedlo en una sala de interrogatorios. Yo llegaré en breve —dijo Simon a los hombres en una furgoneta de transporte con Goran esposado en la parte trasera—. Volvamos a la casa —continuó, volviéndose hacia Danny y Smudge.

—En un momento. Primero quiero comprobar una cosa —dijo Danny, dirigiéndose al Range Rover.

—¿Algo que quieras compartir? —le gritó Simon.

—No —gruñó Danny.

Smudge se encogió de hombros mirando a Simon y siguió a Danny. Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Simon antes de darse la vuelta y subirse a la parte trasera de su coche.

—A Muswell Hill, por favor, Michael.

—Sí, señor —dijo Michael, arrancando con suavidad.

***

Trevor se giró y golpeó la rejilla metálica que separaba la cabina de la furgoneta de las celdas de transporte de la parte trasera. —¡Cállate de una vez! —gritó ante las diatribas en serbio de Goran.

—¿De qué demonios habla? —preguntó Phil, que conducía.

—¿Y cómo coño voy a saberlo? No hablo serbio —dijo Trevor, negando con la cabeza al ver a un idiota en un Audi Q7 adelantándoles por el carril bus.

—He dicho que cuando salga de aquí, os voy a matar —gruñó Goran en un inglés rudimentario.

—Sí, sí, cariño, tú no vas a ninguna parte —dijo Trevor, girándose para lanzarle un beso a Goran.

Se volvió justo a tiempo para ver cómo el Audi Q7 se cruzaba delante de ellos desde el carril bus y pisaba a fondo el freno.

—¡Joder! —gritó Phil, pisando el freno y deteniéndose a escasos centímetros del Audi.

Las puertas traseras se abrieron de golpe. Luka y uno de sus hombres salieron disparados de ambos lados con rifles automáticos.

—¡Sácanos de aquí! —gritó Trevor, sacando su Glock de la pistolera del hombro. Una ráfaga de fuego automático atravesó el parabrisas y a Trevor antes de que tuviera oportunidad de usarla.

Phil pisó el acelerador y embistió la parte trasera del Audi, haciendo que los hombres se apartaran del coche. Puso la furgoneta en marcha atrás y aceleró a fondo, esquivando el coche que tenían detrás para acelerar marcha atrás por el carril bus.

—¡Aguanta! —le gritó a Trevor, que jadeaba y tosía sangre a su lado.

Phil giró la furgoneta hacia una calle lateral, metiendo la primera marcha antes de volver por donde habían venido. Mirando por el retrovisor, vio cómo el potente Audi daba la vuelta y aceleraba hacia él, con el capó levantándose en cada cambio de marcha mientras su motor V8 de 4,2 litros impulsaba el coche tras él.

Phil exprimió el lento motor diésel al máximo, su turbo soltando humo negro mientras se aferraba a la esperanza de poder escapar de Luka. Les alcanzaron en cuestión de segundos, con Luka sacando medio cuerpo por la ventanilla del copiloto mientras apuntaba con su rifle. Disparó una ráfaga contra los neumáticos traseros de la furgoneta. Las balas atravesaron la goma, desgarrándola y desinflándola en segundos, haciendo que la furgoneta zigzagueara por la carretera. Impertérrito, Phil mantuvo el pie en el acelerador. Por un segundo, pensó que lo lograría, hasta que el Audi embistió la esquina trasera de la furgoneta, desviando la parte trasera. Sin agarre por los neumáticos pinchados, se deslizó lateralmente, subiendo a la acera antes de estrellarse contra las rejas de hierro negro frente a una hilera de casas georgianas. Las ruedas traseras rebotaron brevemente en el suelo cuando la furgoneta pasó de cuarenta a cero en una fracción de segundo. Las ventanas delanteras saltaron por los aires con el impacto y Phil desapareció de la vista durante unos segundos, oculto por un muro de airbags desplegándose.

Aturdido, Phil miró hacia Trevor, desplomado en el asiento del copiloto, con una mancha de sangre que le corría desde la boca hasta el pecho. Sus ojos miraban sin vida hacia el suelo. El zumbido en los oídos de Phil disminuyó, y se dio cuenta de que estaban abriendo la parte trasera de la furgoneta. Al ver la pistola de Trevor en el espacio para los pies, Phil se agachó para cogerla. Cuando volvió a levantarse, sintió el frío metal del cañón de una pistola presionando contra su sien.

—Te dije que iba a matarte —dijo Goran, con voz tranquila y amenazante.

Apretó el gatillo antes de que el cerebro aterrorizado de Phil pudiera articular una respuesta.

—Vámonos, deprisa —gritó Luka.

Se quedó de pie detrás del Audi, apuntando con su rifle a la fila de coches detenidos tras ellos. En cuestión de segundos, Luka y sus hombres estaban de vuelta en el Audi y desapareciendo a toda velocidad. Los asustados londinenses permanecieron clavados en el sitio, sin saber qué hacer, mentalmente mal preparados para

enfrentarse a mercenarios blandiendo armas automáticas. Todo el incidente apenas duró unos minutos de principio a fin, pero probablemente se repetiría en sus pesadillas durante semanas.

TREINTA Y SEIS

—Entonces, ¿adónde vamos? —preguntó Smudge a Danny.

—Te lo dije antes, quiero echar un vistazo a este Lansdowne Club —contestó Danny, dirigiéndose hacia Mayfair.

—Ah, vale, sí, ¿y qué esperamos encontrar allí?

—No lo sé, Smudge, pero el número de teléfono y las 11 de la mañana escritos en el reverso de la tarjeta tienen que significar algo. Quizás Anton Kasovich fuera socio, en cuyo caso alguien podría saber con quién se reunía allí.

—Suena razonable. ¿Qué tipo de club crees que es? —dijo Smudge, sacando su móvil para buscarlo en Google.

—Está en Mayfair, Smudge. No creo que sea un club de striptease, tío —se rio Danny.

—Yo qué sé, a los pijos les gusta tanto ver a una tía dando vueltas en una barra como a cualquiera —dijo Smudge, abriendo la web del club—. Ah, no, parece un club para niños pijos con un palo metido por el culo.

—¿No es el tipo de lugar donde un conocido traficante de drogas con chándal se colgaría entonces? —dijo Danny, mirando de reojo.

—No, tío, a mí me parece que es más bien para la gente de la regata Oxford-Cambridge, políticos y abogados.

—Bueno, es la única pista que tenemos, así que vale la pena intentarlo.

Después de renunciar a encontrar aparcamiento cerca del Lansdowne Club, aparcaron en un estacionamiento subterráneo NCP

a poca distancia. Si dejabas tu coche en el lugar equivocado en Mayfair, acabaría en la parte trasera de un camión y de camino al depósito policial antes de que el motor se enfriara. Caminaron por Berkeley Square y llegaron a la fachada grandiosa pero discreta del club. Si no fuera por la bandera con el emblema del club y una pequeña placa en el exterior, nunca sabrías que estaba allí. Entraron por las puertas hacia la recepción, recibiendo al instante miradas de desaprobación del personal por sus vaqueros, zapatillas y cazadoras bomber.

—¿Puedo ayudarle, señor? —dijo el recepcionista elegantemente vestido, mirando a Danny por encima de la nariz.

—Sí, me gustaría ver al director, por favor —dijo Danny, con una amplia sonrisa.

—¿Tiene cita, señor? —dijo el hombre, antes de girarse para despedirse—: Adiós, señor y señora —a una pareja de socios que salía, vestidos con un desfile de Armani, Gucci y Louis Vuitton.

Cuando se volvió, Danny le puso su identificación del MI5 en la cara. —Al director, ahora mismo, por favor.

—Por supuesto, Agente Pearson —dijo, tratando de ocultar su molestia mientras descolgaba el teléfono—. Señor Heddon, ¿podría venir a recepción, por favor? Tengo a unos caballeros del MI5 que desean hablar con usted.

Colgó el receptor y se volvió hacia Danny y Smudge. —Si desean tomar asiento, bajará en un minuto.

Apenas se habían sentado cuando un hombre de mediana edad, delgado e impecablemente vestido se acercó a ellos.

—Ralph Heddon, director general. ¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

—Agente Pearson y Agente Smith, MI5. Tenemos motivos para creer que su club podría haber sido objetivo de un grupo extremista ubicado en la capital. Me gustaría examinar su CCTV y el registro de visitantes de los últimos días, si me lo permite. Solo por si uno de nuestros sospechosos ha logrado entrar en el club —dijo Danny, inclinándose hacia el director y hablando en voz baja.

—Yo, yo no sé, nos enorgullecemos de la privacidad de nuestros socios. ¿No necesitan una orden judicial o algo así?

—Escuche, Ralph, puedo irme ahora y volver en una hora con cien agentes y una orden judicial para poner este lugar patas arriba, o puede dejarme echar un vistazo rápido al CCTV y al registro de visitantes y seguiré mi camino tan contento. Usted decide, pero hágalo rápido porque tengo mucho que hacer hoy —dijo Danny, con una mirada más intensa y un tono más directo.

Ralph miró a Danny y luego a Smudge, ambos observándole con miradas implacables.

—Gerald, ¿podría imprimir el registro de visitantes de esta semana, por favor? —dijo, volviéndose hacia el recepcionista.

Cuando tuvieron la lista, el director los llevó a una pequeña oficina en los pasillos más allá de la opulenta grandeza de las áreas públicas del club. Un guardia de seguridad cincuentón estaba sentado en una silla con múltiples pantallas frente a él, con la espalda ligeramente encorvada y la barriga estirando el jersey azul marino tras demasiadas horas sentado en la silla, comiendo aperitivos para matar el aburrimiento.

—Señor Barret, estos caballeros quieren revisar las cámaras de seguridad. ¿Podría mostrarles lo que necesiten? Les dejo en las capaces manos del señor Barret —dijo, saliendo de la habitación.

—Creo que es la primera vez que ese viejo cabrón me dirige la palabra. No sabía que conocía mi nombre. En fin, ¿qué buscáis, señores? —dijo con una sonrisa.

—Nos gustaría ver todas las cámaras de los últimos tres días, específicamente alrededor de las 11 de la mañana.

—Las 11 de la mañana, de acuerdo —dijo, tecleando para abrir el lunes y retrocediendo hasta las 10:45.

Con treinta cámaras por todo el edificio, era difícil ver los detalles en el tablero de imágenes distribuidas en las tres pantallas frente a ellos.

—¿Puedes dejarnos solo el exterior, recepción y escaleras? —dijo Danny, señalando los pequeños cuadrados.

—Sí, esperad un momento.

Barret movió el ratón y seleccionó las tres cámaras, colocando una imagen en cada pantalla.

—Perfecto, si puedes avanzarlo.

Danny y Smudge examinaron los coches que entraban y salían y a los invitados que llegaban a recepción entre las 10 y las 12 durante los dos primeros días, y luego pidieron a Barret que avanzara rápidamente hasta ayer.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó Barret.

—Un traficante albanés de aspecto sospechoso con chándal —murmuró Smudge para sí mismo.

—Eh, no estamos muy seguros, una cara conocida, alguien que no debería estar ahí —dijo Danny, empezando a rendirse mientras las imágenes de ayer de 10 a 12 pasaban hasta la tarde sin que nadie destacara.

—Bueno, era una posibilidad remota. Gracias, tío, te dejamos con... —Danny se interrumpió a media frase. Un coche que llegaba captó su atención mientras avanzaban rápidamente por las imágenes de ayer—. Espera, rebobina, más atrás, sigue, para ahí.

—¿Qué estamos mirando? —dijo Smudge, confundido.

—La matrícula del Bentley —dijo Danny, señalando la matrícula personalizada.

—No me lo puedo creer —dijo Smudge, mirando el 11AM en la placa.

—Vuelve atrás, encuentra al invitado que salió de ese coche.

—Ah, eso es fácil. Es él, Arthur Montgomery. Es cliente habitual, se codea mucho con los parlamentarios.

—¿Adónde va? —preguntó Danny, viendo cómo Arthur desaparecía de la vista de la cámara de las escaleras.

—Al restaurante del segundo piso, supongo —dijo Barret, cambiando las cámaras para mostrar un lujoso restaurante decorado con elegantes tonos azules y verdes.

En el centro estaba Arthur Montgomery saludando a alguien en una mesa. El hombre estaba de espaldas a ellos; su complexión y su pelo castaño claro le resultaron familiares a Danny, pero no sabía por qué. Cuando ambos hombres se sentaron, un camarero se acercó para tomar su pedido. El hombre giró la cabeza para hablar con él, mostrando una sonrisa insincera de un millón de dólares.

—Para ahí. Es él —dijo Danny, haciendo una foto de la pantalla con su móvil.

—¿Quién es? —dijo Smudge, confundido.

—El Lobo, es él, al cien por cien, mismo pelo, misma complexión y misma sonrisa que el hombre de la foto de David Wallace. ¿Quién es? —dijo Danny, tocando la pantalla frente a Barret.

—Lo siento, no le conozco. Estará en el registro de visitantes como socio o como invitado del señor Montgomery.

—Gracias, ¿puedes avanzar rápido y ver si conseguimos una mejor vista cuando se marcha? —dijo Danny, mirando hacia abajo al ver que su teléfono sonaba—. ¿Diga?

—Ah, señor Pearson, no sé qué estáis haciendo en el Lansdowne Club, pero ¿le importaría terminar y reunirse con nosotros en la casa? Ha habido un acontecimiento.

—¿Qué tipo de acontecimiento?

—Del tipo malo —dijo Simon, colgando.

—Simon quiere que volvamos a la casa —le dijo Danny a Smudge.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí?

Danny levantó el teléfono y lo agitó ante Smudge.

—Ah, sí, tiene sentido.

Barret consiguió una imagen ligeramente mejor del Lobo cuando salía del club. Danny y Smudge le dieron las gracias y se marcharon con la copia del registro de visitantes. Caminaron de vuelta por Berkeley Square hasta el aparcamiento, subieron al coche y se dirigieron hacia la casa en Muswell Hill.

TREINTA Y SIETE

Era poco después de las cinco cuando regresaron a la casa, pero en pleno invierno inglés, el sol ya se había ocultado bajo el horizonte, y la temperatura había descendido con él. Se movieron rápidamente hacia la puerta, pasando la tarjeta que Harrison les había dado por el lector junto a esta. La cerradura emitió un zumbido y entraron, agradeciendo el calor que les golpeó desde dentro. La sala de control bullía de gente, con un murmullo de múltiples conversaciones simultáneas llenando el espacio. Edward los divisó desde el otro extremo y serpenteó hacia ellos.

—Me alegro de que hayáis vuelto. Me he enterado de lo del hospital. ¿Estáis bien los dos?

—Estamos bien. ¿Qué está pasando aquí? —dijo Danny, señalando con un gesto hacia la actividad.

—Han atacado el transporte del prisionero cuando venía hacia aquí, hay dos muertos y ni rastro de tu amigo del hospital.

—Mierda. Estos tíos están empezando a cabrearme de verdad —gruñó Danny.

—Eso nos hace dos —asintió Smudge.

—Eso nos hace tres —dijo la voz de Chaz desde detrás de ellos.

—Chaz, me alegro de verte, hermano. ¿Cuándo has llegado? —dijo Danny, su humor mejorando al instante.

—Esta mañana, Simon me trajo después de pillar a dos de los tipos del tiroteo en la torre intentando cargárseme en los calabozos. Son ni más ni menos que detectives de la Policía Metropolitana.

—¿Qué? ¿Dónde están? —dijo Danny, su humor dando un giro de ciento ochenta grados al instante.

—Los tienen en una sala de interrogatorios al fondo. Espera, Danny, tío, conozco esa mirada —dijo Chaz mientras Danny lo apartaba para pasar.

—Oh, mierda —dijo Smudge mientras los tres, junto con Edward, iban tras él.

Danny atravesó la cocina de camino a las celdas, sacando dos cuchillos del bloque de madera que había en un lateral mientras pasaba, volteando las hojas hacia arriba y deslizándolas por las mangas de su chaqueta.

—¿Ha hablado ya? —le dijo Danny al guardia, observando a Peeler a través del cristal unidireccional de la sala de observación contigua a la celda.

—Todavía no. Los dos están jugando al «sin comentarios» y exigiendo un abogado. Simon los está dejando sudar un rato antes de volver a entrar.

—¿Cuál es ese? —dijo Danny, señalando a través del cristal.

—Ese es el inspector detective Grant Peeler.

—Gracias, ¿te importa si lo intento yo? —dijo Danny, dirigiéndose ya hacia la puerta de la sala de interrogatorios.

—Eh, ¿qué? No, el jefe ha dicho que nadie entre hasta que él vuelva. ¡Eh! —gritó el guardia, yendo tras Danny mientras Chaz, Smudge y Edward los alcanzaban para ver cómo la puerta de la sala de interrogatorios se cerraba ante sus caras.

Dentro, Danny apartó de un tirón la silla metálica vacía frente a Peeler, atascándola bajo el tirador de la puerta forrada de acero. La puerta se sacudió cuando el guardia intentó abrirla en vano desde fuera. Girándose lentamente hacia la sala, Danny vio el miedo en los ojos de Peeler cuando lo reconoció del bloque de pisos. Rápidamente lo disimuló.

—¿Qué es esto entonces, eh? ¿Se supone que debes asustarme? Porque no está funcionando. No voy a decir nada hasta que vea a mi abogado —dijo, cruzándose de brazos y mirando desafiante.

Afuera, dejaron de intentar abrir la puerta a empujones y se apiñaron en la sala de observación para ver qué estaba ocurriendo.

—Mira la foto —dijo Danny, mostrando la imagen de Arthur y Vincent de las cámaras de seguridad del Lansdowne Club y deslizando su móvil por la mesa de madera hacia Peeler. Descruzando los brazos, Peeler cogió el teléfono y le echó una mirada despectiva antes de dejarlo y apoyar las manos sobre la mesa.

—Nunca les he visto antes. Ahora quiero mi llamada y mi abogado.

Rápido como un rayo, la mano de Danny bajó, clavando el cuchillo de la cocina a través del hueso, músculo y tendones del dorso de la mano de Peeler antes de incrustarlo en la mesa de madera debajo, dejando a Peeler mirándolo con shock y horror.

—Estás jodidamente loco, ayuda, que alguien me ayude —gritó, mientras los nervios de su mano explotaban con pequeños impulsos eléctricos de dolor insoportable con cada mínimo movimiento que hacía.

—Intentémoslo de nuevo. Cuéntame sobre ti, Anton Kasovich, Arthur Montgomery y este hombre —dijo Danny, deslizando el teléfono hacia delante otra vez y tocando la imagen de Vincent.

—Vete a la mierda —escupió Peeler entre respiraciones pesadas contra el dolor.

Más rápido de lo que Peeler pudo parpadear, Danny clavó el segundo cuchillo de cocina a través del dorso de la otra mano de Peeler, inmovilizándolo sobre la mesa por segunda vez.

—¡Aaagh, no más! Te lo diré, por favor, te lo diré.

—Adelante, y no me mientas, porque lo sabré —dijo Danny, agarrando los mangos de los cuchillos y moviéndolos de lado a lado, prendiendo fuego a cada nervio del cuerpo de Peeler.

—Para, por Cristo, te lo diré, solo para —soltó Peeler, con la respiración pesada mientras el sudor le caía por la frente.

Danny soltó los cuchillos y retrocedió mientras Peeler tomaba respiraciones rápidas para combatir el dolor. Con el rostro oscuro y amenazante, Danny se inclinó hacia delante, golpeando sus manos sobre la mesa para que Peeler hablara.

—Eh, eh, no, vale. Te lo diré. Hace un par de años Billings y yo nos preparábamos para detener a Anton Kasovich. De alguna

manera, se enteraron y nos tendieron una emboscada. Nos dijeron que o trabajábamos para ellos o nos mataban a nosotros y a toda nuestra familia. Nos ingresaron dinero en una cuenta en el extranjero. Recibíamos órdenes por teléfono de Anton o del hombre por encima de él, un tipo elegante, sin nombre. Cambiaba los números cada pocos días y nos enviaba uno nuevo por mensaje. No era el hombre de arriba del todo, solo el tipo elegante y Anton sabían quién era. Una vez oí a Anton por teléfono. Le llamó el Lobo. Eso es todo lo que sé. Nunca le conocimos y no sé quiénes son los hombres de la foto.

Danny arrastró el teléfono de vuelta y se giró, apartando la silla de la puerta para abrirla.

—Te haré pagar por esto, maldito psicópata.

—No, no lo harás, y más te vale rezar para no volver a verme nunca, porque la próxima vez te meteré una bala en la cabeza —dijo Danny por encima del hombro, antes de caminar tranquilamente pasando junto a los demás en la sala de observación de vuelta hacia la sala de control.

TREINTA Y OCHO

—¿Qué demonios ha sido eso? —dijo Edward cuando alcanzó a Danny.

—Escucha, he pasado los últimos tres días recibiendo disparos, siendo perseguido y mi mejor amigo está en el hospital. Si quieres resultados, los estoy consiguiendo, ¿vale? Mira, el tipo de la izquierda es el Lobo, y el de la derecha es su intermediario, Arthur Montgomery. Ellos dieron la orden a Anton Kasovich de matarnos a todos. Cuando la fastidió, pagaron al mismo grupo de mercenarios que dispararon a Ferg y emboscaron vuestro transporte para que mataran a Kasovich y eliminaran cualquier conexión con ellos —dijo Danny, entregándole a Edward el teléfono con la foto de Arthur y Vincent.

—¿Estás seguro de esto? —dijo Edward con una expresión de sorpresa en su rostro.

—Al cien por cien. Encontré esta tarjeta junto al cuerpo de Anton Kasovich. Pensé que el 11AM era una hora de reunión en el club, así que lo comprobé. No lo es, es la matrícula personalizada de Arthur Montgomery. Y el otro tipo coincide con la imagen de las fotos que David Wallace tomó del Lobo, misma constitución, mismo pelo, misma sonrisa, estoy seguro.

—Ese caballero de ahí es Vincent Benedict MBE, del que se rumorea que será nombrado Ministro de Asuntos Exteriores en la próxima remodelación del gabinete el día dieciocho, y Arthur Montgomery es un reconocido asesor gubernamental y amigo

personal del Primer Ministro —dijo Edward, arqueando las cejas hacia Danny.

—Me importa una mierda si son miembros de la jodida familia real. Vamos a por ellos. Les haré hablar.

—Por mucho que admire tu entusiasmo y tu afición por los cuchillos de cocina, señor Pearson, el hecho es que, aparte de una tenue conexión por el reverso de una tarjeta de visita y tu recuerdo de la cara de un hombre en una vieja foto tomada a distancia, con gafas de sol y gorra de béisbol puestas, no tenemos ninguna prueba de delito alguno por parte de estos caballeros. No estoy diciendo que no sean quienes buscamos. Solo digo que estos hombres tienen conexiones extremadamente poderosas. Si damos un paso en falso, rodarán cabezas. Hay ciertas personas que estarían encantadas de enredar a este departamento en burocracia durante el futuro previsible o de cerrarnos por completo —dijo Simon, entrando en la habitación.

—¿Así que no hacemos nada? —dijo Danny, lanzándole una mirada furiosa.

—Vaya, no he dicho eso, ¿verdad? —respondió Simon, con una sonrisa y arrogancia que irritaron aún más a Danny.

—¿Entonces qué?

—Aunque no puedo aprobar lo que le hiciste al señor Peeler, no puedo negar la eficacia de tu técnica de interrogatorio. Imagino que si le dan a elegir entre un trato o una hora a solas contigo, podría estar dispuesto a aceptar un trato.

—¿Y eso cómo nos ayuda? —gruñó Danny.

—Mi querido amigo, me temo que no estás viendo el panorama completo. El señor Peeler tiene un número de contacto actual para el hombre que da las órdenes. Si conseguimos que el señor Peeler llame a ese número e informe sobre la muerte de Charles Leman, mientras rastreamos el móvil y ponemos un equipo de vigilancia sobre el señor Montgomery, tendremos un vínculo innegable entre los dos y motivos para una investigación completa sobre el señor Montgomery y su asociado, Vincent Benedict.

—Genial, me quedaré aquí con el dedo metido en el culo mientras tú juegas a ser detective. Mientras tanto, un grupo de

mercenarios intentan matarme a mí y a mis hombres.

—Vaya, vaya, qué mal humor tenemos hoy. Ahora, si me permites terminar, te explicaré cómo vamos a ocuparnos de nuestro pequeño grupo de mercenarios.

—Continúa.

—Tenemos a dos agentes del MI5 bajo vigilancia. Creo que los conociste en el bloque de pisos el otro día. Si les proporcionamos la información adecuada, podemos tender una trampa a nuestro pequeño grupo de asesinos a sueldo mientras construimos un caso contra el señor Montgomery y Vincent Benedict. Ahora, Edward y yo tenemos algunas cosas que organizar, así que si fueras tan amable de mantenerte al margen, preferiblemente sin herir a nadie más, te lo agradecería muchísimo —finalizó Simon, volviéndose hacia Edward y despidiendo a Danny sin pensarlo dos veces mientras ponía en marcha su plan.

—Vamos, colega, dejémosles hacer —dijo Chaz, señalando con la cabeza hacia la salida.

—De verdad que odio a ese tío —refunfuñó Danny mientras salían.

***

Una hora después, Simon y Edward estaban de pie frente a Peeler.

—Entiendes que esta es tu única oportunidad de salir de aquí, hacer la llamada, y serás dado de baja del cuerpo con un expediente limpio —dijo Simon.

—¿Y mi pensión policial? —preguntó Peeler, acunando sus manos vendadas en su regazo.

—Ni hablar. Haz la llamada, señor Peeler, o se acabó el trato y dejaré que el señor Pearson te trate como mejor le parezca.

—Vale, vale, haré la llamada —respondió Peeler rápidamente, asintiendo frenéticamente.

—Bien —dijo Simon, tan sereno como siempre.

Harrison levantó la vista de su portátil. Cogió el móvil de Peeler y marcó el último número de Arthur Montgomery.

Sonó durante un tiempo insoportablemente largo antes de que finalmente respondieran.

—Señor Peeler, esperaba su llamada.

TREINTA Y NUEVE

En una de las lujosas salas de eventos del hotel The May Fair, en Mayfair, Arthur Montgomery se sentaba a una gran mesa redonda con Vincent Benedict a un lado y el Primer Ministro con su esposa al otro. El Lord Canciller y su esposa estaban sentados enfrente. Disfrutaban de una exquisita cena de tres platos, con vinos selectos y champán antes de que comenzara la subasta benéfica. El móvil de Arthur vibró silenciosamente en su bolsillo, no en el que llevaba su teléfono habitual, sino en el que guardaba el teléfono para otros asuntos. Se limpió las comisuras de los labios con una servilleta antes de levantarse. Ajustándose el esmoquin, se disculpó, sonrió y dio una palmada en la espalda al Primer Ministro antes de salir de la sala hacia la zona más allá de los aseos.

—Señor Peeler, estaba esperando su llamada.

—Lo siento, ha sido muy difícil salir. Los altos mandos están exigiendo una investigación completa sobre un preso que murió de sobredosis en una de nuestras celdas.

—Entonces, ¿ha tenido éxito?

—Sí, Charles Leman está muerto, y acabo de enterarme de que Fergus McKinsey falleció de un ataque cardíaco masivo mientras lo trasladaban de St Thomas a un hospital privado.

—Excelente, señor Peeler. ¿Alguna noticia de los demás?

—No por mi parte. El MI5 se ha hecho cargo de la investigación. Tendrá que preguntarle a Hake —respondió Peeler, con un ligero nerviosismo en su voz.

—¿Está todo bien, señor Peeler? —dijo Arthur lentamente.

—Sí, perfectamente, solo necesito mantener un perfil bajo durante unos días hasta que todo esto pase.

—Muy bien, le enviaré un nuevo número de contacto en unos días —dijo Arthur, colgando.

Miró a su alrededor con calma. Los invitados del salón de eventos iban y venían de los aseos. Uno de los camareros estaba junto a la salida de emergencia hablando por teléfono mientras se tomaba un descanso de cinco minutos; nada le pareció fuera de lo normal a Arthur, así que marcó el número de Hake.

—Diga.

—Señor Hake, tengo entendido que la chica y nuestro grupo de caballeros son ahora de interés para el MI5.

—Un momento —dijo Hake, pausando la llamada mientras salía de la oficina y se alejaba del alcance de sus compañeros de trabajo —. Según los rumores, Jenkins se está ocupando de ellos personalmente. Los traslada mañana a una casa segura en Essex. Le enviaré la dirección tan pronto como la tenga.

—Muy bien, señor Hake. Este teléfono estará desconectado en breve. Le enviaré un nuevo número a su debido tiempo —dijo Arthur, colgando.

Acercándose a la papelera, Arthur retiró la tapa trasera del teléfono desechable y extrajo la batería y la tarjeta SIM, partiendo la pequeña tarjeta antes de tirarla. Sosteniendo el teléfono con ambas manos, lo partió por la mitad y lo arrojó tras la SIM y la batería. Se giró, se ajustó la chaqueta y volvió a componer su sonrisa pública antes de atravesar las puertas dobles y regresar a la mesa.

—¿Todo bien, Arthur? —dijo Vincent, inclinándose para preguntarle en voz baja.

—Todo está extremadamente bien, Vincent. Por los planes futuros —dijo, cogiendo su copa de champán y brindando con Vincent.

Fuera en el vestíbulo, junto a los aseos, el camarero volvía a estar al teléfono y caminaba hacia la papelera.

—Sí, señor, le grabé mientras fingía hablar por teléfono. Sí, señor, tengo una buena toma de él tirando el teléfono después de la

segunda llamada. Sí, señor, lo estoy recuperando ahora —dijo, finalizando la llamada con Simon antes de quitar la tapa de la papelera y sacar todo su contenido en la bolsa de basura. Volvió a colocar la tapa y se dirigió a la salida de emergencia, presionando la barra para abrir la puerta antes de salir al aparcamiento y entrar en un coche que le esperaba.

—¿Qué tal, Brian? —dijo el conductor cuando entró.

—Bien, el jefe quiere que esto llegue a la unidad forense inmediatamente.

—¿Lo han conseguido todo entonces?

—Sí, el rastreo del proveedor de telefonía, un vídeo con marca de tiempo de él contestando la llamada de Peeler y llamando al número de Hake, y tenemos el teléfono con sus huellas dactilares y ADN —dijo Brian, levantando la bolsa de basura.

—Será mejor que nos pongamos en marcha entonces.

CUARENTA

—¿Vosotros dos estáis bien con esto? —dijo Danny a Smudge y Chaz.

—¿Qué, ser el cebo para atrapar a un grupo de mercenarios psicópatas y asesinos? Sí, estoy de maravilla —dijo Chaz con una sonrisa.

—¿Smudge?

—Sí, lo que él ha dicho —respondió Smudge, guiñándole un ojo a Amanda mientras comprobaba la pistola Glock reglamentaria que les habían dado.

—¿Y tú, Amanda? ¿Estás bien con esto? No tienes por qué estar aquí si no quieres —dijo Danny, girándose hacia ella mientras permanecía sentada en la mesa de la cocina con aire perdido. Los miembros de la unidad táctica armada de Simon pasaban junto a ella mientras establecían posiciones en la vieja granja para emboscar a los mercenarios de Luka.

—No, estoy bien. Cuanto antes termine esto, antes recuperaré mi vida —respondió, esbozando una sonrisa.

—Bien, intenta relajarte. Dudo que ocurra algo con la luz del día —dijo Danny, devolviéndole la sonrisa.

—Buenos días, caballeros, ¿instalándose bien? —se oyó la voz de Simon mientras entraba en la granja, sacudiéndose la nieve de su gabardina.

—Sí, señor. Tenemos dos en el granero, dos arriba y dos cubriendo las puertas delantera y trasera. También tenemos dos

equipos en la carretera cubriendo los accesos este y oeste —dijo el oficial al mando.

—Bien hecho, ¿ojos y oídos?

—En línea, señor, todas las cámaras corporales activas y conectadas con control, además de cuatro cámaras en la casa y dos en el bosque cubriendo el camino y la parte trasera de la casa.

—Gracias, Sargento —dijo Simon, estrechándole la mano antes de acercarse a Danny.

—¿Todo bien con usted, señor Pearson?

—Fantástico, ¿son buenos sus hombres? —dijo Danny sin rodeos, deslizando la Glock en su chaleco táctico.

—Todos están altamente entrenados, señor Pearson. Si muerden el anzuelo, los atraparemos. No pasarán del Sargento Foster y sus hombres.

—¿Por qué no? Yo podría —dijo Danny, mirando fijamente a Simon.

—Tenga algo de fe, señor Pearson. Todo irá bien. Bueno, debo marcharme —respondió alegremente, ignorando el comentario de Danny.

Lo vieron alejarse en coche a través de la gran ventana de cristales emplomados en forma de rejilla de la granja. La nieve se desprendía del techo de su coche mientras aceleraba por el largo camino hacia la carretera principal.

—Si algo sale mal, nos cubrimos las espaldas y la protegemos a ella —dijo Danny, señalando sutilmente hacia Amanda.

—Entendido —dijeron Smudge y Chaz al unísono.

La mañana dio paso lentamente a la tarde, con el reloj sobre la chimenea arrastrando las manecillas a través de cada larga hora. Cuando el fuego comenzó a menguar, Danny salió al cobertizo de leña. Los bosques que rodeaban la granja ya estaban opresivamente oscuros, con las negras nubes de nieve bloqueando el débil sol invernal. Estaría completamente oscuro en menos de una hora. Recogió unos leños y notó una bombona de gas propano junto a una vieja barbacoa oxidada en la esquina del cobertizo. Un sonido, o tal vez una sensación, hizo que los pelos de la nuca de Danny se erizaran. Soltó los leños, girándose y sacando su Glock en un solo

movimiento fluido. El cañón de su pistola estaba en la cara de uno de los miembros de la unidad táctica antes de que pudiera pestañear.

—¡Eh, tranquilo, estoy de tu lado! —soltó el joven oficial en pánico, la visión del cañón entre sus ojos dejándole clavado en el sitio.

—Si vuelves a acercarte por detrás, chaval, te anuncias, ¿entendido? —dijo Danny con aspereza, su rostro inexpresivo mientras guardaba el arma y recogía los leños para el fuego.

—Sí, señor. Lo siento, señor —dijo, escabulléndose hacia el granero apresuradamente.

—Vaya protección que tenemos, Chaz —dijo Danny hacia las sombras negras como la tinta que se extendían por el lateral de la granja.

—Solo son un poco novatos, tío. Apuesto a que era un estudiante de matrícula en la academia —dijo Chaz, emergiendo silenciosamente de la oscuridad para seguir a Danny hacia la puerta de la granja.

—Qué tranquilizador —refunfuñó Danny.

—Anímate, cabrón gruñón. Creo que te estás volviendo un poco cínico en tu vejez —se rio Chaz, haciendo sonreír a Danny.

—Venga, vamos dentro. Aquí apesta. Creo que tu estudiante modelo acaba de cagarse encima.

Dentro, Smudge estaba hablando con Amanda, una cálida charla trivial para mantenerla tranquila y distraer su mente de los horrores de los últimos días. Para el ojo inexperto parecía relajado, pero Danny y Chaz sabían que estaba alerta, sus ojos solo abandonaban la ventana para reconocerlos cuando entraron en la habitación antes de volver a la vista cada vez más oscura del camino que serpenteaba entre los árboles hacia la carretera más allá.

CUARENTA Y UNO

—Está cayendo fuerte otra vez —dijo el hombre del sargento Foster, sentado en el coche junto a la carretera en la aproximación este a la granja.

—Las noticias dicen que es el peor invierno en diez años —respondió su compañero en el asiento del copiloto.

—Sí, y nosotros tenemos que quedarnos aquí en medio de todo esto por esta misión absurda.

—Bueno, los mandamases parecen creer que hay una amenaza real.

—¿Cuántas otras amenazas reales nos han enviado a investigar que resultaron ser nada? —dijo el conductor, activando el limpiaparabrisas para quitar la nieve del cristal.

—Mmm, buen punto... ¡Uy! ¿Qué es eso? —exclamó mientras un estallido de ruido blanco llenaba su auricular.

—Hola, hola, Mike Uno a base, responda base. Genial, ahora la radio no funciona.

—Dale un minuto. Si no vuelve a funcionar, iremos a la casa a ver qué pasa —dijo, mirando hacia el bosque desde el asiento del copiloto.

La nieve reflejaba la poca luz que había, dando al primer plano un resplandor luminiscente contra la oscuridad absoluta más allá de la línea de árboles. Mientras seguía mirando distraídamente, parpadeó incrédulo; un arbusto cubierto de nieve a pocos metros del coche se desplegó ante sus ojos.

Apenas logró decir: «¿Qué coño?» antes de que Goran levantara un Uzi automático con silenciador de debajo de su traje ghillie de camuflaje nevado, vaciando el cargador sobre los dos agentes en el coche. Avanzó un paso, tiró el cargador vacío al suelo antes de deslizar uno nuevo, mirando a los oficiales muertos con poco interés antes de darse la vuelta.

—La aproximación este está despejada. Venid a por mí —dijo en serbio por su micrófono de garganta.

—La aproximación oeste está despejada —contestó otra voz serbia por el auricular.

—Estamos en camino —respondió Luka sobre el ruido de un motor.

Unos momentos después, una furgoneta Ford Transit blanca apareció en la curva de la carretera y se detuvo junto a Goran. La puerta lateral se abrió, y él subió al lado de otro hombre con un traje ghillie de camuflaje que sostenía un gran dispositivo electrónico en su regazo, con un cable que salía a través de la junta de goma de la puerta trasera hacia una antena magnética en el techo de la furgoneta.

—El inhibidor funciona bien, ¿verdad? —dijo Goran.

—Sí, bloqueará cualquier frecuencia excepto nuestras comunicaciones en un radio de quinientos metros.

—Bien, vamos —dijo Goran, cerrando la puerta lateral.

Condujeron los cien metros hasta donde el camino de tierra se adentraba en el bosque hacia la granja. Una furgoneta que había neutralizado a los hombres del sargento Foster que cubrían la aproximación oeste llegó al mismo tiempo. Luka hizo señales con las luces a la otra furgoneta para que entrara en el camino delante de él, deteniéndose ambos vehículos cuando estaban justo fuera de la vista desde la carretera. Se bajaron y se unieron al pasajero con traje ghillie mientras este salía de la otra furgoneta. Luka pasó junto a él para hablar con el conductor.

—Tan pronto como estemos en posición, te daré la orden. ¿Vale?

—Vale.

Luka se inclinó y miró por encima del asiento a un hombre en la parte trasera. —¿Estáis todos listos?

—Da —fue la respuesta.

Retrocediendo, Luka cerró la puerta del copiloto y giró su dedo en el aire. Los cuatro hombres, apenas visibles con sus trajes de camuflaje, se desplegaron y desaparecieron entre los árboles.

—Comprobación de comunicaciones. Uno.

—Dos.

—Tres.

Las confirmaciones continuaron hasta que escucharon a los seis hombres.

—Las nubes se están despejando, démonos prisa —dijo Luka, mirando hacia arriba a través del dosel de los árboles donde una brillante luna llena asomaba por detrás de las nubes de nieve que se disipaban.

De vuelta en la furgoneta, el conductor la dio la vuelta y retrocedió hacia la granja, deteniéndose mientras aún estaba fuera de la vista entre los árboles. El conductor saltó de la cabina y fue a la parte trasera. Abriendo las puertas de par en par, enganchó un pestillo para evitar que se cerraran de nuevo. Hizo un gesto afirmativo a su camarada en la parte trasera antes de volver a subirse al asiento del conductor.

CUARENTA Y DOS

—Sargento, ¿tiene comunicación? Mi auricular no funciona.

—Mike Uno, Mike Dos, respondan, que todas las unidades informen. No, el mío también está muerto. Comprueba a los hombres de arriba por mí.

—Sí, señor.

Al oír la conversación, Danny y Chaz ya estaban de pie y moviéndose hacia ambos lados del gran ventanal con entramado cruzado de la fachada.

—Amanda, vamos a preparar un té para los chicos —dijo Smudge, sonriendo a Amanda, atrayéndola lejos del frente de la casa. Ella miró nerviosamente a Danny y Chaz, que se acercaban a las ventanas, mientras seguía a Smudge a la cocina.

—¿Ves algo, Chaz?

—Qué va, ¿y tú?

—Todavía no.

—Podría ser solo un fallo en las comunicaciones —dijo Chaz, lanzando a Danny una mirada esperanzada.

—No, la señal del móvil también se ha caído —respondió Danny, mirándole desde su teléfono.

—Mierda, odio cuando me equivoco. Espera, veo movimiento.

El sargento Foster entró apresuradamente en la habitación, seguido por el joven al que Danny había conocido en el cobertizo. Se acercaron a las ventanas, abriéndolas antes de arrodillarse en el suelo y apuntar con sus subfusiles MP5. Un segundo después, la

silueta sombría de una furgoneta Transit apareció, retrocediendo a toda velocidad por el camino de entrada, con la caja de cambios chirriando mientras avanzaba. Podían ver las puertas traseras abiertas, pero la oscuridad absoluta de su interior no revelaba nada sobre su contenido.

Breves ráfagas de fogonazos surgieron de las armas del sargento Foster y su compañero. Más disparos vinieron de los dormitorios de arriba y del granero a la izquierda, iluminando el patio como fuegos artificiales en la noche de hogueras. Las chispas rebotaban en las placas metálicas soldadas en el interior de las puertas traseras abiertas y en algo que ocupaba el centro de la furgoneta. Al retroceder más cerca, la furgoneta entró en el radio de los sensores de los focos, que se encendieron e inundaron el patio con la luz de potentes halógenos de 500 vatios.

—¡Al suelo! —gritó Danny cuando una ametralladora Gatling M134 montada entre dos escudos metálicos apareció dentro de la furgoneta bajo las luces brillantes, sus seis cañones silbando al empezar a girar. Protegido tras los escudos metálicos, el operador llevaba un chaleco antibalas de paneles reforzados, con la cabeza protegida detrás de una máscara antibalas que le cubría toda la cara. Solo sus ojos eran visibles a través de pequeños orificios redondos. Cuando Danny y Chaz se tiraron al suelo, la M134 disparó a razón de 4000 rondas por minuto contra el sargento Foster y el joven que estaba a su lado, lanzándolos hacia atrás dentro de la habitación junto con millones de fragmentos de cristal, madera y trozos de ladrillo, en una ensordecedora ola de destrucción antes de que el operador dirigiera su puntería hacia arriba. Una cascada de madera y trozos de ladrillo llovió frente a la ventana sin cristales del salón como una resplandeciente catarata. Segundos después, el pistolero giró el arma sobre su soporte, destrozando los paneles de madera del granero y a los hombres de Foster en su interior. Danny y Chaz se arrastraron rápidamente por el suelo, recogiendo los MP5 que habían dejado caer el sargento Foster y el hombre a su lado.

—Tengo que cargármelo o seremos patos sentados. Dame un minuto y luego atrae su fuego —dijo Danny, arrastrándose rápidamente hacia la puerta lateral del cobertizo.

—¿Qué? ¿Atraer su fuego? ¿Cómo sugieres que haga eso? —gritó Chaz por encima del ensordecedor tiroteo.

—No lo sé. Cuéntale uno de tus chistes. Eso debería funcionar —le gritó Danny antes de deslizarse por la puerta.

—Muy gracioso. ¿Por qué siempre me toca a mí? —murmuró Chaz para sí mismo, arrastrándose por el suelo hasta el extremo opuesto de la habitación—. Smudge, ¿estáis bien ahí dentro? —gritó Chaz hacia la cocina mientras avanzaba.

—Sí, estamos bien los dos —contestó Smudge a gritos.

—Comprueba la salida trasera. Creo que vamos a tener que largarnos a toda prisa.

—Recibido.

En el exterior, Danny corrió hacia el cobertizo. Moviéndose hacia la parte trasera, cogió la bombona de gas propano junto a la vieja barbacoa y la sacudió. Estaba casi llena. Se acercó a la pila de leña y echó un vistazo a la furgoneta y al pistolero, que seguía disparando contra el piso de arriba y los últimos hombres de Foster. Mirando su reloj, Danny contó hasta llegar al minuto, girando completamente la válvula de la bombona de gas durante los últimos segundos. Al minuto exacto, Chaz disparó una ráfaga rápida, con las balas rebotando en la máscara antibalas del pistolero y haciéndole retroceder. Viendo su oportunidad, Danny cargó hacia delante, balanceando la pesada bombona antes de lanzarla con todas sus fuerzas contra el pistolero. Le alcanzó en el pecho, empujándole hacia un lado antes de estrellarse contra el respaldo del asiento del conductor. Parándose en seco, Danny cambió de dirección, impulsándose hacia atrás con las piernas. Se lanzó detrás de la pila de leña y cayó al suelo justo cuando el pistolero volvió a sujetar la ametralladora Gatling M134 para apretar el gatillo. Cientos de balas hicieron pedazos los troncos al otro lado de Danny, antes de que el fogonazo de las ráfagas encendiera el creciente volumen de gas invisible que llenaba la parte trasera de la furgoneta desde la bombona de propano que silbaba. La bola de fuego expulsó al ardiente pistolero por las puertas traseras antes de hacer estallar las ventanillas delanteras de la furgoneta, abrasando al conductor que gritaba mientras intentaba sin éxito abrir la puerta para salir. Al

cruzar de vuelta hacia la puerta lateral de la granja, Danny divisó a Goran que aparecía cerca del bosque mientras se quitaba su camuflaje ghillie, sus ojos visibles bajo el resplandor de la furgoneta en llamas. Captando más movimiento a la derecha de Goran, Danny vio a los hombres de Luka quitándose sus trajes de camuflaje. Sin dudarlo, Danny embistió la puerta lateral con el hombro, cayendo dentro mientras las balas se incrustaban en el grueso roble por encima de su cabeza.

—Ahí vienen. Es hora de irnos, Chaz —gritó Danny, dirigiéndose a la cocina para unirse a Smudge y Amanda en la puerta trasera.

CUARENTA Y TRES

—Milica, usted y Vesna tomad el frente, Goran y yo rodearemos la parte trasera para cortar la retirada a cualquiera. Matad a todos, sin testigos, sin errores —dijo Luka por el micrófono de garganta.

—Sí, jefe, sin errores —respondió Milica, avanzando con cautela junto a Vesna hacia la puerta principal de la granja.

Luka tomó la delantera, dirigiéndose por detrás del cobertizo hasta la parte trasera de la casa. En el interior, Danny corrió a la cocina y se lanzó bajo el fregadero, cogiendo botellas una tras otra, leyendo las etiquetas y arrojándolas tras de sí hasta que encontró lejía y un limpiador de cocina con amoníaco.

—Comprueba la parte de atrás —gritó a Chaz mientras vaciaba las botellas en una cazuela grande—. Smudge, tú y Amanda dirigíos al límite del bosque. Después cubridnos mientras cruzamos —continuó Danny, lanzando las botellas vacías detrás de él.

—Está despejado —dijo Chaz, mirando por la parte trasera.

—Entendido —dijo Smudge, tomando la mano de Amanda y guiándola hacia fuera—. No te preocupes, cariño, quédate cerca de mí y estaremos bien, pero tenemos que seguir moviéndonos, ¿vale?

—Vale —respondió ella con un gesto afirmativo. Sus ojos lo miraron con confianza antes de que él la guiara hacia el frío cortante para desaparecer en la oscuridad de los árboles. Una vez bajo cubierta, Smudge se giró y silbó la señal de vía libre a Chaz,

moviendo la cabeza de izquierda a derecha al ritmo de su arma, preparado para disparar a cualquier hostil.

—Hora de irnos —dijo Danny, poniendo el fuego de gas al máximo y colocando la cazuela encima antes de salir por la puerta trasera.

—¿Qué pasa con las tareas domésticas? —dijo Chaz cuando alcanzaron a Smudge entre los árboles.

—La lejía y el amoníaco crean cloramina en el mejor de los casos, o hidrazina en el peor. Sea como sea, no querrás estar en esa cocina cuando empiece a hervir. Vamos, si nos dirigimos hacia el sur a través del bosque durante un par de kilómetros, deberíamos llegar a la carretera de Chelmsford.

—Entendido, jefe.

—Smudge, toma la delantera con Amanda. Chaz y yo nos quedaremos atrás para cubrir la retaguardia.

—Entendido, vamos, cuanto antes nos pongamos en marcha, antes te pondremos a salvo y calentita —dijo Smudge, utilizando la luz de la luna que se reflejaba en la nieve entre los árboles para encontrar una ruta entre los troncos y las ramas.

Justo antes de que Smudge estuviera fuera de la vista y del alcance del oído, Chaz lo siguió, girándose después de treinta segundos para arrodillarse, con el ojo pegado a la mira del rifle mientras escaneaba más allá de Danny hacia la luz de la granja en la distancia. Danny lo adelantó para repetir la acción, cubriendo a Chaz treinta segundos más adelante.

De vuelta en la granja, Milica y Vesna se movían rápidamente por las habitaciones, abatiendo al último de los hombres del Sargento Foster mientras se agarraba a la barandilla, intentando bajar las escaleras con heridas de bala en la pierna y el hombro. Siguiendo adelante, entraron en la cocina, demasiado concentrados en neutralizar cualquier amenaza humana como para reparar en el gas nebuloso que llenaba el aire procedente de la lejía y el limpiador con amoníaco que burbujeaba en el fuego. En el instante en que tomaron su primera bocanada, el gas de cloramina les quemó la garganta, incendiando sus pulmones. Al mismo tiempo, les atacó los ojos, haciendo que ardieran y lagrimeasen, convirtiendo su visión en

una neblina borrosa. Milica, al estar más cerca, logró llegar a la puerta trasera, cayendo a cuatro patas en el aire frío de la noche. Luka y Goran se acercaron desde un lado de la granja para verlo vomitar violentamente, tratando desesperadamente de introducir aire en sus dañados pulmones, antes de perder el conocimiento y desplomarse boca abajo en la nieve. Goran pasó por encima de él y miró dentro de la cocina llena de gas. Vesna yacía en el suelo de la cocina, apenas respirando. Goran dejó que su rifle colgara del correaje y sacó su pistola. Sin una palabra o cambio de expresión, disparó dos balas a Vesna antes de girarse y poner una en la nuca de Milica.

—Peso muerto —dijo a Luka.

Sin molestarse en contestar, Luka se agachó y siguió con la mirada las huellas en la nieve mientras desaparecían en el bosque.

—Vamos, terminemos con esto —dijo, echando a andar.

Goran guardó su pistola en la funda y volvió a colgarse el rifle antes de seguir a Luka hacia la oscuridad de los árboles.

—Separémonos veinte metros. Les flanqueamos y luego les abatimos —susurró Luka por el micrófono de garganta.

—Vale —respondió Goran, desplazándose hacia la izquierda antes de erguirse y moverse rápidamente entre los árboles.

Cien metros más adelante, en lo profundo del bosque, Danny y Chaz habían dejado de relevarse y cubrirse para avanzar a paso rápido y alcanzar a Smudge y Amanda. Se detenían de vez en cuando, inmóviles, apenas respirando mientras luchaban contra el impulso de temblar por el frío, escuchando el más leve sonido de crujidos o ramas quebrándose que pudiera indicar que alguien les seguía. Cuando no percibían nada, continuaban avanzando, alcanzando la siguiente posición de parada para girarse y mirar fijamente en la oscuridad una vez más, escuchando cualquier sonido que indicara que alguien se acercaba.

—Algo no cuadra. ¿Crees que se habrían tomado tantas molestias para luego no seguirnos mientras escapamos? —susurró Danny a Chaz.

—Quizás no han descubierto por dónde nos hemos ido —dijo Chaz sin convicción.

Danny le dirigió una mirada que lo decía todo.

—Vale, comentario estúpido, entonces ¿dónde están?

—¿Dónde estarías tú? —dijo Danny, agachándose lentamente para mirar hacia su derecha.

—Me abriría y os flanquearía, antes de abatiros en una zona de muerte —dijo Chaz, agachándose para mirar hacia la izquierda.

Al verlos agacharse, Smudge se llevó los dedos a los labios indicando a Amanda que guardara silencio y señaló hacia abajo mientras ambos se tumbaban en el suelo, protegiéndose tras los troncos de los árboles.

—Vale, ¿dónde demonios estáis? —susurró Chaz.

—Smudge, llévate a Amanda. Id treinta metros hacia delante y disparad dos ráfagas cortas, luego buscad cobertura —susurró Danny, entregando a Smudge la metralleta.

—¿No la quieres tú? —preguntó Smudge.

—Qué va, hay demasiados árboles. Esto requiere combate cercano —dijo Danny, sacando la Glock de su funda.

—De acuerdo. Amanda, toma esto, el seguro está quitado. Si alguien que no seamos Danny o yo aparece por esos bosques, aprieta el gatillo, ¿vale? —dijo Chaz, entregándole su MP5 y sacando su propia pistola.

—Ahora id, Smudge, atráelos y nosotros nos ocuparemos de ellos —dijo Danny.

CUARENTA Y CUATRO

A Smudge y Amanda les llevó casi tres minutos avanzar treinta metros, tanteando entre las ramas de los árboles, arbustos y zarzas. Danny se desplazó hacia la derecha, ignorando lo que tenía detrás. Chaz cubría esa zona. Se movió lentamente, probando el terreno a cada paso para minimizar el ruido, con la cabeza siempre nivelada, buscando el más mínimo movimiento. Se agachó y hundió las manos en la nieve hasta el barro que había debajo, arrancando grumos de barro helado y embadurnándose la cara y la ropa antes de continuar, invisible en la oscuridad. Dos ráfagas de disparos llenaron el aire cuando Smudge alcanzó su posición, rompiendo el tenso silencio y provocando que los pájaros asustados aletearan y graznaran mientras huían aterrorizados.

Ahí estás.

Una pequeña silueta negra se movía con agilidad de árbol en árbol en el borde del bosque, deteniéndose tras cada uno antes de continuar. La luz plateada de la luna se reflejaba en el campo cubierto de nieve más allá del bosque, revelando su contorno mientras se dirigía hacia los disparos de Smudge. Al sacar su Glock de la funda, Danny notó algo metálico y afilado. Pasó el dedo por una profunda muesca en el lateral del arma, y al examinarla más confirmó sus temores. Una bala perdida había alcanzado la pistola en su funda, atascando la corredera y dejando el arma inservible.

Muy a la izquierda, Chaz avanzaba hacia el exterior. El bosque era más denso y oscuro en este lado, obligando a Chaz a moverse

distancias cortas antes de detenerse y examinar las formas grises monocromáticas en la oscuridad, escuchando los sonidos delatores de movimiento.

¿Dónde demonios estás?

Justo cuando pensaba que no había nadie por allí, escuchó el leve crujido de ramitas rompiéndose bajo unos pies en algún lugar detrás de él.

¡Mierda, me ha estado siguiendo!

Chaz rodó hacia el otro lado del tronco del árbol, pegándose a él lateralmente, minimizando cualquier protuberancia a ambos lados cuando Goran abrió fuego con su rifle automático. La corteza, las astillas y las balas se fragmentaban, volando a ambos lados de la cabeza de Chaz mientras luchaba contra la reacción natural de estremecerse, moverse o correr. En el segundo que oyó el clic del rifle vacío de Goran, Chaz giró alrededor del tronco acribillado, con su pistola en alto y disparando en la oscuridad mientras intentaba acertar el tiro mortal a Goran. Los fogonazos de los disparos y las balas silbaban desde la oscuridad mientras ambos hombres se movían silenciosamente entre los árboles en un mortífero juego del gato y el ratón. Nuevamente fogonazos, a diez metros a la izquierda de la última posición, apuntando en la misma dirección que antes. Solo que esta vez, Chaz no estaba allí. Se había desplazado a un lado, esperando su momento. Fijándose en su objetivo, Chaz disparó sus últimas balas. Oyó un gruñido y el crujido de ramitas cuando algo pesado golpeó el suelo. Sin detenerse, Chaz había soltado la pistola y cargado a toda velocidad a través de la corta distancia, lanzándose sobre Goran cuando este intentaba alcanzar su pistola caída con la mano izquierda, mientras su brazo derecho yacía inútil a su lado, sangrando por la bala de Chaz que había partido en dos su radio al atravesarle el hombro. Chaz le propinó un puñetazo en su ya dolorosamente rota nariz antes de agarrar el arma y empujarla bajo la barbilla de Goran.

—Vamos, hazlo de una puta vez, cabrón —escupió Goran en un inglés roto y lleno de odio, mostrando los dientes con los ojos ardiendo en la oscuridad.

—Oh no, colega, no te vas a librar tan fácilmente —dijo Chaz, apartando el arma hacia un lado antes de golpear con fuerza la sien de Goran, dejándolo inconsciente.

***

Al otro lado del bosque, Luka se quedó paralizado al oír los disparos.

—Goran, responde.

—Tengo a uno de ellos acorralado —se oyó la voz de Goran por el auricular.

—Mátalo y continúa tras la chica.

—Da.

Adentrándose más en el bosque, Luka volvió por donde había venido. Sabía que Danny estaba ahí fuera. Se había acercado al borde del bosque a propósito, sabiendo que la luz reflejada en la nieve del suelo más allá del bosque le iluminaría mientras se movía de árbol en árbol. Con el rifle colgado a la espalda, Luka desenvainó el cuchillo de caza de su padre y se movió silenciosamente hacia el último lugar donde había visto la silueta sombría de Danny siguiéndole. Su auricular emitió un fuerte crujido mientras miraba entre las hojas perennes de un acebo, siguiendo el contorno de Danny que se movía detrás del tronco de un gran árbol a pocos metros delante de él.

—Goran, responde —susurró.

Al no obtener respuesta, se sacó el auricular de la oreja y se acercó al árbol, con la parte superior del cuerpo tensa, listo para apuñalar y cortar, las piernas flexionadas, pisando con cuidado. Cuando estuvo a pocos pasos, inhaló profundamente, exhaló y liberó toda la potencia de sus piernas en un movimiento relámpago alrededor del árbol, apuñalando el aire vacío donde Danny debería haber estado. La confusión apenas cruzó su rostro durante un segundo. Pegó la espalda contra el árbol y buscó movimiento en la grisácea penumbra frente a él. Unas hojas cayeron sobre su cabeza, haciéndole mirar hacia arriba mientras le rozaban la cara en su

descenso hacia el suelo. Dos ojos y unos dientes apretados aparecieron en la oscuridad sobre él cuando Danny abrió los ojos y se dejó caer desde arriba, agarrando la muñeca de Luka para mantener el cuchillo alejado mientras aplastaba a Luka contra el suelo.

Antes de que su espalda se hundiera en la nieve, Luka ya estaba a la defensiva, golpeando a Danny en el costado y lanzando la cabeza hacia delante en un intento de propinarle un cabezazo. Aguantando el golpe en los riñones, Danny esquivó el cabezazo y golpeó repetidamente el dorso de la mano de Luka contra el tronco del árbol hasta que el cuchillo salió volando hacia la maleza. Otro doloroso golpe alcanzó a Danny en el costado antes de que Luka levantara la rodilla con tal fuerza que lo derribó.

Sin aliento, Danny se puso en pie, al igual que Luka. Los dos hombres se enfrentaron en la oscuridad, la luz de la luna haciendo visible el blanco de sus ojos mientras se fijaban el uno en el otro en una intensa mirada. Luka inmediatamente hizo girar el rifle que llevaba a la espalda, sus dedos cubiertos de nieve tratando torpemente de agarrarlo y encontrar el gatillo. Danny se lanzó hacia delante, placando a Luka como en el rugby, enviando a ambos a estrellarse a través de los arbustos y fuera del bosque, cayendo sobre una superficie plana cubierta de nieve.

Un momento de confusión atravesó sus mentes, ya que la superficie que golpearon era dura como el hormigón bajo la fina capa de nieve. El rifle repiqueteó mientras ambos hombres se separaban deslizándose. La comprensión de que estaban tumbados sobre un lago congelado les golpeó al mismo tiempo. Se pusieron en pie de un salto, sus pies resbalando mientras se mantenían inestables frente a frente, ambos con rostros pétreos y miradas asesinas clavadas el uno en el otro. Los dos tenían que creer que eran mejores que su adversario; si no lo creían, ya estaban muertos.

CUARENTA Y CINCO

Las unidades armadas se aproximaron a la granja en masa, precipitándose más allá de la furgoneta en llamas en el patio antes de irrumpir en la casa y el granero en formaciones bien ensayadas.

—Salón despejado, dos hombres abatidos, sin rastro de Pearson ni de los demás.

—Afirmativo.

—Primera planta despejada, tres hombres abatidos aquí arriba, más uno en las escaleras, sin rastro de Pearson ni de los demás.

—Todas las unidades manténganse alejadas de la cocina. Dos hostiles muertos y algún tipo de gas tóxico procedente de una cacerola en la vitrocerámica. Hobbs va a entrar con máscara de gas para aislar la fuente.

Las comunicaciones por radio continuaron hasta que la propiedad fue registrada, asegurada y notificada. Menos de un minuto después, los vehículos inundaron el patio, desplegándose y deteniéndose en seco. El conductor de Simon saltó y se arrastró por la nieve para abrirle la puerta. Simon salió, su rostro carente de su habitual expresión jovial mientras entraba decidido en la granja.

—¿Estado?

—La unidad del sargento Foster está completamente aniquilada, señor. Hemos encontrado múltiples huellas que se dirigen hacia los árboles desde la parte trasera de la casa.

—Gracias, teniente. ¿Con qué rapidez podemos conseguir un helicóptero aquí, con cámaras térmicas completas? —preguntó

Simon, arrugando la nariz ante los ligeros restos de gas de la cacerola donde se había evaporado la mezcla de lejía y limpiador a base de amoníaco.

—Ya está en camino, señor. Tiempo estimado de llegada: seis minutos.

—Gracias, teniente. Proceda con la búsqueda en cuanto llegue —dijo Simon, deteniéndose ante el cuerpo acribillado del sargento Foster en el suelo del salón. Su rostro destelló con ira por un momento antes de reprimirla y recuperar la compostura.

—Sí, señor —respondió el teniente, abandonando la habitación para organizar a sus hombres.

Simon salió de la casa al patio. Miró la furgoneta en llamas con la carbonizada ametralladora Gatling M134 montada en la parte trasera antes de llevarse el teléfono a la oreja, girándose para contemplar la devastación mientras sonaba.

—Jenkins.

—Edward, diría buenas noches, pero no tienen nada de buenas. Picaron el anzuelo como esperábamos, pero aparecieron con fuerza. Esto parece una zona de guerra. Todos los hombres del sargento Foster están muertos —dijo Simon, con un tono inusualmente melancólico.

—Ya veo. ¿Qué hay de Daniel, sus hombres y la señorita Wallace?

—Aún no estamos seguros. Tengo apoyo aéreo con cámara térmica en camino para rastrear los bosques circundantes.

—Crucemos los dedos. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Retirar a Hake y Utting, mantenerlos aislados, sin llamadas telefónicas, sin contacto con el mundo exterior. No quiero que Montgomery o Benedict sepan que los tenemos. Necesito más información sobre Arthur Montgomery antes de ver al primer ministro, porque voy a necesitar su aprobación antes de detenerle. Con las conexiones de Montgomery, vamos a necesitar algo más que unas cuantas llamadas telefónicas circunstanciales para retenerlo. Todavía no tenemos nada que conecte a Vincent Benedict con Arthur Montgomery o que demuestre que es el Lobo.

—Pondré a todo el mundo a trabajar en ello: movimientos, finanzas, viejas relaciones, exempleados. Tiene que haber un

eslabón débil, siempre lo hay —dijo Edward.

—Gracias, Edward. Agradezco tu apoyo como siempre. Te llamaré en cuanto tenga noticias —dijo Simon, finalizando la llamada y guardando el teléfono antes de mirar hacia el cielo nocturno, donde el distante batir de las aspas anunciaba la llegada del helicóptero.

CUARENTA Y SEIS

Fuertes crujidos y chasquidos reverberaban a través del hielo bajo sus pies. Los ojos de Danny y Luka se desviaron el uno del otro hacia el rifle que yacía más cerca del centro del lago. Volvieron a mirarse una fracción de segundo después, cada uno leyendo el lenguaje corporal del otro, notando la tensión en las piernas y las respiraciones profundas. Como impulsados por una pistola de salida, ambos hombres estallaron en una carrera, sus pies resbalando mientras luchaban por conseguir agarre en la precipitada carrera por el rifle. El hielo produjo una cacofonía de crujidos, estallidos y chasquidos mientras protestaba por el peso que golpeaba su superficie. Al ser más pequeño y ligero que Danny, Luka alcanzó el arma primero, deslizándose sobre una rodilla para recogerla antes que él. La mano de Danny agarró el cañón mientras giraba sobre el hielo, empujándolo hacia el cielo cuando el arma destelló y las balas silbaron hacia el cielo nocturno.

Mientras ambos seguían aferrando el rifle, continuaron golpeándose, dándose rodillazos y patadas. Danny tiró del rifle hacia abajo en dirección al suelo, forzando el dedo de Luka sobre el gatillo y enviando balas que se incrustaron profundamente en el hielo. Solo cuando el cargador se vació y el silencio regresó, ambos hombres se quedaron inmóviles, aún agarrándose fuertemente uno al otro, clavados al lugar por el creciente sonido de crujidos que se extendía desde sus pies. Sus ojos se movieron rápidamente hacia el hielo y

de vuelta el uno al otro una fracción de segundo antes de caer como piedras en las gélidas aguas que había debajo.

Mientras el rifle desaparecía bajo ellos, Danny luchó contra el shock del agua fría. En lugar de entrar en pánico y buscar la superficie, dio una patada contra Luka, empujándolo más profundo antes de nadar hacia el agujero iluminado por la luna en el hielo sobre él. Cuando sus dedos sintieron el frío aire nocturno, un brazo se enroscó alrededor de su cuello, arrastrándolo de vuelta hacia abajo.

Luka lo agarró como una tenaza, golpeándolo en las costillas con la otra mano para forzar la salida del aire y ahogarlo, antes de que sus propios pulmones ardientes le obligaran a romper hacia la superficie. Su plan estaba funcionando; la cabeza de Danny daba vueltas y sus pulmones ardían por falta de aire. Clavó los codos hacia atrás en el torso de Luka una y otra vez, sin éxito. Con el punto de desmayo acercándose rápidamente, Danny movió ambos brazos hacia arriba y detrás de él y entrelazó sus dedos alrededor de la nuca de Luka. Tanteando con los pulgares, encontró los puntos de presión en la parte superior de la mandíbula y justo debajo de las orejas. Danny presionó con sus pulgares con todas sus fuerzas, haciendo que Luka se agitara y sacudiera por el intenso dolor. Continuó manteniendo el agarre alrededor del cuello de Danny durante unos segundos más antes de que el dolor le obligara a soltarlo. Al liberarse, Danny giró y empujó a Luka con una patada, viendo cómo las burbujas brotaban del grito silencioso de Luka mientras se llevaba las manos a las orejas y se hundía fuera de la vista, tragado por la negrura tintada.

Una oleada de pánico golpeó a Danny mientras nadaba hacia arriba y chocaba contra el hielo sólido. Golpeó la parte inferior con las palmas, buscando desesperadamente la salida. Su cuerpo empezó a convulsionar mientras los últimos restos de aire abandonaban sus pulmones. Los ojos de Danny se pusieron en blanco. Un entumecimiento más allá del frío se apoderó de él mientras la calma lo inundaba. En algún lugar, en lo que quedaba de su consciencia, escuchó disparos y golpes. Chaz sacó a Danny por el agujero que había disparado y perforado frenéticamente con el talón

de su bota. Lo arrastró por el hielo agarrándolo por los brazos, dejándolo a salvo en la orilla. Al no encontrar pulso, Chaz comenzó la RCP. El fuerte batir de las aspas del helicóptero lo ensordecía mientras aparecía por encima del bosque, su potente luz de búsqueda rodeando a Chaz mientras trabajaba sobre el pecho de Danny.

—Vamos, cabrón testarudo, respira —gritó Chaz por encima del ruido mientras continuaba con la RCP.

Como si alguien hubiera encendido un interruptor, Danny se sacudió, escupiendo un bocado de agua, antes de aspirar una enorme bocanada de aire mientras los hombres de Simon emergían del bosque y corrían hacia él.

—Está bien, está respirando —gritó Chaz, poniendo a Danny de lado en posición de recuperación mientras seguía respirando, tosiendo y farfullando antes de finalmente vomitar. Después de un minuto, encontró la fuerza para incorporarse y sentarse. Mirando fijamente al lago, temblando incontrolablemente mientras sus ojos buscaban cualquier señal de Luka.

Estaba demasiado oscuro para ver el otro lado del lago y las huellas que conducían hacia el bosque. Tampoco podía ver los ojos llenos de odio de Luka observándole desde detrás de la línea de árboles. Abrió la cremallera del bolsillo de su empapado chaleco táctico y sacó un teléfono, agradecido por su resistencia al agua mientras cobraba vida en sus manos temblorosas.

—Soy yo, dijiste que te llamara si las cosas no salían según lo planeado. Pues no han salido según lo planeado.

—¿Dónde estás?

—En el bosque detrás de la granja. Hay una carretera a unos tres kilómetros al sur de aquí. Estate allí —dijo Luka, temblando incontrolablemente.

—Vale.

—Trae ropa seca y date prisa antes de que me muera de frío.

—Voy para allá.

La llamada se cortó. Luka observó cómo el helicóptero se alejaba hacia el otro lado del bosque. Antes de marcharse, tenía que hacer una cosa. Rodeó el lago bajo la protección de los árboles hasta

llegar al punto donde él y Danny habían atravesado el seto hasta caer en el lago. Poniéndose de rodillas, palpó entre la nieve removida hasta que sus dedos tocaron el cuchillo de caza de su padre. «Te prometo que verás su sangre», susurró para sí mismo antes de deslizarlo de nuevo en su funda.

Luka se alejó a paso rápido. Primero, para poner distancia entre él y el lago, y segundo, para hacer circular la sangre y recuperar algo de calor en su cuerpo. Se dirigió hacia el sur tan rápido como pudo, deteniéndose solo para enterrarse bajo la nieve cuando el helicóptero sobrevolaba la zona, mientras su cámara térmica no lograba detectar su firma de calor bajo la capa helada. Una vez que lo oyó alejarse, Luka se quitó la nieve de encima y se dirigió a la carretera. Después de cinco minutos helados escondido en el seto, las luces de un coche aparecieron en la distancia. Se detuvo donde estaba y parpadeó las luces dos veces. Luka salió del seto y se quedó de pie frente al vehículo hasta que este se acercó a él.

—Llegas tarde —dijo Luka, lanzando su cuchillo sobre el asiento del pasajero y quitándose la ropa empapada para ponerse la seca antes de entrar en el coche.

—Me detuve por el camino. Pensé que agradecerías uno de estos —dijo Vincent Benedict, pasándole a Luka uno de los cafés con leche calientes del portavasos en la consola central.

Luka lo tomó sin responder, inclinando la taza con sus manos temblorosas para tragarse el café caliente.

—Necesitamos acelerar las cosas. La esperanza de contención se ha perdido. Es hora de limitar los daños y preservarnos antes de que tengan tiempo de adelantarse a nosotros —dijo Vincent, acelerando el potente coche por la carretera.

—¿Y después de que haga esto?

—Nuestro negocio habrá concluido, y tu cuenta será acreditada con la suma acordada.

—¿Y tú?

—Las contingencias están preparadas. Es hora de partir hacia nuevos horizontes. Tengo un puesto para un hombre como tú, si te interesa.

—Terminemos nuestro asunto actual, luego hablamos. Ahora sube la calefacción, me estoy congelando.

CUARENTA Y SIETE

La limpieza en la granja afectó la moral de todos. Se llevaron a Goran con escolta armada esta vez, mientras Simon dirigía a sus hombres con profesionalidad sombría. Un equipo registró los bosques mientras otro retiraba los cuerpos de la granja, colocando las bolsas negras para cadáveres en discretas furgonetas forenses.

Estaba amaneciendo cuando Danny y los demás regresaron a la casa en Muswell Hill. Aparte de estar agradecidos por seguir vivos, nadie tenía ánimos para conversaciones ligeras, optando por irse a la cama. Danny se quitó las mantas con las que le habían envuelto desde que le sacaron del lago y se metió en la ducha. La puso a la temperatura más caliente que pudo soportar, hasta que el olor a agua estancada y el frío que sentía hasta los huesos desaparecieron de su cuerpo. Con la mente y el cuerpo exhaustos, se metió en la cama de campaña y se quedó dormido en cuestión de minutos. Abrió los ojos de golpe y se incorporó sobresaltado unos minutos después, mirando la luz del día que se filtraba por las cortinas. Miró su reloj confundido, dándose cuenta finalmente de que no habían pasado minutos, sino que eran más de las once de la mañana siguiente. Pasándose las manos por su rebelde melena, se vistió y bajó a la cocina.

—Vaya, atención todos, la Bella Durmiente ha despertado —dijo Smudge cuando Danny entró.

Amanda y Chaz giraron la cabeza desde la mesa para mirarle.

—¿Qué hay, chicos? ¿Alguien quiere uno? —dijo Danny, dirigiéndose a la cafetera.

Smudge y Amanda levantaron sus tazas de café ya llenas y negaron con la cabeza mientras Chaz se levantaba y se unía a Danny.

—¿Estás bien, tío? Por un momento pensé que te había perdido —dijo Chaz en voz baja.

—Tú y yo ambos, colega. Gracias por estar ahí.

—No lo menciones. No podía dejarte que me dejaras solo con Fergus y el cabeza de chorlito ese de allí, ¿verdad? —dijo Chaz con una sonrisa.

—Eh, he oído eso —refunfuñó Smudge desde su silla.

—¿Y qué ha estado pasando por aquí? —preguntó Danny.

—Te has perdido toda la emoción mientras dormías. Después del desastroso caos de ayer, Simon y Edward tuvieron a todo el mundo despierto toda la noche investigando a Arthur Montgomery y Vincent Benedict. Hacia las ocho de esta mañana, el equipo de Edward encontró grabaciones de CCTV del Bentley de Montgomery entrando en un aparcamiento del norte de Londres la noche que dispararon a Fergus. Cinco minutos después, el mismo Audi Q7 que usaron para sacar al tipo del hospital entró en el aparcamiento. Aparcaron en una zona no cubierta por las cámaras del parking, pero lo que no sabían es que hay una nueva cámara de alta definición montada en un edificio de una sociedad financiera al otro lado de la calle. Tiene una vista parcial del aparcamiento y su resolución 4k es tan buena que los hombres de Edward ampliaron y mejoraron la imagen lo suficiente para ver a los dos mercenarios del hospital parando junto al Bentley de Montgomery. El conductor baja la ventanilla y le entrega a Montgomery el bolso de Amanda del viejo almacén. Incluso se ve a Montgomery sacando las fotos y el cuaderno del bolso antes de encender la luz interior para echarles un buen vistazo. Poco después, ambos vehículos se marchan. Debido a la delicadeza del asunto, con Montgomery siendo asesor gubernamental y Vincent Benedict a punto de ser nombrado Ministro de Exteriores, Simon se marchó temprano para conseguir la aprobación del Primer Ministro para detenerlos.

—Sí, deben estar deteniendo a Montgomery ahora mismo —añadió Smudge.

—Bien, ¿y qué hay de Vincent Benedict?

—Todavía no han encontrado nada sobre él, pero siguen investigando. De todos modos, una vez que tengan a Montgomery, podrán presionarle para que suelte todo lo que sabe sobre Benedict.

—Esperemos que sí. ¿Y qué pasa con el tipo al que te cargaste en el bosque y su colega del lago? —le dijo Danny a Chaz.

—Le han identificado como Goran Petrovic, ex Fuerzas Especiales serbias. Es un mercenario buscado por la Interpol en tres países. Un cabrón duro, con los labios más sellados que el culo de un pato. No van a sacarle nada. La Interpol cree que tu amigo del lago es su antiguo comandante, Luka Horvat. Podrán confirmarlo cuando los submarinistas encuentren el cadáver.

—Unos segundos más bajo el hielo y hubieran estado buscando mi cuerpo también. Al menos parece que estamos más cerca de volver a casa y olvidarnos de toda esta mierda —dijo Danny, apurando su taza.

—Amén a eso, aunque Ferg probablemente diría que le gustarían unas semanas más en el hospital lejos de Gaynor y los niños —dijo Smudge, riendo, antes de girarse para dar una sonrisa tranquilizadora y un guiño a Amanda.

Ella le devolvió la sonrisa, mirándole cálidamente a los ojos mientras ponía su mano sobre la pierna de él, algo que no pasó desapercibido para Danny y Chaz, que se miraron con las cejas levantadas.

—Amanda y Smudge, esa no la vi venir —dijo Danny, observando cómo Smudge ponía su mano sobre la de ella.

—Yo tampoco, debe ser por su ingeniosa conversación intelectual —dijo Chaz con una amplia sonrisa.

Los dos se volvieron al ver entrar a Whiskins en la habitación.

—Hola chicos, acaba de llamar el jefe. Han detenido a Arthur Montgomery y según la vigilancia, Vincent Benedict salió del país en su yate en las primeras horas de esta mañana. Así que ya no hay motivo para que sigáis aquí. Si queréis recoger vuestras cosas, Harrison os llevará a todos a casa.

—Me parece perfecto —dijo Danny, apurando su taza.

CUARENTA Y OCHO

Tras salir de la reunión con la aprobación del Primer Ministro, Simon lideró tres coches a través de Londres hasta la mansión de seis dormitorios de Arthur Montgomery en la opulenta zona de St John's Wood. Sin distintivos, luces ni sirenas, los vehículos se detuvieron en la calle frente a la impresionante propiedad. Una docena de agentes del MI5 vestidos de traje salieron y siguieron a Simon hasta las verjas cerradas. El Bentley de Montgomery estaba aparcado en la entrada. Simon pulsó el botón del intercomunicador en la columna junto a la verja y esperó pacientemente una respuesta. Al no obtenerla, hizo un gesto a uno de sus hombres, quien utilizó un escáner de frecuencia hasta que las verjas respondieron y se abrieron suavemente hacia dentro. Los hombres entraron delante de Simon, dirigiéndose hacia la puerta principal, no corriendo sino caminando rápido con determinación. Los dos más cercanos al Bentley señalaron la ventanilla del conductor reventada en el lado opuesto. Una mirada más cercana reveló al conductor de Montgomery tendido sobre los asientos delanteros, con un pulcro agujero en la sien por donde había entrado una bala y un cráter en el otro lado por donde había salido, cubriendo el suave interior de cuero color crema con sangre, huesos y fragmentos de cerebro. Simon se acercó y tocó la mano del conductor. Todavía estaba caliente y la sangre aún no había comenzado a oxidarse adquiriendo un tono marrón rojizo.

—Es reciente. Podrían seguir aquí.

La actitud de sus hombres cambió al instante. Desenfundaron las armas, los cuerpos se apartaron de las ventanas y las espaldas se deslizaron contra la mampostería de la casa mientras se acercaban a la puerta principal en una formación bien ensayada.

***

—¿Estáis listos, chicos? —dijo Harrison, haciendo girar un juego de llaves del coche por el llavero.

—Sí, listos para irnos —respondió Danny, agarrando su vieja bolsa de equipo, seguido de cerca por Chaz, Smudge y Amanda.

Se subieron al Land Rover de la empresa y salieron suavemente por las verjas automáticas. Whiskins los vio marcharse en el monitor interior. Pulsó el botón para cerrar la verja tras ellos y cogió su móvil. Escribió rápidamente, pulsó enviar y regresó a su escritorio para revisar más datos sobre Arthur Montgomery. De vuelta en el coche, Chaz se inclinó hacia delante en su asiento al ver una estación de metro cercana.

—En realidad, déjame aquí, Harrison. Creo que cogeré el metro y veré cómo está Fergus.

—Dile a Sicknote que iré a verlo mañana —dijo Danny, mientras Chaz salía del coche.

—Sí, lo mismo digo —gritó Smudge tras él.

—Vale, y Amanda, encantado de conocerte. No te creas ni una palabra de lo que salga de la boca de Smudge, ¿vale? —añadió Chaz con una sonrisa.

—Vale, adiós Chaz —respondió ella con la primera sonrisa relajada que él había visto desde que comenzó toda esta pesadilla.

—Bien, siguiente parada... tu casa —le dijo Harrison a Danny, reincorporándose al tráfico.

***

—A LA DE TRES, uno, dos, tres. ¡Vamos, vamos, vamos!

Dos de los agentes de Simon balancearon un ariete contra la cerradura de la puerta principal, haciéndola saltar hacia dentro en una lluvia de astillas del marco. Al mismo tiempo, un agente disparó a la puerta corredera de cristal reforzado en la parte trasera de la casa, haciendo añicos los paneles gemelos en un millón de cristales. Se apartó para dejar entrar a un equipo de cuatro hombres a través del marco vacío. Con otro equipo de cuatro hombres entrando por el frente, se dividieron en parejas, comunicándose con calma mientras despejaban una habitación tras otra.

Desde fuera, Simon escuchó por su auricular: «Sospechoso encontrado en el despacho de la planta baja, muerto al llegar, herida de bala en la cabeza».

—Mierda —se dijo a sí mismo sin intentar entrar en la casa. No tenía sentido, no habría evidencia. Quien hubiera hecho esto ya se habría marchado hace tiempo. Dando la espalda a la casa, sacó su móvil y llamó a Edward.

—Simon.

—Montgomery está muerto, un disparo en la cabeza.

—Cristo, eso va a provocar muchas preguntas incómodas en el gabinete.

—Ese es el menor de mis problemas. ¿Qué has sacado de Hake y Utting? —preguntó Simon, cambiando de tema.

—Siguen siendo reservados, esperando un trato. Lo que está claro es que no saben nada sobre Vincent Benedict. Montgomery era su único punto de contacto.

—Vale, sigue presionándolos, volveré pronto.

—Ah, solo una cosa más —dijo Edward antes de que Simon pudiera colgar.

—¿Sí?

—Es algo desconcertante. Tanto Hake como Utting juran por lo más sagrado que no le dieron a Montgomery la dirección de la

granja. Dicen que Montgomery eliminó el número de contacto antes de que se enteraran. Nunca les envió un nuevo número.

—Entonces, ¿cómo sabían dónde estaba y cómo sabían qué personal necesitaban para atacarla? —dijo Simon, más procesando la información mentalmente que preguntándole a Edward.

—¿Quién más lo sabía? —respondió Edward.

—Nadie, solo tú y yo, y mi equipo en la casa. Dios mío, uno del equipo está trabajando para ellos. Encuéntrame en la casa, llamaré antes. Nadie sale hasta que yo llegue.

—Vale, voy para allá —dijo Edward, colgando.

Simon volvió a llamar inmediatamente a la casa en Muswell Hill.

—Señor.

—¿Quién es?

—Whiskins, señor.

—Whiskins, ¿está todo el mundo de vuelta en la casa?

—Sí señor, todos han vuelto.

—Bien.

—Excepto Harrison, está llevando a la señorita Wallace y al grupo del señor Pearson a casa, según sus instrucciones.

—¿Qué quiere decir con según mis instrucciones?

—Eh, Harrison dijo que usted llamó para decir que Montgomery había sido arrestado y que Vincent Benedict había huido del país, así que no los necesitaban. Cogió el Land Rover para llevarlos a casa.

—Jesús, es Harrison. Localiza la posición del rastreador del Land Rover. Harrison podría estar conduciéndolos a una trampa.

—Un momento —dijo Whiskins, sus dedos bailando por el teclado para mostrar la ubicación del vehículo—. Esto no puede ser correcto.

—¿Qué ocurre, Whiskins?

—Ubicación no encontrada. Se vio por última vez aquí a las diez y cuarto esta mañana —dijo Whiskins, inclinándose para abrir el cajón del escritorio de Harrison—. Señor, acabo de encontrar el rastreador del vehículo en el cajón del escritorio de Harrison.

—Cristo, poned a todo el mundo a revisar cámaras de tráfico y luego introduzca la matrícula en el sistema ANPR. Llamaré a Pearson para intentar avisarle.

—Sí señor —dijo Whiskins, colgando el teléfono. Un atisbo de sonrisa cruzó su rostro antes de ponerse serio y dirigirse al equipo—. Escuchad, el jefe quiere que encontremos a Harrison. Es posible que esté trabajando para el enemigo y llevando a Pearson y a los demás a una trampa. Tenemos que encontrarle y encontrarle ya.

Las caras sorprendidas del equipo volvieron al modo de trabajo mientras se lanzaban a los ordenadores y comenzaban a buscar el coche que Harrison se había llevado.

CUARENTA Y NUEVE

Harrison aparcó con suavidad frente a la casa de Danny en Walthamstow. Danny la miró pensando en darse un baño caliente para librarse de los escalofríos ocasionales que aún sentía tras casi ahogarse en el lago, un cambio de ropa cálida, posiblemente seguido de una cerveza, televisión y una siesta en el sofá. También tenía muchas ganas de hablar con su novia, Nikki, que estaba en Australia.

—Gracias, Harrison —dijo, girándose en el asiento para mirar a Smudge y Amanda en la parte trasera. Estaban sentados muy juntos, con la mano de Amanda apoyada en el muslo de Smudge—. Divertíos, chicos. Te llamaré mañana para visitar a Fergus, Smudge.

—Vale, jefe —dijo Smudge con una sonrisa.

—Adiós, Danny, y gracias por todo —dijo Amanda.

Danny simplemente sonrió, cogió su bolsa y salió del vehículo. Se alegraba por Smudge. Todavía sonriendo, dio los dos pasos que separaban la acera del camino embaldosado que conducía a su puerta principal. En cuanto su pie tocó el suelo, su sonrisa desapareció. Los pelos de la nuca se le pusieron de punta. Algo en su subconsciente activó una alarma. Podía oír un coche acercándose al Range Rover. Al girarse, sus ojos se encontraron con los de Luka en el asiento del copiloto, con el brazo colgando por la ventanilla y sosteniendo algo oscuro y con forma de disco. Danny miró rápidamente al conductor, captando la sonrisa de un millón de dólares de Vincent Benedict, el Lobo.

Todo esto ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Para cuando Danny logró dar un paso hacia atrás, el coche pasó volando junto al Land Rover. Luka estiró el brazo cuando estuvieron a la par, dejando que la potente atracción magnética del artefacto explosivo se adhiriera al Land Rover con un sonoro chasquido. Danny se fijó en las caras confusas de Harrison y Amanda mientras intentaban procesar por qué se precipitaba de vuelta hacia el coche y qué era ese fuerte ruido metálico en el lado opuesto del vehículo. Smudge supo que algo iba mal. Instintivamente se desabrochó el cinturón de seguridad y se estiró por encima de Amanda, dirigiendo su mano hacia la palanca de la puerta.

Desde fuera, los dedos de Danny apenas rozaron la manilla cuando el dispositivo explotó, su mente capturando una instantánea del rostro aterrorizado de Amanda junto a la mirada comprensiva de Smudge. Incapaz de retener la imagen por más tiempo, la mente de Danny pulsó play, y la instantánea fue borrada por una bola de fuego que consumió el coche. La explosión simultánea fue ensordecedora, destrozando el coche. Su onda expansiva arrancó la puerta trasera de sus bisagras, enviándola junto con Danny por los aires hasta la puerta principal, donde el puro impacto de su cuerpo la reventó hacia dentro como si fuera un ariete humano.

Yacía boca arriba inmóvil, la manga de su chaqueta aún humeante mientras la sangre se extendía por el pasillo embaldosado bajo su pelo chamuscado. La sangre encontró las líneas de lechada y se dispersó rápidamente, como pequeños trenes precipitándose hacia múltiples destinos. En la calle, cristales y nieve pulverizada caían centelleando desde cada ventana de casa o coche, la onda expansiva habiendo destrozado cada cristal y sacudido los tejados en veinte metros a la redonda. Cuando el estruendo se apagó, una cacofonía de alarmas de coches tomó su lugar, chillando desacompasadas en diferentes tonos.

CINCUENTA

Las placas del techo se desplazaban frente a sus ojos, interrumpidas cada cinco baldosas por una luz brillante. Oía voces hablando rápidamente, pero no podía entender lo que decían. El sonido de las ruedas repiqueteaba sobre un suelo embaldosado. La confusión nublaba su mente. Nada tenía sentido. ¿Qué estaba pasando? Ni dolor, ni ira, ni recuerdo de lo ocurrido, solo entumecimiento. Cerró los ojos, abrazando la sensación de desvanecerse.

—Señor Pearson, intente mantenerse despierto. Daniel, ¿puede abrir los ojos?

—Dejadme dormir.

Un rostro amable con una sonrisa le miraba desde arriba, mientras el techo seguía moviéndose sobre ella.

—Me llamo Emma Taylor. Ha sufrido un accidente. Soy médico. Voy a cuidar bien de usted, ¿de acuerdo? Daniel. Daniel. Intente mantenerse despierto.

—No quiero seguir luchando. Solo quiero dormir.

Su visión se volvió borrosa y la oscuridad fue cerrándose desde los bordes hasta que el mundo se volvió negro. Podía oír a Emma hablando frenéticamente, como si estuviera muy lejos.

—Daniel, Daniel. La presión arterial está bajando, lo estamos perdiendo. Llevémoslo al quirófano. Llama al equipo de emergencias. ¡AHORA!

***

—Está volviendo en sí. Llama a alguien, Scott.

—Sí, por supuesto, enseguida. ¡Hola! ¿Hay alguien? ¡Se ha despertado! —gritó Scott a través de la puerta de la habitación privada del hospital.

—Danny, ¿puedes oírme? —dijo Nikki, con preocupación reflejada en su rostro mientras él la miraba vagamente, formándose un ceño en su frente—. Oh Dios, no me reconoce. Danny, soy yo, tu novia, Nikki. ¿Te acuerdas? La hermana de Scott —continuó, hablando rápidamente mientras intentaba controlar sus temores.

Danny la miró fijamente, su ceño fruncido transformándose en una expresión de confusión. Tras lo que pareció una eternidad, abrió la boca. —Sé quién eres, tonta. ¿Cómo estás aquí? Estabas en Australia cuando te mandé el mensaje esta mañana.

—Oh cariño, eso fue hace cinco semanas —dijo Nikki, apartándose para dejar que una doctora lo examinara.

—Buenos días, señor Pearson, me alegra verle de vuelta con nosotros. ¿Puede mirarme? Estupendo. Siga mi dedo, muy bien. ¿Visión borrosa, dolores de cabeza?

—No, aunque tengo la cabeza un poco embotada.

—Es posible que sienta eso y tenga dolores de cabeza o visión borrosa durante un tiempo. ¿Sabe quién es, su fecha de nacimiento?

—Sí, ¿cómo he llegado aquí? —respondió Danny bruscamente.

—¿Cuál es la última cosa que recuerdas?

—Enviarle un mensaje a Nikki diciendo que me iba a casa. Después, eh, no lo sé —Danny se quedó callado, intentando recordar. Un destello de dolor cegador le golpeó desde detrás de los ojos. La imagen de Amanda y Smudge mirándole impotentes a través de la ventanilla del coche antes de ser consumidos por una enorme bola de fuego cruzó por su mente, tan real como si hubiera viajado atrás en el tiempo hasta ese momento.

—Vale, tranquilícese, respire profundamente, señor Pearson.

El dolor fue disminuyendo lentamente. Danny sacó la cabeza de entre sus manos y abrió los ojos. —Smudge y Amanda están muertos.

—Me temo que sí, señor Pearson. Sufrió usted una lesión craneal que causó inflamación y una hemorragia cerebral. Tuvimos que operarle para detener la hemorragia y sedarle hasta que bajara la inflamación. Le hicimos una resonancia magnética esta mañana, que tiene buen aspecto, así que decidimos despertarle. Tiene suerte de estar vivo.

—Me han dicho eso una o dos veces.

El médico continuó con algunas pruebas más mientras Nikki sostenía la mano de Danny y Scott permanecía sentado en la silla del rincón de la habitación, esperando pacientemente a que el médico terminara y se marchara.

—Nos has dado un buen susto —dijo Nikki, inclinándose para darle un beso.

—Sí, viejo, me alegro tanto de que no te hayas muerto. Hay una factura del taller bastante grande con tu nombre por la reparación de mi coche. Al parecer, mi compañía de seguros no me cubre por prestárselo a un grupo de lunáticos, ni por daños causados por armas automáticas. No imagino por qué —dijo Scott con una sonrisa.

—¿Qué dices, Scott? Lo siento, colega, daño cerebral. No recuerdo nada de eso —respondió Danny, dándose golpecitos en la cabeza y sonriendo.

—Mi querido amigo, primero hay que tener cerebro para que pueda dañarse.

—Dos minutos despierto y ya estáis así. Nos has dado un susto tremendo. Pensé que te había perdido —dijo Nikki, con los ojos humedeciéndose mientras una lágrima solitaria rodaba por su mejilla.

Él levantó la mano para limpiarla, deteniéndose a mitad de camino para llevarse las manos a la cabeza cuando otro destello de dolor le atravesó. La imagen de Amanda y Smudge regresó. La bola de fuego consumiéndolos dio paso a una imagen de su esposa e hijo antes de sus muertes. Eso se desmoronó en la imagen de una ex novia, Alice, desapareciendo entre la multitud en la estación de tren de Victoria, conducida a su muerte por Lars Silverman. Eso se convirtió en Kate, otra mujer a la que había amado, asesinada a

manos de un sicario chino. Incapaz de respirar o moverse, Danny soportó las imágenes mientras volvían y se agolpaban hasta Amanda y Smudge. Sus rostros se desvanecieron para ser reemplazados por la imagen de Luka y la sonrisa de millón de dólares de Vincent Benedict, mirándole desde el coche que pasaba segundos antes de la explosión, desvaneciéndose hasta la imagen de Nikki y la habitación del hospital. El dolor se alejó y su cuerpo le permitió moverse y respirar. Jadeó y resopló, como si hubiera estado atrapado bajo el agua. Nikki le abrazó, luego se apartó y puso sus manos en su rostro. Le llevó unos segundos darse cuenta de que le estaba limpiando las lágrimas de los ojos.

—Eh, iré a por un café. Os dejo solos un rato. Siento lo de tu amigo Smudge, viejo —dijo Scott torpemente antes de escabullirse por la puerta.

CINCUENTA Y UNO

Danny oyó a Fergus y a Chaz atravesando la planta antes de que entraran en la habitación. Sonrió al escuchar a la enfermera decirles que el señor Pearson no podía tomar alcohol.

—Por supuesto que no, cielo, eso sería muy irresponsable por nuestra parte —dijo Fergus sin resultar convincente.

—Hablo en serio, nada de alcohol, y por favor, absténgase de llamarme cielo —le espetó la enfermera.

—Vale, lo he pillado, nada de alcohol, y no te preocupes, guapa, no volveré a llamarte cielo.

—¿Amigos tuyos? —dijo Nikki, al ver que Danny se reía.

—Más que amigos, familia —respondió Danny cuando las caras sonrientes de Chaz y Fergus asomaron por la puerta.

—¡Joder, Chaz, es horrible, su cara, está toda desfigurada por la explosión!

—Qué va, tío, siempre ha sido así de feo —contestó Chaz entre risas.

—Muy gracioso, vale ya, chicos. ¿Cuándo te dieron el alta, Ferg?

—La semana pasada, justo a tiempo para el funeral de Smudge. Siento que te lo perdieras, tío.

La habitación cayó en un incómodo silencio durante unos segundos hasta que Chaz intervino.

—Bueno, ¿quién es esta preciosidad, Daniel? ¿No vas a presentarnos?

—Como si no lo supieras, es Nikki. Nikki, este es Chaz y el de las cervezas es Fergus —dijo Danny, atrapando una lata y abriéndola.

—Encantada de conoceros —dijo Nikki con una sonrisa.

—Te has superado, colega. Eres la hermana de Scott, ¿verdad?

—Así es.

—Imposible. Tiene que ser adoptada —dijo Fergus.

—Tiene que serlo —coincidió Chaz.

—Esperaba ver a Scott con peluca —dijo Fergus.

—Sí, eres demasiado guapa para estar emparentada con Scott —dijo Chaz.

—Eh, gracias, supongo —dijo Nikki, cogiendo una cerveza de la mano extendida de Fergus.

—Entonces, ¿cuándo sales de aquí? La cabeza ya está bien, ¿no? —preguntó Chaz.

—Mañana, y sí, la cabeza está perfecta. Todavía recuerdo que me debes veinte libras —dijo Danny con una sonrisa.

—Cállate y toma otra cerveza. Pronto te olvidarás de eso —dijo Fergus, lanzando otra lata en dirección a Danny.

Hablaron y rieron durante un rato, levantando las últimas latas en un saludo a Smudge y Amanda. El ruido atrajo a la enfermera, que les dijo bruscamente que Danny necesitaba descanso, no cerveza, y que debían marcharse. Después de protestar e intentar conseguir su número de teléfono, Chaz y Fergus ofrecieron a Nikki llevarla de vuelta a casa de Scott, y todos se marcharon. Danny vio un poco de televisión hasta que la cerveza siguió su curso natural y tuvo que ir al baño. Fue al aseo de la habitación. Cuando salió, Simon estaba sentado en una silla contra la pared. Estaba relajado, con las piernas cruzadas y vestido con su inmaculado traje de Savile Row, las manos descansando sobre su regazo.

—Señor Pearson —dijo con calma.

—Me preguntaba cuándo aparecerías —dijo Danny, sentado en el borde de la cama.

—No tenía mucho sentido hasta que estuvieras despierto, ¿verdad? —dijo Simon con su habitual tono jovial.

—Veo que no hay nada en las noticias sobre Montgomery o Benedict —dijo Danny, señalando el televisor.

—Por Dios, no, un asesor gubernamental corrupto y un Secretario de Asuntos Exteriores traficante de armas y drogas con una condecoración MBE, demasiado vergonzoso para el gobierno. Los asesores de imagen inventaron una célula terrorista bastante convincente del sur de Londres para explicar los recientes tiroteos y el coche bomba. Los medios se lo tragaron sin rechistar.

—¿Conseguisteis sacar mucho de Arthur Montgomery?

—¿Montgomery? Ah, claro, Harrison os condujo a la trampa antes de que volviéramos. No, no conseguimos nada de Montgomery. Estaba muerto cuando llegamos. Vincent Benedict ordenó matarlo para cerrar el último vínculo que conducía hasta él.

—¿Habéis atrapado ya a Benedict? —dijo Danny, entrecerrando los ojos y endureciendo el rostro mientras su humor se oscurecía.

—No, oficialmente no tenemos nada contra él. Le seguimos la pista hasta las islas Caimán, donde movió todos sus fondos. Luego se trasladó por algunos de los países africanos más dudosos, más tratos de armas, presumiblemente. Creemos que está en algún lugar de Oriente Medio —dijo Simon, examinando sus uñas perfectamente cuidadas mientras hablaba.

—Espera, ¿qué has dicho?

—Que está en algún lugar de...

—No, no, has dicho que Harrison nos condujo a la trampa —dijo Danny

—Sí, Harrison os dijo que yo había llamado para informar que Montgomery había sido arrestado y Vincent Benedict había huido del país, y que debía llevaros a casa —dijo Simon, confundido por la vuelta atrás en la conversación.

—No, eso es incorrecto. Whiskins nos dijo que él había recibido la llamada. Fue él quien le dijo a Harrison que querías que nos llevara a casa. Él nos tendió la trampa, no Harrison.

—¿Estás seguro? —dijo Simon, preguntándose si la lesión cerebral de Danny había afectado a su memoria.

—¿Te parece que no estoy seguro? —gruñó Danny enfadado.

—No, no lo parece. Debo irme. Cuídese, señor Pearson —dijo Simon, levantándose para marcharse.

—Simon —dijo Danny mientras este se dirigía hacia la puerta.

Simon se detuvo en el umbral y le miró.

—Lo quiero, al Lobo. Cuando lo encontréis, lo quiero, por Smudge y Amanda —dijo Danny, con los ojos oscuros y concentrados, el rostro tenso, duro como la piedra.

—No es usted el único que ha perdido buenos amigos en esto. Recupérese, señor Pearson. Me pondré en contacto.

Simon salió de la habitación, la puerta cerrándose lentamente tras él, dejando a Danny solo con su ira y sus pensamientos.

CINCUENTA Y DOS

Después de un par de semanas en casa de Scott, Danny y Nikki se dirigieron al otro lado de Londres. La nieve se había derretido y llegaron en buen tiempo a la recién reparada casa de Danny. Aparcaron sobre un trozo de asfalto recién arreglado, el único recordatorio del Land Rover destrozado.

—¿Estás bien? —dijo Nikki, al notar que Danny miraba su casa, dudando en salir del coche.

Permaneció en silencio durante un par de segundos, antes de soltar un gran suspiro. —Sí, estoy bien —dijo finalmente, dedicándole una sonrisa mientras abría la puerta del coche.

Danny vio a su vecino, el señor Maynard, desde el otro lado de la calle y le saludó amistosamente con la mano. El señor Maynard simplemente frunció el ceño antes de meterse en su casa, cerrando la puerta de un portazo.

—Qué vecinos tan simpáticos —dijo Nikki.

—Mmm, no puedo culparle. Digamos que no es la primera vez que hago volar el vecindario —dijo Danny, pasando junto a ella hacia la puerta principal.

—Espera, ¿qué? ¿No es la primera vez? —dijo Nikki, apresurándose tras él.

Danny abrió la cerradura de su nueva puerta principal y entró, deteniéndose solo un segundo para mirar el suelo de baldosas limpio antes de dirigirse a la cocina.

—Será mejor que pidamos unas pizzas. Los chicos llegarán en un momento —dijo Danny, cogiendo el teléfono.

—Oh no, no cambies de tema. Quiero saber sobre las otras veces —dijo Nikki.

Danny dejó lo que estaba haciendo, se dio la vuelta, deslizó sus brazos alrededor de Nikki, levantándola del suelo para besarla apasionadamente en los labios mientras ella le rodeaba con las piernas.

—Olvida lo que ha pasado en el pasado. Esto es el ahora. Tú eres mi ahora. ¿Qué te parece si vendo este lugar, me deshago de todos los malos recuerdos? Tú vendes tu casa y buscamos un sitio juntos, ya sea aquí o en Australia. Me da igual.

Nikki le miró a los ojos y sonrió radiante, luego le besó de nuevo. —¿En serio?

—Sí, en serio —dijo Danny, devolviéndole la sonrisa.

—¡Eh, eh, suéltala, tío! —gritó Chaz, entrando por la puerta abierta, seguido de cerca por Fergus con una caja de cerveza, su esposa Gaynor y Kelly, la hermana de Smudge.

—Pasad, chicos, estaba a punto de pedir pizza —dijo Danny, dejando a Nikki en el suelo para recibirlos.

La tarde transcurrió bien y se alargó hasta la noche. Comieron y bebieron, brindando en somera memoria de Smudge antes de reírse mientras recordaban las antiguas travesuras de Smudge. Danny se levantó y fue a la cocina. Cogió otra lata de cerveza de la nevera, dejándola en el fregadero para mirar su teléfono que vibraba y leer el mensaje.

«*Fuera*».

Danny abrió la nevera de nuevo y cogió el paquete de seis cervezas, se dio la vuelta y las metió en el armario debajo del fregadero antes de dirigirse hacia la puerta principal. Echó un vistazo al salón de camino.

—Nos hemos quedado sin cervezas. Voy a salir un momento a la tienda de licores, no tardo.

Recibió un despreocupado vale de Nikki, que no interrumpió su conversación con Gaynor y Kelly. Chaz y Fergus captaron algo en su tono y se giraron para mirarle. Danny dirigió los ojos hacia las chicas

y negó con la cabeza de forma casi imperceptible. Chaz y Fergus respondieron con un leve asentimiento y continuaron hablando. Danny caminó por el sendero y miró arriba y abajo de la calle; el coche de Simon estaba un poco más atrás, fuera de la vista desde la casa. Michael, el conductor de Simon, salió cuando se acercó y se movió alrededor del coche para abrir la puerta trasera del pasajero.

—Señor Pearson —dijo Simon, sentado relajadamente en el lado opuesto del asiento trasero, con un gran sobre tamaño A4 en su regazo.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Danny secamente.

—Muy bien, prescindiremos de las cortesías e iremos directamente al grano. Hemos encontrado a tu hombre.

—¿Vincent Benedict?

—Resulta que no. El verdadero Vincent Benedict desapareció hace diez años, sin familia, sin vínculos. Creemos que nuestro hombre lo seleccionó como objetivo porque se parecían físicamente, lo mató y robó su identidad, antes de congraciarse con ciertos miembros influyentes del parlamento. En fin, después de pasar el ADN de su piso por varias bases de datos multinacionales, descubrimos que el verdadero nombre del Lobo es Klaus Meyer, educado en Inglaterra, hijo de Hans Meyer, el líder de una notoria organización criminal alemana, y de su ex-esposa modelo inglesa. Klaus desaparece después de que las autoridades desmantelaran la organización y enviaran a su padre a prisión, dos años antes de asumir la identidad de Benedict.

—Fascinante. ¿Dónde coño está? —gruñó Danny con impaciencia.

—Paciencia, señor Pearson, antes de llegar a eso, debo informarle de la situación. Toda esta aventura, si llegara a saberse, sería extremadamente perjudicial para este país. Montgomery y Benedict prácticamente engañaron al gobierno, y a la monarquía también. Hay personas en altos cargos cagándose en sus pantalones de Savile Row ante la idea de que esto se haga público. Con eso en mente, me han dado luz verde para ocuparme de la situación discretamente, sin órdenes oficiales, sin papeleo y con total capacidad de negación por su parte.

—¿Dónde está? —repitió Danny, sin impresionarse.

—En Somalia, como invitado de Abshir Ibraham, el líder de un grupo escindido de los yihadistas de Al-Shabab. Al parecer, odian todo lo que representa Occidente, a menos que seas tú quien les vende las últimas armas. Los detalles están todos aquí. Preséntese en el aeropuerto de Londres a las 10 de la mañana del lunes, he fletado un jet para llevarte al Aeropuerto de Wajir en la vecina Kenia. Uno de mis agentes locales te recibirá. Te llevará a través de la frontera a Somalia bajo el amparo de la oscuridad. Hazme saber qué equipo necesitas y me aseguraré de que esté allí para tu llegada. El vuelo de regreso saldrá del Aeropuerto de Wajir a la 1 de la tarde del miércoles. Esté en él, señor Pearson, no habrá otro —dijo Simon, entregando el sobre a Danny—. Si no le importa, Michael.

El conductor salió y se movió alrededor del coche una vez más, abriendo la puerta para Danny.

—Buena suerte, señor Pearson —dijo Simon mientras salía.

CINCUENTA Y TRES

Después de una rápida carrera hasta el estanco, Danny regresó a la casa con una caja de cervezas. Asomó la cabeza al salón y sonrió a Nikki, indicando con un gesto a Chaz y a Fergus que le siguieran a la cocina cuando ella volvió a su conversación con Kelly y Gaynor.

—¿Qué está pasando? —dijo Chaz, sentándose a la mesa de la cocina junto a él.

—Sí, venga, conozco esa mirada —dijo Fergus, uniéndose a ellos.

Danny sacó el sobre de debajo de su chaqueta y lo colocó sobre la mesa. —Sé dónde está —dijo, endureciendo su rostro al pensar en Smudge.

Tanto Chaz como Fergus cambiaron sus expresiones para igualar la de Danny mientras todos miraban el sobre.

—¿Simon? —dijo Chaz, dando golpecitos al sobre.

—Simon —respondió Danny, levantando la solapa para sacar el contenido.

Desplegándolo sobre la mesa de la cocina, los tres examinaron una serie de imágenes satelitales que mostraban una gran casa situada dentro de un recinto amurallado. Estaba ubicada al norte de un pequeño pueblo o aldea llamada Fafahdun, a unos ciento diez kilómetros de la frontera con Kenia, y a unos ciento noventa del aeropuerto de Wajir. Había una torre de vigilancia justo dentro del muro en la entrada con verja, y otra en la esquina opuesta más alejada. Se veían seis vehículos, distribuidos por la propiedad, cuatro

dentro y dos fuera del muro, parecían ser una mezcla de viejos todoterrenos, probablemente Toyota Land Cruiser y camionetas, quizá Toyota Hilux, con monturas para ametralladoras del calibre 50. La segunda imagen era una toma mucho más cercana de seis personas sentadas alrededor de una mesa en la terraza de la azotea, cinco yihadistas vestidos con uniformes verdes, con las ametralladoras apoyadas contra los asientos alrededor de ellos; el sexto hombre era un varón blanco, con gorra de béisbol cubriendo la mayor parte de su pelo rubio arenoso, no se podían ver las caras ya que la foto se tomó directamente desde arriba. La siguiente foto había sido tomada desde el suelo utilizando un gran teleobjetivo. Mostraba claramente al Lobo, todavía con la gorra de béisbol puesta, gafas de sol ocultando sus ojos mientras dedicaba su sonrisa de un millón de dólares al líder yihadista Abshir Ibraham sentado a su lado. La última imagen satelital estaba más alejada, mostrando la propiedad en relación con Fafahdun, y la disposición del terreno en un radio de un kilómetro y medio a cada lado de la propiedad. Danny hojeó los detalles del vuelo antes de mirar un papel con el nombre y número de móvil del agente que iba a reunirse con él, y el número estimado de hostiles dentro del complejo, que era treinta.

—¿Cuándo nos vamos? —dijo Fergus.

—¡Nos! No, no, Ferg, no os estoy pidiendo a ninguno de vosotros que vengáis conmigo —dijo Danny.

—Intenta impedirnos ir y acabarás con otra abolladura en esa cabeza dura tuya —dijo Chaz, con todas las caras mostrando expresiones firmes y decididas mientras se miraban entre sí.

La habitación permaneció en un silencioso punto muerto hasta que Danny finalmente cedió. —El lunes por la mañana a las 10. Un jet privado desde el aeropuerto de la ciudad, lo que nos da dos días para elaborar un plan y un día para reunir una lista de equipamiento para la misión.

—Misión, ¿qué misión? —dijo Gaynor, entrando en la cocina, sus ojos inmediatamente se centraron en las imágenes satelitales sobre la mesa.

—Vamos, no empieces, cariño, esto es algo que tenemos que hacer por Smudge —dijo Fergus.

—¿Qué está pasando, Danny? —dijo Nikki, siguiendo las voces alzadas.

—Sabemos dónde está el Lobo. Vamos a por él —dijo Danny sin rodeos, con sus facciones duras, ojos oscuros y decididos.

—¡Qué! Estáis todos locos. Dos de vosotros lleváis apenas unas semanas fuera del hospital, casi morís, ¿qué os pasa? —dijo Nikki elevando la voz.

—Mátalo, mátalo de una puta vez. Dolorosamente, haz que sufra. Haz eso por mí, Danny, por mi hermano —dijo Kelly, abriéndose paso hasta la mesa, con lágrimas rodando por su cara.

—Lo haré, Kelly, todos lo haremos —dijo Danny, mirándola.

Gaynor miró a Kelly, procesando mentalmente lo que estaba sucediendo. Un momento después, puso su brazo alrededor de Kelly y miró a Fergus. —Mata a ese hijo de puta y vuelve a mí, ¿me oyes, Fergus? Vuelve a mí.

Fergus asintió y se levantó, rodeando con sus brazos a Gaynor y Kelly.

—No sé si puedo hacer esto, primero Australia, luego te hacen explotar, y ahora te vas a Dios sabe dónde para matar a un hombre. Necesito espacio. Me voy a casa de mi hermano —dijo Nikki, dándose la vuelta, con lágrimas en los ojos.

Danny la vio salir de la cocina sin decir nada. La puerta principal se cerró de golpe un minuto después. Finalmente tomó aire profundamente y volvió a centrar su atención en la mesa.

—Gaynor, ¿puedes llevar a Kelly a casa? Tenemos trabajo que hacer.

Gaynor miró a Fergus, quien asintió para indicarle que hiciera lo que Danny había dicho.

—Vale, vamos, Kelly, dejémosles con lo suyo.

Fergus le dio un beso cuando se marchaba, luego regresó a la mesa con Chaz y Danny.

CINCUENTA Y CUATRO

Danny, Chaz y Fergus se movieron por el centro de jets privados del aeropuerto de la ciudad de Londres. Los tres aparentaban calma, vestidos con vaqueros, botas y chaquetas abrigadas, cada uno con una vieja bolsa de campaña a la espalda. Las pasaron por el escáner de equipajes sin problemas y se sentaron en la lujosa sala de espera. Danny intentó llamar al móvil de Nikki por cuarta vez, escuchando cómo saltaba al buzón de voz por cuarta vez. Pensó en dejar un mensaje, pero como en las otras tres ocasiones, no encontró las palabras. Revisando los contactos, llamó a Scott.

—Daniel, ¿estás bien, viejo amigo? —dijo Scott, obviamente consciente de que algo iba mal entre él y su hermana.

—¿Está Nikki ahí, Scott?

—No, me temo que no. Está de vuelta a Australia. Su vuelo salió a las siete de esta mañana. ¿Qué está pasando? Lo único que dijo fue que no podía quedarse sentada esperando a ver si volvías.

—Lo siento, Scott, no puedo entrar en detalles. Tiene que ver con Smudge —dijo Danny, viendo que uno de los empleados del aeropuerto venía a acompañarlos al avión.

—Vas tras el hombre que lo mató, ¿verdad? —dijo Scott, conociendo demasiado bien a su mejor amigo.

—Te veré pronto —dijo Danny, colgando.

Caminaron por la pista y abordaron un jet Dassault Falcon 8X de largo alcance que les esperaba. El interior era todo reluciente y lujoso, con dos filas de grandes asientos de cuero blanco

enfrentados a ambos lados de una mesa plegable muy pulida. El piloto y el copiloto los saludaron antes de volver a la cabina, dejando que la azafata les mostrara sus asientos.

—Vaya, podría acostumbrarme a esto —dijo Fergus, soltando un silbido.

—Pónganse cómodos, caballeros. Tenemos un bar completamente surtido y una generosa selección de comida a bordo. Así que una vez que estemos en el aire, solo tienen que avisarme y estaré encantada de atenderles.

Se acomodaron para el vuelo de nueve horas, con las viejas y desgastadas bolsas de campaña desentonando sobre los lujosos asientos de cuero blanco. Durante el vuelo, repasaron los planes, con las imágenes satelitales y los mapas extendidos sobre las mesas. Danny supuso que habían pagado bien a la tripulación por su discreción, ya que la azafata ni miró ni pestañeó al ver los documentos sobre la mesa, con sus flechas y puntos estratégicos marcados en bolígrafo rojo. Simplemente les sirvió comida y bebidas según lo solicitaban, y luego tomó su asiento en la parte trasera del avión.

—Va a ser complicado —dijo Fergus, mirando la imagen satelital de la casa dentro del muro del recinto.

—Sí, es jodidamente irónico que la misión para vengar la muerte de Smudge realmente necesite un equipo de cuatro hombres —dijo Chaz, recostándose en la silla.

—Todavía estáis a tiempo de echaros atrás vosotros dos —dijo Danny, manteniendo la seriedad en su rostro.

—¿Qué? ¿Y dejarte entrar solo? Qué va, eres un completo inútil sin nosotros. Te volarían las pelotas en menos de cinco minutos —dijo Fergus, sonriendo.

—Sí, y yo vengo porque los dos sois unos inútiles, y alguien tiene que recoger vuestras pelotas cuando os las vuelen —dijo Chaz, riéndose.

—Genial, ahora me siento mucho mejor —dijo Danny, cediendo a las bromas.

El avión finalmente descendió, aterrizando suavemente sobre el asfalto del aeropuerto de Wajir. Desembarcaron con sus bolsas,

bajando las escaleras para encontrarse con una muralla de aire caliente africano. La posibilidad real de que quizás no lograran regresar al avión a la una de la tarde del miércoles, o de que no regresaran en absoluto, pesaba enormemente en sus mentes. La terminal de Wajir era un pequeño edificio de una sola planta. Pasaron rápidamente por el control de pasaportes, donde el único oficial en su mesa parecía moderadamente desinteresado mientras les sellaba los pasaportes. Danny salió del edificio de la terminal para encontrarse únicamente con un camino de acceso, tierra roja y matorrales secos que se extendían en la distancia, con árboles espaciados, arbustos espinosos y casas dispersas por aquí y por allá.

—Vale, ¿dónde está este tío? ¿Cómo se llama? —dijo Fergus, secándose el sudor de la frente.

—Se llama Haji. Espera, tengo un número para contactarle —dijo Danny, mirando el papel con su número.

—No te molestes, creo que lo he encontrado —dijo Chaz, observando un viejo Mercedes blanco bastante deteriorado con un cartel de Taxi en el techo que se acercaba.

Levantaron las manos para protegerse los ojos del sol poniente y vieron al conductor sonriendo mientras parpadeaba las luces y saludaba entusiasmado por la ventanilla.

—Qué tipo más discreto, ¿eh? —dijo Danny, cogiendo su bolsa.

El taxi se detuvo junto a ellos, con los frenos chirriando estrepitosamente al hacerlo.

—Señor Pearson, señor —dijo Haji, sonriendo mientras saltaba del coche para abrir el maletero para sus bolsas.

—¿Cómo lo has adivinado? —dijo Danny con ironía.

—¿Me toma el pelo? Tres blancos en Wajir. Vamos, suban. Tenemos un largo camino por delante —dijo Haji, sonriendo aún más ampliamente.

—¿En esto? —dijo Chaz, abriendo la chirriante puerta.

—Solo hasta la frontera. Allí cambiaremos de vehículo. Nadie presta atención a un viejo taxi —dijo Haji, haciendo girar el coche y poniéndose en marcha, mientras el aire caliente entraba a ráfagas por las ventanas abiertas.

—Haji, ¿tienes el equipo que solicitamos? —dijo Danny.

—Sí, jefe, en el otro coche, dos horas de viaje, ¿de acuerdo?

Danny asintió hacia él y se acomodó en el asiento mientras el viejo taxi saltaba y esquivaba los baches a lo largo del camino de tierra, dejando tras de sí una nube de fino polvo rojo.

CINCUENTA Y CINCO

Dos horas sudorosas después, se desviaron del camino de tierra y se detuvieron, los tenues faros iluminando un destartalado edificio agrícola. Haji se bajó y abrió las puertas para revelar un Toyota Land Cruiser pintado a mano de color verde oscuro. Lo sacó al exterior antes de meter el taxi dentro para ocupar su lugar. Sonriendo mientras abría la parte trasera del Land Cruiser, Haji retiró una lona para mostrar un montón de armas, munición, chalecos antibalas y radios apilados delante de botellas de agua y bolsas de comida y aperitivos. Danny, Chaz y Fergus se acercaron para inspeccionarlos bajo la luz del maletero.

—¿Qué coño son estas? —dijo Chaz, cogiendo un viejo y arañado fusil AR15 pintado de camuflaje beige y verde.

—Deben de tener diez años. ¿Siquiera disparan? —añadió Fergus.

—Eh, mirad dónde estamos, tíos. ¿Creéis que esta mierda es fácil de conseguir con tan poco tiempo? Confiad en mí, son buenos. Adelante, probadlos. No hay nadie por aquí en kilómetros.

Fergus encajó un cargador, luego se giró y miró a través de la mira, apuntando a un árbol a veinte metros de distancia. Disparó un par de tiros y dio en el centro del tronco.

Danny y Chaz hicieron lo mismo, disparando algunas rondas hasta que quedaron satisfechos. Guardaron los rifles de nuevo en el maletero antes de revisar las pistolas SIG Sauer M17, los deteriorados chalecos antibalas, la munición, las granadas y los bloques de C4 con detonadores por radio.

Finalmente, Chaz sacó un rifle de francotirador Barrett M82. Cargó una bala y se tumbó en el suelo, desplegando las patas de apoyo antes de apoyar la culata contra su hombro. Se concentró en el tronco de árbol más lejano que pudo ver a la luz de la luna, ralentizó su respiración y miró por la mira antes de apretar suavemente el gatillo. La bala arrancó la corteza del árbol y se incrustó en el centro del tronco.

—Vale, estamos bien, Haji, solo nos cambiaremos antes de irnos —dijo Danny, cogiendo su bolsa y sacando uniformes de faena comprados en una tienda de excedentes del ejército para que coincidieran lo más posible con el uniforme yihadista.

—Bien, poneos estos alrededor de vuestras cabezas, no podemos dejar que nadie vea esas caras pálidas cuando crucemos la frontera —dijo Haji, lanzándoles a cada uno un shemagh negro para que pudieran envolverse la cabeza y la cara, dejando solo sus ojos a la vista.

Se vistieron y se equiparon, llenando los chalecos antibalas con cargadores para los rifles y las pistolas, enganchando las granadas de fragmentación y aturdidoras repartidas. Chaz cogió el C4 y los detonadores por radio, ya que era el experto en explosivos. Una vez listos, pusieron su ropa en las bolsas de equipo y las dejaron en el taxi, preparadas para cambiarse en el viaje de regreso.

—Haji, ¿cuánto falta para llegar? —dijo Danny mientras el Land Cruiser botaba por un camino de tierra que apenas podía describirse como una carretera.

—Unas dos horas más. Vamos despacio, ¿verdad? Esta es una antigua ruta de contrabando de azúcar, ya no la utilizan, no desde que la policía keniata la cerró. Es demasiado peligroso usar la carretera principal, hay patrullas y controles de los yihadistas.

—¿Contrabando de azúcar? —dijo Chaz.

—Sí, lo traen desde el puerto sureño de Kismayu y lo transportan a través de la frontera de Kenia, el dinero sirve para financiar armas para los yihadistas.

—Sí, y para llenar los bolsillos del Lobo —refunfuñó Chaz desde atrás.

Siguieron traqueteando durante lo que pareció una eternidad calurosa y sudorosa, moviéndose a paso de tortuga varias veces mientras Haji apagaba las luces y maniobraba alrededor de pequeños conjuntos de casas encaladas que hacían las veces de pueblos en esta remota parte de Somalia.

—Fafahdun —dijo Haji, apagando de nuevo los faros y señalando hacia un grupo de luces parpadeantes en la distancia.

—¿Dónde está la casa? —preguntó Danny.

—Está en el lado más alejado del pueblo, pero es demasiado peligroso atravesarlo conduciendo. El terreno desciende hacia un lecho de río hacia el este con muchos árboles y arbustos que proporcionan cobertura. Todavía está seco. Podemos conducir más allá del pueblo y acercarnos a la casa.

Danny asintió y Haji condujo el Land Cruiser alejándose de las luces del pueblo, navegando con la luz de la luna hasta que el terreno se volvió más verde, lo que les obligó a zigzaguear entre árboles y arbustos mientras bajaban por una pendiente, llegando finalmente al fondo del lecho seco del río. Haji condujo a paso de tortuga durante otros veinte minutos con los faros apagados, manteniendo las revoluciones y el ruido al mínimo absoluto. Salió del cauce del río junto a una gran roca y se abrió camino cuesta arriba a través de árboles y arbustos, deteniéndose y apagando el motor en una zona densa de árboles y vegetación justo cuando el terreno se nivelaba.

—El pueblo está por allí —dijo Haji, señalando más allá de Danny —. La casa está justo enfrente, a unos doscientos metros, ¿vale?

—Gracias, Haji —dijo Danny, mirando su reloj—. Poco más de dos horas hasta el amanecer. Hagamos un reconocimiento antes de que amanezca, luego podemos descansar durante el día e ir esta noche.

Ansiosos por ponerse manos a la obra y aún más por estirar las piernas después del largo viaje, Chaz y Fergus salieron directamente del coche.

—Venid, venid, seguidme, os lo enseño —dijo Haji, saliendo del coche tras ellos.

—No, quédate aquí, Haji, esta no es tu lucha —dijo Danny, bloqueándole el paso.

—Te equivocas. Los yihadistas de Abshir Ibraham mataron a mi familia porque mi padre habló contra ellos. Los arrastraron a la calle y los ejecutaron frente a todo el pueblo para dar ejemplo de lo que sucede si te enfrentas a ellos. Este es mi país, mi lucha.

Danny, Chaz y Fergus permanecieron callados durante un minuto. Danny dio un paso adelante y dio una palmada en el hombro a Haji.

—No te quedes ahí parado, tío, guíanos —dijo, dedicándole una sonrisa a Haji.

Haji le respondió con una sonrisa aún más grande antes de avanzar a través de los árboles y arbustos delante de ellos.

CINCUENTA Y SEIS

Los árboles y arbustos se fueron reduciendo hasta desaparecer veinte metros antes de un conjunto de chabolas de chapa corrugada y refugios para el ganado. Una mezcla de paredes de barro y bloques formaba un laberinto de recintos entre cada chabola, con pequeñas parcelas de tierra que se extendían en todas direcciones. A las tres y media de la madrugada, no había nadie fuera. Cruzaron rápidamente el terreno abierto, siguiendo a Haji a lo largo de una pared de barro, sus cuerpos apenas visibles en la oscuridad. Les condujo hasta un recinto de animales amurallado con un pequeño granero de acero corrugado en un lado y un cobertizo de ladrillo en el otro. Se movieron lentamente hacia una pared de metro y medio de altura en el lado más alejado, tratando de no asustar a las gallinas que deambulaban alrededor de sus pies. El olor procedente del granero, a unos seis metros de distancia, les quemaba la nariz: el calor africano cocinaba el amoníaco de los orines de las cabras del interior.

—La casa está justo al otro lado de este muro —dijo Haji, deteniéndose agachado bajo la pared del fondo, manteniendo la cabeza por debajo del borde superior.

Acercándose hasta que pudieron ver por encima del muro a través de las rendijas de sus pasamontañas negros, Danny, Chaz y Fergus observaron un trozo de terreno abierto, el muro del recinto y la casa objetivo más allá. Un par de soldados yihadistas se apoyaban contra el muro junto a la puerta, fumando, con sus armas colgando

perezosamente sobre sus hombros. Otro estaba medio dormido en la torre de vigilancia del frente, con uno más apenas visible en el lado opuesto del recinto.

Chaz se descolgó el rifle de francotirador del hombro y apoyó el cañón en la parte superior del muro. Ajustó la culata contra su hombro y observó más de cerca a través de la mira.

—¿Qué tenemos, Chaz? —preguntó Danny, mirando a través de la mira menos potente de su rifle.

—Dos en la puerta, uno en cada torre, eh, un par de tipos caminando dentro del muro. Creo que eso es todo. Oh, espera, hay alguien en el tejado, un tipo blanco de espaldas a mí.

—¿Es el Lobo? —dijo Danny, moviendo su rifle para ver una imagen más pequeña del hombre.

—Difícil de decir. Vamos, date la vuelta, cabrón.

—¿Es él? Si es así, acaba con él —dijo Danny, deseando que el hombre se girara.

—Espera —dijo Chaz, ralentizando su respiración, con la cruz de la mira flotando apenas un milímetro por encima de la cabeza del hombre para compensar la caída de la bala en la distancia, su dedo descansando suavemente sobre el gatillo.

Todos contuvieron instintivamente la respiración mientras el hombre se giraba hacia ellos.

—No es él, es el tipo del lago, ese escurridizo hijo de puta mercenario serbio, eh, ¿cómo se llama? —dijo Chaz, sin despegar el ojo de la mira.

—Luka Hovat, el que estaba con el Lobo cuando mataron a Smudge —dijo Danny en un gruñido bajo.

—¿Lo elimino? —preguntó Chaz.

—No, no vale la pena el riesgo. Alertaría al Lobo, entonces desaparecería y nos caerían todos encima. Necesitamos entrar, atraparlos a ambos y sabotear sus vehículos a la salida —dijo Danny, manteniendo sus emociones bajo control mientras escaneaba el resto del recinto.

—¿Qué es ese edificio de una planta en los terrenos? Hay un depósito de combustible al lado —dijo Fergus, mirando hacia el lado más alejado de la propiedad.

Chaz bajó y giró el rifle de francotirador para echar un mejor vistazo. —Parece un edificio de barracones.

—¿Qué es ese tanque? ¿Aceite? ¿Gas?

—Combustible para los vehículos, puedo ver la manguera y la boquilla de llenado, y los coches están aparcados cerca. No puedo decir si es diésel o gasolina.

—Si es diésel, ¿explotará? —preguntó Danny.

—Sí, la detonación de un bloque de C4 generará más que suficiente calor para encenderlo, y la explosión cubrirá toda la zona circundante con combustible ardiendo.

—Eso se encargará de las camionetas con las ametralladoras del calibre .50. También mantendrá a los soldados atrapados dentro de los barracones —dijo Fergus.

—Sí, pero necesitamos entrar en el recinto sin ser detectados, colocar la carga y estar listos para asaltar la casa en cuanto explote. Así podemos registrar la casa, matar a Luka y al Lobo y salir en cinco minutos como máximo. Lo que necesitamos es una distracción mientras Ferg y yo saltamos el muro. Chaz, te necesito aquí con el rifle de francotirador. En cuanto vuele el depósito de combustible, te cargas las torres y la puerta, y mantienes nuestra salida despejada.

—Yo puedo hacerlo —dijo Haji con una sonrisa.

—¿Hacer qué?

—Puedo daros una distracción, aparcar el coche cerca del muro, llamarlos, decirles que he tenido una avería. También significa que estaré allí, listo para moveros cuando salgáis.

Todos miraron a Haji durante unos segundos.

—Me parece bien —dijo Fergus.

—¿Estás seguro? No tienes por qué hacer esto —dijo Danny, mientras la imagen de Smudge usando la misma táctica de distracción en la casa de Anton Kasovish apenas días antes de morir cruzaba por su mente.

—Estoy seguro, y sí, tengo que hacerlo, por mi familia —respondió Haji, con el rostro ensombreciéndose.

—Vale, buen hombre.

—Haz algo por mí.

—¿Qué? —dijo Danny.

—Mata a Abshir Ibraham —dijo Haji, mirando directamente a los ojos de Danny.

Mirando directamente a Haji, Danny asintió. —Vale, salgamos de aquí, descansemos un poco y volvamos después de que anochezca.

Los tres se agacharon bajo el muro y regresaron al coche por el mismo camino. Se sentaron en el suelo junto al coche y vieron amanecer, bebiendo agua y comiendo barritas de proteínas y aperitivos. Danny tomó la primera guardia mientras los otros se acomodaban lo mejor posible, manteniéndose fuera del abrasador calor del sol bajo la sombra de los árboles. Después de dos horas, Danny dio un toque a Chaz para que tomara el relevo mientras él echaba una cabezada.

A mitad de su turno, Fergus oyó voces entre el sonido de campanas y balidos de cabras. Habría despertado a Danny y Chaz, pero con sus mentes en alerta subconsciente, ya estaban despiertos y arrastrándose sobre la barriga hacia Fergus. Avanzando entre los arbustos, llegaron a un punto donde pudieron ver a un joven somalí con su padre. Pasaron de largo —sin percatarse de los tres rifles que les apuntaban desde debajo de los arbustos— agitando sus largos palos mientras conducían a las balantes cabras por la pendiente hacia uno de los pocos abrevaderos junto al lecho del río seco que aún tenía agua.

Aliviados, los tres retrocedieron, volvieron al coche y continuaron con la rotación de guardias de dos horas hasta que finalmente el sol comenzó a hundirse en el horizonte y el calor opresivo del día se atenuó hasta convertirse en una cálida brisa. Bebieron y comieron el resto de las provisiones antes de revisar y volver a revisar las armas, los explosivos y las radios. No hacía falta revisarlos de nuevo, pero la acción rutinaria ayudaba a mantener los nervios bajo control y a pasar las horas. A las 2 de la madrugada comenzaron a moverse.

CINCUENTA Y SIETE

Danny, Chaz y Fergus cruzaron el terreno descubierto hacia el muro de barro como habían hecho la noche anterior. Avanzaron y entraron en el corral de animales, esquivando gallinas mientras se dirigían hacia la pared del fondo. Con solo los ojos visibles a través de los pañuelos negros que cubrían sus cabezas, examinaron el objetivo. Dos en la puerta, uno en cada torre de vigilancia, dos patrullando dentro del muro, todo igual que la noche anterior.

Agachándose de nuevo tras el muro, los tres se desplazaron hacia el cobertizo de ladrillos. Chaz apoyó su rifle de francotirador y su AR-15 contra el pequeño edificio y dio un paso atrás. Danny y Fergus se colocaron de espaldas contra el cobertizo, flexionaron las rodillas y entrelazaron los dedos. Chaz puso una bota en las manos de Fergus y la otra en las de Danny. Lo levantaron lentamente, dándole la oportunidad de distribuir su peso mientras rodaba sobre el techo de hojalata corrugada. Crujió y gimió un poco, sonando más fuerte en su estado de alerta elevada de lo que realmente era. Los tres se quedaron inmóviles. Chaz permaneció perfectamente quieto, observando a los guardias a unos cuarenta metros de distancia. No se movieron, y no se dio ninguna alarma. Chaz hizo una señal con la mano y Danny le pasó el rifle AR-15. Chaz lo cogió, lo colocó a su lado y volvió a hacer un gesto. Fergus le pasó el gran rifle de francotirador Barrett. Chaz lo tomó, desplegó las patas de apoyo y apoyó la culata contra su hombro, apuntando inmediatamente al hombre de la torre de vigilancia frontal antes de mover la mira hacia

los hombres de la puerta, y luego hacia el hombre en la torre de vigilancia trasera, memorizando los movimientos, preparándose para cuando fueran necesarios.

—¿Todo bien, Chaz? —dijo Danny en voz baja, mientras el micrófono de garganta captaba su voz con total claridad en los auriculares de todos.

—Afirmativo, listo para entrar en acción —susurró Chaz.

—Haji, ¿estás en posición? —preguntó Danny.

—Sí, señor.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí, señor.

—Bien, recuerda mantener el auricular y el micrófono de garganta cubiertos por tu pañuelo, ¿de acuerdo? Cuando empiecen los disparos, sal de ahí. Nos encontraremos al pie de la colina.

—Sí, señor, recibo la orden.

Danny miró a Fergus, ambos sonriendo bajo sus pañuelos.

—Buen hombre, espera nuestra señal, Haji. Ahora nos estamos colocando en posición.

Danny y Fergus dejaron a Chaz y salieron del corral de animales. Avanzaron por un callejón, recorriendo un muro hasta acabar escondidos tras la esquina de una pequeña casa de ladrillos situada frente a la esquina más alejada del objetivo y a unos quince metros de la puerta.

—Haji, puedes proceder —susurró Danny.

—De acuerdo, voy ahora —dijo Haji, seguido por el sonido del motor a través del auricular.

Se mantuvieron fuera de la vista, confiando en los comentarios de Chaz para marcar el momento de actuar.

—Ahí viene. Cien metros. Cincuenta metros. Veinticinco. Aquí viene el salto del conejo. Está en la esquina más alejada y ha parado el motor. A mi señal.

Danny y Chaz podían oír a Haji salir y gritar algo en somalí mientras levantaba el capó del Land Cruiser. Las voces respondieron mientras Haji captaba la atención de los guardias en la puerta.

—Preparaos, los guardias se dirigen hacia Haji y ha captado la atención de las torres de vigilancia. Un poco más, eso es, gilipollas,

echad un buen vistazo al motor. Vamos, vamos, vamos —dijo Chaz con calma, moviendo la mira suavemente de la cabeza de un objetivo a otro.

Danny y Fergus cruzaron los quince metros de terreno abierto, refugiándose detrás del vehículo aparcado junto al muro. Danny ayudó a Fergus a subir para mirar por encima del muro del recinto. No había moros en la costa, así que pasó las piernas por encima y se dejó caer en las sombras de la esquina más alejada. Unos segundos después, Danny descendió silenciosamente a su lado.

—Estamos dentro del recinto.

—Recibido —respondió Chaz en voz baja.

Mirando desde la oscuridad, podían ver a los dos guardias que habían estado patrullando el interior del muro. Estaban de pie en una plataforma elevada en la base de la torre de vigilancia, observando por encima del muro la teatral avería del coche de Haji. Danny y Fergus se desplazaron rápidamente hasta el depósito de combustible junto a la cabaña de alojamiento de los guardias. Despegando la cinta de la parte posterior del bloque de explosivo C4, Danny lo pegó a media altura en el lateral del tanque y puso el interruptor en posición de encendido. Hizo una pausa por un segundo antes de meter la mano en su chaleco y sacar un segundo bloque de C4.

—A la mierda —susurró, activando el interruptor del segundo dispositivo.

—C4 colocado. Nos dirigimos al edificio para detonar.

—Recibido —dijo Chaz, manteniendo la mira de su visor firmemente sobre el primer objetivo, listo para eliminarlo.

Manteniéndose cerca de la casa, Danny se movió hacia la entrada, Fergus le siguió, caminando hacia atrás para cubrir el patio trasero. Danny abrió la puerta con el brazo extendido mientras Fergus miraba desde el otro lado. El pasillo estaba despejado, así que entraron silenciosamente.

—Fuego en tres. Uno, dos, tres —dijo Danny, con el pulgar sobre el detonador de radio en su mano.

Al mismo tiempo, un guardia armado entró en el pasillo desde una habitación lateral. Sus ojos se fijaron en Danny con el pulgar

sobre el detonador en su mano. Mientras levantaba su rifle, Fergus le disparó directamente al corazón justo cuando Danny pulsaba el botón. Simultáneamente, Chaz atravesó con una bala la cabeza de un guardia que estaba junto a Haji y el Land Cruiser.

La explosión sacudió el edificio, el combustible en llamas cubrió el patio y las camionetas en una ola de líquido ardiente, bloqueando la salida de los guardias de su bloque de alojamiento. Moviendo el rifle ligeramente hacia la izquierda, Chaz localizó y abatió al siguiente guardia antes de que se diera cuenta de que el hombre a su lado estaba muerto en el suelo.

—Has usado dos bloques de C4, ¿verdad? —dijo Chaz con calma por el micrófono de garganta, mientras desplazaba su objetivo hacia el guardia de la torre de vigilancia. Este estaba mirando hacia el patio en llamas y escuchando los gritos del alojamiento de los guardias, sin haber visto a los dos hombres muertos junto a Haji.

—Sí —dijo Danny, subiendo las escaleras con Fergus.

—Nunca me escuchas. Te dije específicamente que solo necesitabas uno —comentó Chaz, apretando suavemente el gatillo para ver cómo la cabeza del guardia explotaba como una sandía en la torre de vigilancia una fracción de segundo después.

—Ha funcionado, ¿no? —llegó la voz de Danny por encima del sonido del fuego automático.

—Hostil abatido —interrumpió la voz de Fergus entre la conversación.

—Mmm, supongo que sí. Ahora moveos. Haji, baja tu culo por la colina y mantén el motor en marcha. Podríamos salir con prisas.

—Recibido, señor —respondió Haji.

CINCUENTA Y OCHO

De pie a ambos lados de una pesada puerta de dormitorio de madera maciza, Danny asintió a Fergus antes de extender la mano hacia el pomo, manteniendo su cuerpo pegado a la pared mientras giraba y empujaba la puerta hacia dentro. Una lluvia de balas atravesó la abertura, algunas hundiéndose en la puerta de madera, otras cruzando el pasillo antes de destrozar el yeso de la pared opuesta, llenando el aire de polvo y astillas de madera.

—Granada —dijo Fergus.

—Hazlo —respondió Danny mientras otra ráfaga de disparos atravesaba el umbral.

Fergus cogió una granada de fragmentación de su chaleco y quitó el seguro antes de girar la mano alrededor del marco de la puerta, lanzando la granada hacia el centro de la habitación. Ambos se apartaron de la entrada, cubriéndose los oídos justo antes de la ensordecedora explosión, cuya onda expansiva sacudió la pared a sus espaldas.

Fergus entró primero en la habitación, divisando el cuerpo de Abshir Ibraham sobre la cama, las sábanas blancas manchadas de sangre por una herida de metralla en el pecho. Una mujer yacía boca abajo en el suelo junto a la cama. Gritaba y chillaba. Cuando Fergus se acercó para ver si podía ayudarla, ella se dio la vuelta de repente, revelando un AK-47. Gritó algo en somalí y apuntó el rifle en su dirección. Un punto apareció en el centro de su frente, seguido por la explosión de la parte posterior de su cabeza por todo

el suelo detrás de ella. Fergus se volvió para ver a Danny apartando su humeante rifle mientras se dirigía hacia la salida de la habitación.

—Ibraham está abatido, continuamos el barrido.

—Recibido —dijo Chaz, eliminando al guardia de la torre de vigilancia más lejana.

—Oigo pasos dirigiéndose a la terraza. Voy a subir. ¿Tienes visión, Chaz? —dijo Fergus, subiendo las escaleras.

—Todavía no —dijo Chaz, reposicionándose.

—Comprobando la última habitación, voy justo detrás de ti —dijo Danny, entrando en un dormitorio grande en la parte trasera de la casa.

Parecía vacío, iluminado por el resplandor anaranjado danzante del combustible ardiendo en el patio exterior. Cuando Danny se dirigía hacia el baño, las puertas de madera tallada a mano de un armario empotrado se abrieron de golpe. Luka agarró el cañón del rifle de Danny, empujándolo hacia un lado con una mano mientras acercaba una pistola SIG Sauer P365 para el disparo mortal. Danny instintivamente soltó la empuñadura de su rifle, agarró y retorció el arma de Luka con una mano, mientras le golpeaba en la garganta con la otra. El rifle y la pistola de Luka cayeron ruidosamente al suelo. Danny fue a por su propia pistola. Tosiendo, pero aún concentrado, Luka se abalanzó sobre él antes de que pudiera sacarla de la funda. Agarrando el chaleco de Danny para levantar su rodilla contra la entrepierna de Danny, dejándolo sin aliento mientras se acercaba para darle un cabezazo. Moviendo la cabeza hacia un lado, Danny evitó el impacto completo de la frente de Luka, que le rozó dolorosamente la mejilla en lugar de romperle la nariz.

Sin aliento y mareado, con su pistola cayendo al suelo para unirse a las otras armas, Danny se quedó a un par de metros de Luka, respirando pesadamente, con sus ojos alternando entre las armas más cercanas en el suelo y la mirada asesina de Luka. Este último, llevando la mano detrás de su espalda, desenvainó el ornamentado cuchillo de caza de su padre de la funda en la parte trasera de su cinturón. Observando el destello anaranjado del cuchillo bajo la luz del fuego exterior, Danny desenrolló el pañuelo

de su cabeza, girándolo con fuerza alrededor de sus muñecas y tensándolo firmemente como una cuerda entre sus manos.

—Tengo un visual, una mujer con vestido y hiyab, y un hombre blanco. Espera, no puedo verle la cara. Es él, repito, es el Lobo —dijo Chaz por el auricular.

—¡Dispara! —gritó Danny mientras Luka se abalanzaba sobre él.

Girándose hacia un lado, Danny esquivó la puñalada de Luka y enrolló el pañuelo alrededor de su muñeca, separando las manos de golpe para agarrar con más fuerza la muñeca de Luka, tirando del brazo de Luka hacia un lado como si fuera una marioneta.

—Negativo, está usando a la mujer como escudo. No tengo el tiro.

—No lo pierdas de vista, Chaz, le tengo a la vista. Se dirige a las escaleras del patio —dijo Fergus, corriendo por la terraza en su persecución.

Luka se lanzó hacia Danny con su mano libre, dirigiendo un puñetazo hacia la sien. Adelantándose a su movimiento, Danny tiró del pañuelo y de la mano armada de Luka hacia arriba, esquivando el puñetazo y enrollando el resto del pañuelo alrededor de la otra muñeca de Luka, tensando la tela para atrapar ambas muñecas juntas. Agarrando ambos extremos del pañuelo con un puño, Danny sujetó los brazos de Luka con una mano, quedando libre para golpearle en el lateral de la cabeza una y otra vez. Aturdido y mareado por los golpes, Luka luchaba por mantenerse en pie. Danny le soltó de repente y le propinó una patada tan fuerte como pudo, luego se lanzó al suelo detrás de la cama. Luka cayó de espaldas, liberándose del pañuelo mientras se le despejaba la cabeza. Bajó la mirada y tardó un segundo en darse cuenta de la granada de fragmentación enganchada a su cinturón. Conociendo su destino, miró en dirección a Danny con ojos llenos de odio mientras la granada explotaba, partiéndolo por la mitad y destrozando la ventana que tenía detrás.

Danny recogió su pistola y su rifle. Echó un vistazo a los restos destrozados de Luka antes de bajar las escaleras.

—Luka ha caído. Me dirijo al patio para interceptar al Lobo.

—Recibido, he perdido el visual —dijo Chaz mientras el Lobo bajaba las escaleras, de espaldas a la vista de Chaz.

—Le tengo —dijo Fergus, apartándose de la parte superior de las escaleras cuando el Lobo disparó contra él desde detrás de su escudo humano.

—Klaus Meyer.

El Lobo giró la cabeza al oír su verdadero nombre, con una expresión de desconcierto en el rostro. Danny le miraba desde detrás de su pistola.

—Ahora no sonríes tanto, ¿verdad? —murmuró Danny, apretando el gatillo y enviando una bala al centro de la frente del Lobo.

Se mantuvo erguido en las escaleras durante uno o dos segundos, su cuerpo tardando un momento en darse cuenta de que el cerebro ya no lo controlaba. Finalmente, sus brazos se separaron de su escudo humano y sus piernas cedieron. Su cuerpo rodó escaleras abajo, terminando a los pies de Danny.

—Esto es por Smudge —dijo Danny, mirándole desde arriba—. Vámonos, Ferg.

Fergus pasó corriendo junto a la mujer conmocionada que sollozaba a través del hiyab que le cubría todo menos los ojos.

—Sacad vuestros culos de ahí. Los guardias están saliendo del bloque de alojamiento —dijo Chaz con urgencia.

Danny miró hacia el otro lado del patio para ver las camionetas todavía ardiendo, pero el combustible en llamas que rodeaba el bloque de alojamiento estaba disminuyendo y los guardias empezaron a correr a través de él, con las armas listas, ansiosos por saber quién les estaba atacando.

—Id al muro bajo la torre de vigilancia, ¡ya! —gritó Chaz, con la voz un poco temblorosa mientras abandonaba el gran rifle de francotirador, agarraba su AR-15 y saltaba del cobertizo de ladrillos, corriendo a través del terreno abierto hacia el muro del recinto tan rápido como sus piernas le permitían.

—Recibido.

CINCUENTA Y NUEVE

Los guardias no reaccionaron ante Fergus con la misma cobertura para la cabeza y un uniforme bastante parecido. Parecía uno de ellos mientras corría por un lado de la casa en la oscuridad, dirigiéndose hacia la torre de vigilancia. La situación estalló cuando Danny le siguió, con la cabeza descubierta, un occidental blanco y armado, destacando como Batman en una convención de Spiderman. Las balas arrancaron trozos de mampostería de las paredes circundantes, silbando junto a su cabeza mientras rodeaba el edificio.

—Sea lo que sea lo que estés haciendo, Chaz, hazlo rápido —dijo Danny, corriendo tras Fergus, con gritos y disparos resonando no muy lejos detrás de él.

—Fuego en el hoyo —dijo Chaz un par de segundos antes de que una explosión iluminara el exterior del muro frente a ellos.

Bloques de hormigón y escombros volaron por todas partes, el polvo se disipó delante de ellos dejando ver una sección del muro de casi dos metros de ancho que había desaparecido, con Chaz apoyando su rifle sobre los ladrillos irregulares de un lado mientras apuntaba y disparaba ráfagas cortas a los guardias que les perseguían. Abatió a dos antes de que los demás se escondieran fuera de la vista. Fergus saltó a través del agujero en la pared e inmediatamente se giró para ocupar su posición en el lado opuesto del hueco a Chaz, con el rifle levantado, cubriendo a Danny mientras este esprintaba los últimos metros y saltaba por el hueco entre ellos.

—Haji, espero que estés listo, colega. Venimos calientes —dijo Danny, manteniéndose pegado a la pared mientras bajaba corriendo por la colina. Se detuvo veinte metros más abajo, apoyándose contra el muro con su rifle levantado, cubriendo a Chaz y a Fergus mientras pasaban corriendo junto a él hacia el coche.

—No te preocupes, jefe, Haji está en camino.

Contando diez segundos en su cabeza, Danny se giró y continuó bajando la colina, sabiendo que Fergus o Chaz le cubrían desde más abajo. Mirando hacia adelante, vio que Fergus se había parapetado detrás de una chabola de chapa ondulada, apuntando hacia la carretera a su espalda. Chaz seguía corriendo colina abajo. No muy lejos, Danny vio las luces de marcha atrás del Land Cruiser, su motor rugiendo mientras Haji lo conducía marcha atrás colina arriba a toda velocidad, derrapando hasta detenerse justo delante de Chaz, quien abrió la puerta trasera para Danny antes de saltar al asiento del copiloto. Danny se giró hacia el coche, arrodillándose para estabilizar su rifle contra su respiración agitada. Miró más allá de Fergus hacia el agujero en la pared, disparando dos ráfagas cortas a los soldados yihadistas que asomaban por el hueco. No les acertó, pero las balas rebotaron en la pared lo suficientemente cerca como para hacerlos retroceder. Fergus llegó al coche y se lanzó por la puerta abierta, deslizándose por el asiento para hacer espacio a Danny, que entró y cerró la puerta de golpe.

—Vamos, vamos, vamos —dijo Chaz en el asiento delantero.

Haji pisó a fondo colina abajo mientras Danny y Fergus se retorcían en sus asientos y vigilaban si alguien les seguía.

—Haji, ¿cuál es la forma más rápida de cruzar la frontera? —dijo Danny.

—Si tomamos la carretera principal, podemos ir mucho más rápido, quizá cuarenta minutos. Podemos desviarnos hacia la ruta de los contrabandistas un par de kilómetros antes del puesto fronterizo. Pero es peligroso. Podríamos encontrarnos con una patrulla o un control.

—Hazlo, y que sean treinta minutos. En cualquier momento, esa gente va a descubrir que hemos matado a su líder y se volverán locos.

Haji se tomó muy en serio la petición de Danny y aceleró peligrosamente a través del pueblo. Las luces se encendían y rostros nerviosos se atrevían a asomarse desde las chabolas, despertados y asustados por todos los disparos y explosiones. Haji no tocó los frenos al salir del pueblo, deslizando el Land Cruiser lateralmente en una nube de polvo mientras subía dando tumbos al asfalto de la carretera principal.

De vuelta en la casa, los guardias habían descubierto el cuerpo de Abshir Ibraham y corrían gritando y disparando al aire enfurecidos. Se amontonaron en los dos todoterrenos que estaban fuera del muro, saliendo a toda velocidad por el pueblo en persecución del Land Cruiser, con los brazos fuera de las ventanillas, golpeando el exterior de los coches para que los conductores fueran más rápido.

SESENTA

Tras mirar por la ventana trasera durante varios minutos, Danny y Chaz se miraron el uno al otro.

—Se están acercando —dijo Chaz, desviando la mirada hacia los faros apenas visibles a través de la nube de polvo levantada por el Land Cruiser.

—Haji, ¿puedes sacarle más velocidad a este montón de chatarra? —dijo Danny, girando la cabeza hacia el frente.

—No lo sé, el motor se está calentando mucho.

—Se va a calentar muchísimo más aquí dentro si no aceleramos —dijo Danny, volviéndose para observar los faros que se acercaban.

—Vale, jefe —dijo Haji, pisando el acelerador hasta el fondo.

—¿Qué opinas? —preguntó Chaz.

Danny miró su reloj y luego volvió a mirar por la ventana trasera hacia los faros en la distancia. —Creo que estamos ganando terreno. Si podemos seguir así hasta el desvío, Haji puede apagar las luces y llevarnos rápidamente por la ruta de contrabandistas hacia Kenia.

—¿Cuánto falta?

—Quince minutos, más o menos un par.

—¿Cómo vamos por ahí atrás? —preguntó Fergus desde delante.

—De maravilla, colega. Danny y yo estábamos pensando en comprar una propiedad por aquí, con este clima soleado y los lugareños tan amables —dijo Chaz con una risita.

—Si crees que esta gente es hostil, tendrías que probar a vivir con Gaynor; se comería a estos nenazas para desayunar —dijo

Fergus, consiguiendo sonreír a pesar de la tensión en el coche.

—Empiezo a pensar que deberíamos haberla traído con nosotros —dijo Danny.

Tras compartir una sonrisa, el coche cayó en un silencio tenso. Pasaron cinco minutos, luego diez. Los faros se desvanecieron hasta convertirse en débiles motas, visibles y luego invisibles mientras los todoterrenos subían y bajaban por el ondulante camino detrás de ellos.

Con el desvío para unirse a la ruta de contrabandistas a solo unos kilómetros por delante, el motor hizo un fuerte estruendo antes de seguir traqueteando como si alguien hubiera vaciado una bolsa de tornillos dentro. Si no hubiera sido tan oscuro, habrían visto las nubes de humo diésel que salían del tubo de escape.

—Creo que tenemos problemas —dijo Haji, reduciendo marchas para mantener el Land Cruiser en movimiento mientras el motor perdía potencia.

Danny miró alrededor, fijando los ojos en un conjunto de luces y edificios silueteados a poco más de un kilómetro de la carretera. —Haji, apaga las luces y dirígete hacia el pueblo.

Haji apagó inmediatamente las luces y giró el coche, cada vez más lento, fuera del asfalto, avanzando con dificultad y dando botes por el camino de tierra, pasando por delante de las primeras casas mientras el motor se apagaba. Danny y Chaz fueron los primeros en salir, arrodillándose, con los rifles en alto y los ojos pegados a las miras, observando los faros que se hacían cada vez más grandes en la carretera principal.

—Ferg, tú y Haji empujad el coche fuera de la vista.

—Entendido —dijo Fergus, señalando a Haji detrás de la casa más cercana.

Los rifles de Danny y Chaz se movían al unísono con suavidad, siguiendo los todoterrenos de los yihadistas mientras se acercaban al desvío hacia el pueblo. Contuvieron la respiración, suspirando finalmente aliviados cuando los dos vehículos pasaron de largo el desvío y continuaron su persecución por la carretera principal.

—¿Cuánto hay hasta la frontera? —dijo Danny, volviéndose hacia Haji mientras este aparecía desde detrás de la casa con Fergus.

—Eh, unos cinco kilómetros hasta la frontera y otros dos hasta el taxi.

Danny examinó el pueblo lo mejor que pudo en la oscuridad. —Busquemos un vehículo, cualquier vehículo.

—Eh, chicos —dijo Chaz desde detrás de ellos.

—¿Todavía recuerdas cómo puentear un coche? —le dijo Danny a Fergus, sin prestar atención a Chaz.

—Fácil, tío, es como montar en bici —dijo Fergus con una sonrisa.

—Danny —dijo Chaz con más urgencia.

—Vale, llévate a Haji contigo y conseguid un vehículo. ¿Qué pasa, Chaz? —dijo Danny, girándose para ver a Chaz todavía con una rodilla en tierra, con el ojo aún pegado a la mira.

—No se lo han tragado —dijo Chaz, observando cómo los vehículos se detenían a un par de kilómetros por la carretera principal antes de dar la vuelta y dirigirse de nuevo hacia el camino de tierra que llevaba al pueblo.

—Ferg, date prisa, tenemos compañía en camino.

—Entendido —dijo Fergus, que ya estaba a varias casas de distancia, buscando un vehículo, cualquier vehículo.

—Yo tomaré la izquierda, tú la derecha, los eliminaremos en una zona de muerte en cuanto entren al pueblo —dijo Danny, cruzando el camino de tierra para posicionarse detrás de la esquina de una choza de barro.

—Entendido —dijo Chaz, levantándose lentamente, con el ojo todavía mirando por la mira del rifle hacia los vehículos que rebotaban fuera de la carretera principal a un kilómetro de distancia y se dirigían hacia ellos—. Ahí vienen.

—¿Cuánta munición te queda?

—Tres completos. Uno en el rifle, dos en el chaleco, y dos de repuesto para la SIG.

—¿Granadas? —añadió Danny.

—Una de fragmentación, ¿y tú? —dijo Chaz, observando aún con calma los vehículos que se acercaban desde la esquina de un muro.

—Quince en el rifle más dos cargadores llenos, dos de repuesto para la SIG, sin granadas.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —dijo Chaz.

—Ráfaga rápida, medio cargador cada uno para eliminar el vehículo principal, luego tú lanzas la granada de fragmentación al vehículo de atrás mientras yo te cubro. ¿Te parece bien?

—Bueno, es un plan. Lo haré cuando des la señal —dijo Chaz, aparentemente tranquilo mientras sus niveles de adrenalina aumentaban por dentro.

—Bien, porque es el único plan que tengo —susurró Danny por el micrófono de garganta.

Se pegaron más a las esquinas cuando los faros se acercaron lo suficiente para iluminar el camino y las casas frente a ellos, transformando el terreno de tonos grises monocromáticos a tonalidades de rojo y marrón.

El ruido del motor se redujo a ralentí, y escucharon a los ocupantes gritándose entre sí. Unos segundos después, el vehículo principal continuó moviéndose hacia ellos mientras los yihadistas salían del vehículo de atrás y entraban al pueblo a pie.

—Mierda, no hay tiempo para planear. Atacaremos el vehículo principal e improvisaremos —dijo Danny.

—Entendido —respondió Chaz.

—Vale, un poco más cerca, más cerca, más cerca. Ya.

SESENTA Y UNO

Danny disparó tres balas agrupadas con precisión hacia el pasajero delantero desde su posición a la izquierda. Al mismo tiempo, Chaz apuntó al conductor. Ambos hombres murieron al instante, dejando el vehículo rodando hacia delante. Las puertas traseras se abrieron de golpe mientras los yihadistas restantes saltaban del coche, gritando y disparando frenéticamente. Respirando con calma, Danny siguió al primer hombre, disparándole dos veces mientras las balas arrancaban trozos de ladrillo y barro del lateral de la casa frente a él. Chaz eliminó a los dos hombres cuando salían por su lado, dejando a otros dos deslizándose por la puerta trasera, agachándose detrás del coche para cubrirse.

De vuelta en el 4x4 aparcado al borde del pueblo, los soldados yihadistas corrieron hacia ambos lados de la carretera antes de abrirse paso entre las casas, dirigiéndose hacia Danny y Chaz, disparando al azar mientras avanzaban.

—Ferg. Necesitamos urgentemente un vehículo para salir de aquí, ahora mismo, tío —dijo Danny, introduciendo un nuevo cargador.

—No hay putos vehículos. Aguantad. Tengo una idea.

—Sea lo que sea, hazlo rápido —respondió Danny entre disparos.

—A la mierda esto —dijo Chaz. Sacando la última granada de fragmentación de su chaleco. Quitó la anilla y la lanzó baja, haciéndola rebotar en el barro como si lanzara una piedra sobre el

agua, hasta que rodó y se detuvo bajo el vehículo a diez metros de ellos.

Explotó bajo el depósito de combustible segundos después, destrozando la parte inferior del vehículo, envolviendo tanto el coche como a los dos soldados yihadistas que se ocultaban detrás en una enorme bola de fuego.

—¿Cuántos calculas, seis? —dijo Chaz.

—Cinco —dijo Danny, abatiendo a un hombre mientras cruzaba de un edificio a otro.

—¿Ferg? ¿Dónde cojones estás?

—Estaré con vosotros en treinta segundos —llegó la respuesta ligeramente agitada de Fergus.

Chaz abatió a otro hombre antes de cambiar el cargador. Oyeron disparos por el auricular y un motor acelerando que coincidió con las luces del 4x4 de los yihadistas encendiéndose en el extremo del pueblo. Aceleró calle abajo mientras Fergus disparaba por la ventanilla, matando a los soldados desprevenidos que se acercaban a Danny. Haji conducía con un brazo fuera de la ventanilla mientras disparaba la pistola SIG de Fergus, matando a los dos últimos soldados que se dirigían hacia Chaz. Siguiendo adelante, Haji sorteó el vehículo en llamas y se detuvo con un derrape entre Danny y Chaz.

—¿A qué estáis esperando, al autobús número diez? Daos prisa y subid —gritó Fergus con una gran sonrisa en la cara.

Danny y Chaz no necesitaron que se lo dijeran dos veces, apenas tuvieron tiempo de cerrar las puertas antes de que Haji acelerara el vehículo a través del pueblo y saliera por la parte trasera, dejando tras de sí una estela de polvo. Cuando estuvieron bien lejos, Haji redujo la velocidad y se adentró en el páramo, encontrando finalmente la ruta de los contrabandistas hacia la frontera.

Cruzaron hacia Kenia cuando el cielo en el horizonte pasaba del negro al rojo y azul, llegando al destartalado edificio de la granja justo cuando el sol aparecía sobre el horizonte. Los tres se cambiaron y comprobaron teléfonos y pasaportes, mientras Haji sacaba el taxi. Tiraron toda la ropa, las armas y los chalecos en el 4x4, mientras Haji buscaba un bidón de gasolina en el edificio de la

granja, vaciándolo por todo el interior del vehículo antes de lanzar una cerilla dentro. Lo vieron arder en llamas sin decir palabra, luego subieron al taxi y se dirigieron por el camino lleno de baches hacia el aeropuerto. Ahora que estaban a salvo en Kenia, y con la adrenalina de la noche anterior ya desvanecida, Danny, Fergus y Chaz dormían mientras Haji conducía.

—Señores, ya hemos llegado —dijo Haji, deteniéndose frente al pequeño edificio de la terminal.

Al salir, bostezaron y se estiraron mientras Haji sacaba sus casi vacías bolsas del maletero.

—Gracias, Haji, no podríamos haberlo hecho sin ti —dijo Danny, acercándose para darle un abrazo y una palmada en la espalda al hombrecillo.

—Sí, eres una leyenda, tío —dijo Fergus, tomando el relevo con un abrazo.

—Si alguna vez vas a Inglaterra, búscanos —dijo Chaz, estrechando la mano de Haji antes de atraerlo para otro abrazo y una palmada en la espalda.

—Gracias, señores, no les olvidaré. Mi familia ha sido vengada y Abshir Ibraham se pudrirá en Jahannam —dijo Haji, con el rostro tornándose melancólico antes de volver a sonreír mientras se despedía con la mano y subía de nuevo al taxi.

Le vieron marchar, luego entraron en el pequeño edificio de la terminal, pasando por delante del mismo oficial desinteresado en el control de pasaportes para sentarse en la sala de espera de salidas, que estaba abrasadora. A las diez y diez, el jet privado aterrizó. Esperaron a que un camión cisterna lo repostara antes de caminar por la caliente pista y embarcar. Unos minutos antes de la una de la tarde, la azafata cerró la puerta, se abrocharon los cinturones, se reclinaron y escucharon el rugido del motor mientras el avión despegaba.

—Buenas tardes, caballeros. Espero que su viaje haya sido bueno. ¿Les gustaría tomar algo, comer algo? —dijo la azafata una vez que alcanzaron la altitud de crucero.

—Solo un café para mí, por favor —dijo Danny, con el cansancio, la sombría reflexión y los pensamientos sobre su camarada ausente

dando vueltas en su cabeza, junto con el anhelo de ver a Nikki.

Chaz y Fergus sentían lo mismo. Después de los refrigerios, se sentaron en silencio, cada uno encerrado en sus propios pensamientos. Los tres durmieron durante el resto del vuelo. El anuncio del piloto les despertó cuando se disponían a aterrizar en el aeropuerto de London City.

—Solo queda una cosa más por hacer entonces —dijo Fergus, mirando por las ventanas las luces de Londres que brillaban bajo él en la noche.

—Sí, ¿a las once de la mañana os parece bien? —dijo Chaz.

—Sí, las once está bien —dijo Danny, poniendo el asiento en posición vertical para aterrizar.

Tomaron caminos separados cuando salieron de la terminal. Danny cogió un taxi y llegó a su casa justo antes de la medianoche. Dejó caer su bolsa y caminó hacia la cocina. La casa se sentía fría y vacía.

SESENTA Y DOS

A las 10:55 de la mañana, Danny atravesó el arco enrejado del Cementerio de la City de Londres. El tiempo era frío, gris y nublado, pero al menos estaba seco. Avanzó entre las hileras de lápidas, algunas grandes, algunas pequeñas, algunas enormes monumentos a seres queridos fallecidos. Encontró a Chaz y Fergus de pie junto a una tumba reciente, la tierra aún elevada, pendiente de asentarse y hundirse hasta formar un pequeño montículo. Una pequeña cruz de madera estaba en la cabecera. La lápida de mármol que habían pagado no se colocaría hasta que el terreno se hubiera asentado y endurecido. Se situaron a los pies de la tumba. Fergus metió la mano en su bolsa y sacó un paquete de cuatro cervezas. Separó una y la colocó junto a la cruz antes de pasar una a Danny y otra a Chaz. Los tres abrieron las latas, las alzaron hacia la tumba de Smudge y bebieron un trago.

—Por ti, Smudge. Te vamos a echar de menos, colega —dijo Chaz.

—Descansa en paz, hermano —dijo Fergus.

—Te voy a echar de menos, pedazo de idiota —dijo Danny, dando otro sorbo.

—Bueno, me voy. ¿Quieres que te lleve, Ferg? —dijo Chaz.

—Sí, gracias, Chaz.

—¿Danny?

—No, idos vosotros. Voy a quedarme un rato más —dijo Danny, mirando hacia otra zona del cementerio que conocía demasiado

bien.

—Vale, nos vemos luego, tío —dijo Chaz, sabiendo adónde se dirigía Danny.

Cuando se marcharon, Danny visitó la tumba de su madre, permaneciendo allí un rato antes de dirigirse a las tumbas de su esposa e hijo, leyendo las inscripciones como siempre hacía.

—Sarah Ann Pearson, Amada Esposa y Madre, Te Amaré Por Siempre.

—Timothy Robert Pearson, Amado Hijo, Nunca Te Olvidaré.

Oyó pasos mientras miraba las lápidas, el sonido de los caros zapatos hechos a mano con suelas de cuero, familiar mientras se acercaban y se detenían junto a él.

—He oído que has tenido un viaje productivo. Los altos mandos están muy complacidos —dijo Simon con su habitual tono animado.

—No puedo expresarte lo feliz que me hace oír eso —respondió Danny con sarcasmo.

—Vamos, vamos, señor Pearson, uno nunca debe restar importancia a sus logros.

—Ya basta de hacerme la pelota. ¿Qué quieres, Simon? Estoy algo ocupado aquí —dijo Danny con brusquedad.

—De acuerdo. Hay una situación gestándose. Una situación que podría beneficiarse de un hombre con tus talentos. Una situación por la que estoy autorizado a pagar muy generosamente para que se resuelva.

—Hemos terminado, Simon, todas las deudas pagadas. Me he retirado definitivamente —dijo Danny, mirándolo directamente a los ojos.

Simon simplemente sonrió e hizo un breve gesto con la cabeza antes de darse la vuelta. —Ya veremos, señor Pearson. Cuídese —dijo mientras se alejaba.

SESENTA Y TRES

Una hora más tarde, Simon caminaba con paso enérgico por Hyde Park, siguiendo el sendero que bordeaba el lago. Dirigiéndose a un banco cerca del extremo superior, Simon se sentó junto a un hombre de mediana edad vestido con traje, cuyo rostro permanecía oculto tras un ejemplar del Financial Times. Se quitó una mota de polvo del pantalón mientras cruzaba las piernas y contemplaba el Jardín Conmemorativo de la Princesa Diana al otro lado del lago.

—Buenas tardes, Simon. El comité está sumamente impresionado con la forma en que tu hombre ha resuelto nuestro pequeño problema —dijo el hombre, doblando el periódico con meticulosa exactitud antes de colocarlo sobre su regazo.

—Gracias, General. Sabes, la situación podría haberse resuelto mucho más rápido si hubierais acudido a mí antes del ataque a la granja —comentó Simon, sin inflexión emocional alguna.

—Un retraso en la cadena de información, mi querido amigo. Nuestro departamento se ocupa del futuro seguro del Reino Unido ejerciendo influencias en tierras extranjeras. Lo que ocurre más cerca de casa es competencia de tu departamento.

—Muy cierto, es una lástima que no supiéramos antes que Meyer, el Lobo, Benedict, o como quieras llamarle, era uno de los vuestros —dijo Simon, comprobando que sus zapatos lustrosos estuvieran impecablemente limpios.

—¿El Lobo? No, no era nuestro. Arthur Montgomery era nuestro hombre. Encontramos a Klaus Meyer cuando robó la identidad de

Vincent Benedict. Solo era un delincuente de poca monta. Drogas, pequeños negocios de armas e ideas de grandeza. El trabajo de Montgomery era introducirlo en las grandes ligas. Inventamos un contacto en el Ministerio de Defensa para que Montgomery facilitara los negocios del Lobo y proporcionamos a Montgomery la lista de clientes.

—Entonces, ¿qué salió mal?

—Montgomery se volvió rebelde. Comenzó a mezclarse en círculos elevados, presentando al Lobo a políticos, asegurando en secreto nuevos proveedores de armas con el dinero procedente de los negocios de drogas. Si no hubiera sido por las fotos y el cuaderno de David Wallace que les obligaron a mostrar sus cartas, seguiríamos a oscuras. Tenía que desaparecer —dijo el General, mirando su reloj.

—¿Vosotros matasteis a Montgomery?

—¿Vas a utilizar a Pearson para el trabajo en Estambul? —dijo el General, ignorando la pregunta de Simon con una sonrisa.

—No, me temo que está indisponible por el momento. Tengo a otra persona en mente para eso.

—Qué lástima. No le permitas ausentarse por mucho tiempo. Es un activo demasiado valioso para perderlo.

—Volverá, General, puedo asegurártelo —dijo Simon con absoluta confianza.

—Me alegra oírlo. ¿Sigue sin tener idea de que formaba parte del experimento Jerico? —preguntó el General.

—No, no lo sabe. Ni tampoco sabe que el único otro candidato exitoso sigue con vida.

—El éxito de Nicholas Snipe sigue siendo discutible, especialmente después de volverse criminalmente demente y casi arruinar la economía del mundo occidental con ese asunto de Marcus Tenby. Sigo opinando que deberías haberlo dejado morir.

—Por lo que respecta a Pearson, él cree que mató a Snipe en el ataque al gimnasio. El centro ha hecho un trabajo increíble desde que salió del coma. Snipe no tiene ningún recuerdo de su enfrentamiento con el señor Pearson, y ha completado tres misiones

con éxito sin problema alguno. De hecho, es Snipe quien va a ir a Estambul.

—Bueno, es tu decisión, Simon. Ya conoces mis sentimientos al respecto. En fin, es hora de marcharse —dijo el General, poniéndose de pie.

—Adiós, General. Un placer hacer negocios contigo, como siempre —dijo Simon, estrechándole la mano.

—Adiós Simon.

Los dos hombres se alejaron del banco, caminando en direcciones opuestas, aparentemente sin conexión alguna para quienes les rodeaban.

SESENTA Y CUATRO

Mirando por su ventana el cartel de se vende, Nikki se preguntó si debería retirar la casa del mercado. No había sabido nada de Danny desde que salió de Londres y desconocía dónde estaba. El sonido del teléfono la apartó de la ventana. Secándose una lágrima, fue a la cocina y cogió el móvil.

—Hola hermanita, ¿cómo estás? —dijo su hermano Scott.

Su determinación se vino abajo y sollozó al teléfono.

—¿Dónde está? He llamado y dejado mensajes. No ha respondido a ninguno.

—No llores, hermanita. Ha vuelto. Hablé con él ayer —dijo Scott con suavidad.

—¿Ha vuelto y está bien? ¿Qué dijo?

—No mucho, la verdad. Se presentó en mi apartamento, me dio sus llaves y me preguntó si podía ocuparme de su casa por un tiempo. Dijo que tenía algo importante que hacer y se marchó.

—¿Eso es todo, nada más? —preguntó Nikki, recuperando la compostura y secándose las lágrimas de los ojos.

—No, lo siento hermanita, eso es todo lo que dijo. Dale un poco de tiempo. Estoy seguro de que se pondrá en contacto contigo.

—Ya no sé qué pensar. ¿Tú crees?

—Absolutamente, querida. Está loco por ti.

Hubo un silencio incómodo mientras Nikki intentaba convencerse de que todo saldría bien.

—En cualquier caso, no te llamo por eso. Me han ofrecido un contrato bastante lucrativo de una empresa brasileña. Me llevan allí la semana que viene, hotel de cinco estrellas, todos los gastos pagados. Acepté con la condición de que pagaran también a mi asistente personal. La asistente serías tú, hermanita. Pensé que te gustaría un pequeño descanso de todo esto. Yo pagaré tu vuelo desde Australia.

—Oh, Scott, es una idea encantadora, pero con todo esto pasando con Danny, no sé... —El timbre de la puerta sonó antes de que Scott respondiera—. Espera, Scott, hay alguien en la puerta —dijo, dejando el teléfono sobre la mesa de la cocina para ir a abrir. Abrió la puerta y encontró a Danny allí de pie. Abrió la boca para hablar, pero él la silenció.

—Espera, solo escucha —dijo él, con sus ojos mirando a los suyos, oscuros, suaves y amables—. Mira, siento haberme ido así. Ya se acabó todo, absolutamente todo. La venganza por Smudge, el asunto con Simon, todo. Lo único que quiero eres tú, aquí, en el Reino Unido, donde sea.

Con eso, Danny se arrodilló y sacó una pequeña caja azul de su bolsillo.

—Nikki Miller, ¿quieres casarte conmigo? —dijo Danny, abriendo la caja para mostrarle un anillo de compromiso con diamantes.

A Nikki se le cayó la mandíbula y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí, quiero.

Danny se puso de pie y sacó el anillo de la caja. Lo colocó en el tembloroso dedo de Nikki. Ella lo miró, luego a él, abrazándolo antes de acercarse lentamente para besarle. Se apartó y sonrió antes de que una mueca de preocupación cruzara su rostro.

—Oh, espera, mierda, Scott sigue al teléfono —dijo, agarrando la mano de Danny y tirando de él hacia dentro.

—Scott, ¿sigues ahí?

—Sí, apenas. Pensaba que te habías olvidado de mí.

—¿Sabes ese viaje a Brasil? ¿Puedo llevar a alguien conmigo? —dijo, sonriendo a Danny.

—Supongo que sí, eh, ¿a quién?

—A Danny, está aquí, ¿y adivina qué? —dijo Nikki, poniendo el móvil en altavoz.

—Oh Dios, me temo lo peor, dime —dijo Scott, secretamente complacido de que Danny hubiera aparecido.

—Vamos a casarnos.

—¿Qué? ¿Casaros? ¿Estáis seguros? —dijo Scott sorprendido.

—Gracias por la confianza, Scotty —dijo Danny, agarrando a Nikki y levantándola del suelo.

—Lo siento, colega, solo ha sido un poco impactante, eh, mis más sinceras felicitaciones.

—Gracias amigo, nos vemos en Brasil —gritó Danny desde el pasillo mientras se llevaba a Nikki al dormitorio.

—Eh, sí, bien, por supuesto. Entonces os veré en Brasil. ¿Danny? Eh, ¿hola? ¿Nikki? ¿Alguien?

POR FAVOR, POR FAVOR.

DEJA UNA VALORACIÓN PARA SIN LÍMITE SUPERIOR

Como autor independiente autopublicado, no puedo enfatizar lo suficiente lo importantes que son vuestras reseñas de Amazon para dar a conocer mi trabajo.

Me encanta escribir estos libros para vosotros, lleva meses de arduo trabajo crear cada uno. Así que, por favor, tomad unos minutos para hacer clic en el enlace del libro, desplazaros hacia abajo hasta las reseñas y dejar una breve reseña o simplemente calificarlo con estrellas.

Muchas gracias

Stephen Taylor

Pulsa para reseñar Sin Límite Superior

ELIGE TU PRÓXIMA NOVELA

Sangre Sobre Londres

La mafia londinense choca con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentan, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson tiene que acabar con la guerra, antes de que mueran más miembros de la familia…

Ejecución de La Fe

Terroristas y asesinos mercenarios conspiran para cambiar el equilibrio del poder mundial. ¿Podrá Danny Pearson detenerlos o será esta su perdición...

Quién Ostenta el Poder

Mientras una organización secreta mata, corrompe e influye en su camino hacia la dominación global. Danny Pearson debe detenerlos a ellos y a su letal asesino chino en su aventura más peligrosa hasta la fecha...

Vivo Hasta Que Muera

Cuando los recortes gubernamentales amenazan al proyecto Dragonfly. El General Rufus McManus toma medidas directas para asegurar su futuro. Infiltrado en las profundidades con su vida en juego, ¿podrá Danny sobrevivir lo suficiente para llevarlo ante la justicia…

Deporte de Reyes

Cuando el viejo compañero del SAS de Danny desaparece, la unidad de Danny se reúne para encontrarlo. Cuando siguen el rastro de Smudges se encuentran en el lado equivocado de una operación internacional de contrabando de drogas y el deporte de reyes, una cacería exclusiva de naturaleza mortal...

La Sangre Corre Hondo

Hace cinco años (Vodka Sobre Londres) la mafia londinense chocó con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentaron, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson acabó con la guerra, o eso pensó…

Orden de Matar

Cuando el multimillonario australiano Theodore Blazer se aprovecha del mundo hiperconectado de hoy con intenciones siniestras, Danny viaja al otro lado del mundo para evitar que el mundo se desmorone.

Sin Límite Superior

El periodista David Wallace es asesinado cuando intenta descubrir la identidad de un traficante de armas conocido como el Lobo, la unidad del SAS de Danny Pearson también está intentando impedir que el Lobo venda armas a los talibanes. Cuando se acercan, el Lobo desaparece para siempre, o eso pensaban…

No Dejar Nada al Azar

Cuando el mejor amigo de Danny, Scott, desaparece de su habitación de hotel en Brasil, Danny hace todo lo posible para encontrarlo. La búsqueda lo lleva al corazón de Colombia y a las garras de un barón de la droga conocido como El Diablo.

Muerto No Enterrado

Snipe ha vuelto, despertado de su coma y sin recuerdos de los últimos años. Cuando la instalación lo reacondiciona y lo pone a trabajar, todo está bien hasta que su memoria y su locura regresan.

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Danny, su mejor amigo Scott y sus viejos compañeros del SAS viajan a Benidorm para su despedida de soltero, ¿qué podría salir mal?

Enemigo en la Puerta

Desilusionados con el gobierno, el estado del planeta y sus perspectivas de futuro, un grupo de estudiantes universitarios de élite del país toman cartas en el asunto. Con dinero, poder y conexiones, inician su campaña de terror volando el pub Red Lion en Parliament Street.

Cueste Lo Que Cueste

Cuando la hija de Fergus, el viejo amigo del SAS de Danny, Kirsty, es secuestrada por una banda de tráfico de personas eslovena, Danny, Chaz y Scott acuden en su ayuda.

Comprar Ahora en Amazon

ACERCA DEL AUTOR



Stephen Taylor es un exitoso escritor británico de thrillers. Su serie best seller en Amazon, Danny Pearson, ha vendido más de 250.000 copias y ha deleitado a los amantes del género de thriller de acción y aventura. Antes de convertirse en novelista, dirigía su propio negocio instalando equipos audiovisuales para hogares y empresas.

Al acercarse a los 50, Stephen escribió el libro que siempre había querido. Ese libro fueEjecución de Fe. Una montaña rusa trepidante y llena de acción que no se toma a sí misma demasiado en serio. A la gente le encantó tanto el libro que escribió una precuela, Vodka Sobre Hielo de Londres. Debido a la cronología, este se convirtió en el primero de la serie de thrillers de Danny Pearson.

Nacida de su amor por los libros de thrillers de acción: Jack Reacher de Lee Child, Mitch Rapp de Vince Flynn y Victor de Tom Wood, sin mencionar su amor por las películas de acción como Die Hard, el Bond de Daniel Craig y Lock Stock o Snatch de Guy Ritchie. La serie de Danny Pearson avanza con acción dura y rápida, sin relleno y con una buena dosis de humor.